



G CASTILLOS DE MADRID · CASTLES OF MADRID



GUÍA GUIDE

G

CASTILLOS DE MADRID · CASTLES OF MADRID



Comunidad de Madrid

COMUNIDAD DE MADRID

PRESIDENTE: IGNACIO GONZÁLEZ

CONSEJERA DE EMPLEO,
TURISMO Y CULTURA: ANA ISABEL MARIÑO

VICECONSEJERA
DE TURISMO Y CULTURA: CARMEN GONZÁLEZ

DIRECTOR GENERAL
DE TURISMO: JOAQUÍN CASTILLO

SUBDIRECCIÓN GENERAL DE DESARROLLO Y SOSTENIBILIDAD

SUBDIRECTORA: BELÉN MARTÍNEZ

JEFA DE SERVICIO: CARMEN JIMÉNEZ

TÉCNICO DE APOYO: ARÁNZAZU URBINA

GESTIÓN Y TRAMITACIÓN: ASCENSIÓN PIQUERAS

DIFUSIÓN Y PUBLICACIONES: ISABEL FERNÁNDEZ
MERCEDES ESCUDERO

SECRETARÍA: INMACULADA HIERRO

COORDINACIÓN CASTILLO
DE MANZANARES EL REAL: MAR LEYVA

GUÍA GUIDE

G

CASTILLOS DE MADRID · CASTLES OF MADRID



Esta versión digital forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Empleo, Turismo y Cultura de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma

www.madrid.org/publicamadrid
culpubli@madrid.org



EDITA: DIRECCIÓN GENERAL DE TURISMO
CONSEJERÍA DE EMPLEO, TURISMO Y
CULTURA DE LA COMUNIDAD DE MADRID

COORDINACIÓN: CARLOS LEÓN Y ARÁNZAZU URBINA

EDICIÓN
Y TEXTOS: FERNANDO SÁEZ

ILUSTRACIONES: CRISTOBAL BURKHALTER (ARQUEX)

TRADUCCIÓN: CELER SOLUCIONES

DISEÑO: VÉLERA

IMPRESIÓN: V.A. IMPRESORES S.A.

IMÁGENES: ARQUEX, CARLOS LEÓN, ASF IMAGEN,
DAVID SERRANO, ARCHIVOS DE LA
DIRECCIÓN GENERAL DE TURISMO Y DE LA
GENERAL DE PATRIMONIO HISTÓRICO DE
LA COMUNIDAD DE MADRID Y MUSEO DE
SAN ISIDRO – LOS ORÍGENES DE MADRID

EJECUCIÓN DEL PROGRAMA RED DE CASTILLOS DE LA
COMUNIDAD DE MADRID: ARQUEX

DEPÓSITO LEGAL: M-11810-2015

EJEMPLAR GRATUITO. PROHIBIDA SU VENTA

ÍNDICE

INDEX



MADRID, TIERRA DE FRONTERA. FORTIFICACIONES ANDALUSIES (SIGLOS VIII-XI)

MADRID, TIERRA DE FRONTERA. FORTIFICACIONES ANDALUSIES (SIGLOS VIII-XI)

- CENTINELAS DE PIEDRA. LAS ATALAYAS ANDALUSIES
- **MEDINAS, ALCALÁ Y ZAFRAS**



MADRID, ADARVE DE CASTILLA. FORTIFICACIONES DE REPOBLACIÓN CASTELLANA (SIGLOS XII-XIV)

MADRID, ADARVE DE CASTILLA. FORTIFICACIONES DE REPOBLACIÓN CASTELLANA (SIGLOS XII-XIV)

- SOLIDAS MURALLAS LA GUARDAN. LA VILLA FORTIFICADA Y EL CASTILLO DE BUITRAGO DEL LOZOYA
- FORTALEZAS DE LA FE. LAS ENCOMIENDAS SANTIAGUISTAS DE VILLAREJO DE SALVANÉS Y FUENTIDUEÑA DE TAJO
- **MURALLAS DE REPOBLACIÓN**



MADRID, TERRITORIO SEÑORIAL. CASTILLOS Y TORRES DEL HOMENAJE (SIGLOS XV-XVI)

MADRID, TERRITORIO SEÑORIAL. CASTILLOS Y TORRES DEL HOMENAJE (SIGLOS XV-XVI)

- LA JOYA DE LAS FORTIFICACIONES MADRILEÑAS. EL CASTILLO DEL DUQUE DEL INFANTADO EN EL REAL DE MANZANARES
- EL "TÍPICO" CASTILLO SEÑORIAL DE LA CORACERA. LA FORTIFICACIÓN DEL CONDESTABLE DE CASTILLA EN SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS
- EL CASTILLO DEL BARRIO. LA RESIDENCIA FORTIFICADA DEL CONDE DE BARAJAS EN LA ALAMEDA DE OSUNA
- NO TODOS LOS CASTILLOS SON DE PIEDRA... EL CASTILLO DE GONZALO CHACÓN EN ARROYOMOLINOS
- **CASTILLOS SEÑORIALES**

DATOS PRÁCTICOS Y VISITAS GUIADAS



9

13

27



49

53

71

83



101

107

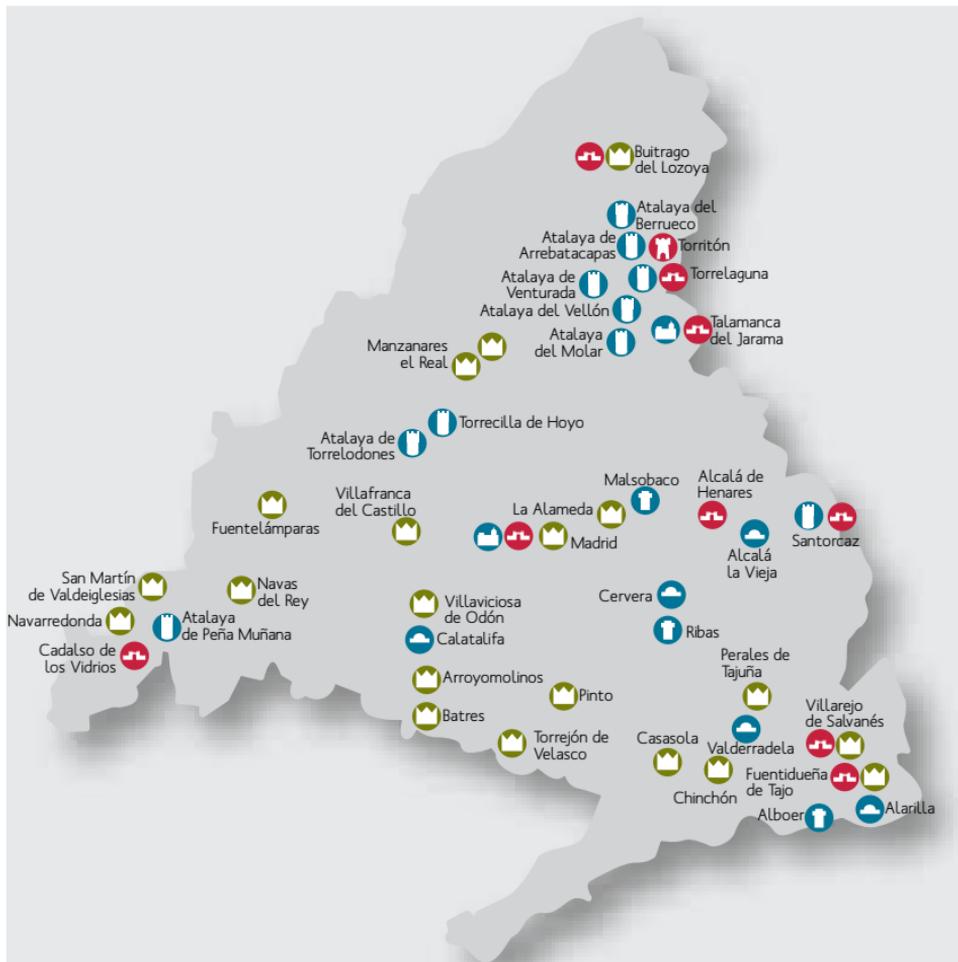
121

133

143

149

184



FORTIFICACIONES **ANDALUSÍES** ATALAYAS, ZAFRAS, ALCALÁS Y MEDINAS

-  ATALAYAS
-  ZAFRAS
-  ALCALÁS
-  MEDINAS

FORTIFICACIONES **DE REPOBLACIÓN** **CASTELLANA**

-  TORRES
-  RECINTOS AMURALLADOS

FORTIFICACIONES **SEÑORIALES** CASTILLOS Y TORRES DEL HOMENAJE

-  CASTILLOS Y TORRES DEL HOMENAJE

TIERRA DE ALMENAS

La historia de la región de Madrid no puede entenderse sin volver la mirada a La Edad Media y a las fortificaciones y castillos que un día organizaron y defendieron su territorio. Hoy constituyen algunos de los testimonios más espectaculares y evocadores de ese tiempo, y son objeto de atracción para viajeros y visitantes interesados en el turismo cultural y, por el entorno en el que se encuentran muchas de estas construcciones, también en el turismo de naturaleza.

Esta guía acompaña al turista en el tránsito del siglo XXI hasta La Edad Media, y te invita a conocer la región y ciudad de Madrid como protagonista de ese viaje.

La edición se organiza en tres partes bien diferenciadas, reflejo de los tres momentos históricos de la construcción de castillos y fortificaciones en la región: las primeras fortificaciones de época Andalusí (siglos VIII a XI), las fortificaciones cristianas de los siglos XII a XIV, y las últimas fortificaciones y castillos de época señorial, ya en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna (siglos XV a XVI). Asimismo, cada capítulo presenta una versión reducida y adaptada al inglés para interés del viajero internacional.

Esta publicación forma parte del programa turístico *Red de Castillos de la Comunidad de Madrid*, cuyo objetivo es la dinamización de los castillos, atalayas y fortalezas más relevantes de la región, a través de una señalización turística común, paneles explicativos con reconstrucciones didácticas en cada enclave y otros materiales de divulgación.

Percibir la esencia del pasado, formar parte de éste, y disfrutar del entorno de la naturaleza madrileña son placeres con los que cualquier turista puede deleitarse con una guía como ésta.

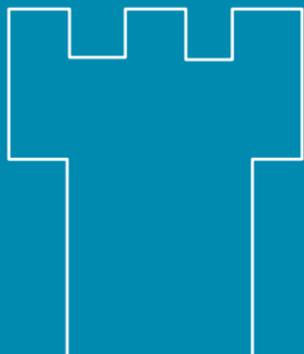
Ya no hay excusa para visitar esta tierra de almenas.



MADRID, TIERRA DE FRONTERA

FORTIFICACIONES
ANDALUSÍES
(SIGLOS VIII–XI)

**MADRID,
A BORDER LAND**
MOORISH FORTIFICATIONS
(8TH TO 11TH CENTURIES)





MADRID Y LA HUELLA DE AL-ANDALUS

En el año 711, las tropas islámicas entraron en la Península Ibérica y se extendieron rápidamente por toda ella. Sin embargo, no llegaron a dominar algunas regiones del norte. En el siglo X, las fronteras quedaron fijadas, en el centro y el oeste de la península, en torno al valle del Duero. Estaban organizadas en redes o tramas que recibían el nombre de "marcas". El sector central, en el que se encontraba la actual Comunidad de Madrid, fue denominado la Marca Media. El desmembramiento de la unidad del estado califal a lo largo del siglo XI supuso un desequilibrio tal de fuerzas entre los reinos cristianos y las "taifas" andalusíes que, a finales de ese siglo, se produjo el primer gran retroceso fronterizo de al-Andalus. En el año 1085, las tropas castellanas entraban en Toledo.

La actual Comunidad de Madrid formó por tanto parte del Islam durante casi cuatro siglos, lo que dejó una profunda huella en la toponimia urbana y fluvial -Madrid, Alcalá, Alcobendas, Jarama, Guadarrama, Guadalix...- y en los vestigios de las fortificaciones con que se protegió esta tierra de frontera. Sin embargo, la influencia cultural se extenderá mucho más allá gracias a la convivencia con el Islam más al sur, hasta el año 1492.

Durante esos cuatro siglos, se producirá también la construcción ideológica, social y militar de los reinos del norte en torno a la idea de "reconquista". La corona encontrará su legitimidad en las conquistas militares, surgirá una clase de nobles caballeros y señores de la guerra y hasta obispos y monjes enarbolarán la espada en nombre de la fe, siguiendo el ejemplo de Santiago Matamoros. La ruptura de la trama defensiva de la frontera con el fin de incorporar las tierras situadas más al sur se convertirá por tanto en una prioridad para los castellanoleonese, como más al este lo será para navarros, aragoneses y catalanes. También será necesario para debilitar las bases desde las que los andalusíes atacaban las tierras del norte. Esta tensión permanente condicionará notablemente la vida a ambos lados de la frontera.

Today's Region of Madrid formed part of the Muslim kingdom for nearly four centuries and left a profound mark on the names of towns and rivers in the area, including Madrid, Alcalá, Alcobendas, Jarama, Guadarrama and Guadalupe, and on the vestiges of the fortifications used to protect this border land. However, the cultural influence would extend much further thanks to the coexistence with Islam further south, through to the year 1492.



CENTINELAS DE PIEDRA

LAS ATALAYAS ANDALUSÍES

Las atalayas o almenaras, pues con ambas palabras de origen árabe se las identifica, eran torres vigía que jalonaban la falda de la Sierra de Guadarrama. Formaban parte de un sistema unitario de vigilancia de la frontera septentrional de al-Andalus, en el que actuaban como puestos avanzados situados por delante de las principales fortificaciones y guarniciones. Su misión era detectar las incursiones de tropas castellanas y dar la alarma con el fin de que se organizara con suficiente antelación una respuesta militar.

STONE SENTRIES

MOORISH WATCHTOWERS

Watchtowers called atalayas or almenaras (both Arabic names) were staked out along the sides of the Sierra de Guadarrama mountain range. They formed part of a uniform surveillance system along the northern border of Al-Andalus and acted as outposts located in front of the leading fortifications and garrisons. Their mission was to spot incursions by Castilian troops and raise the alarm so that a military response could be organised with enough time in advance. They included the towers of El Berreuco, Arrebatapapas in Torrelaguna, Venturada, El Vellón, Torrecilla del Collado in Hoyo de Manzanares, Torrelozones and Peña Muñana in Cadalso de los Vidrios.



Durante el siglo X, para consolidar los límites septentrionales del territorio andalusí, se ejecutó por iniciativa del gobierno califal un ambicioso plan defensivo que incluyó el refuerzo de muchas fortificaciones y sobre todo la construcción de una vasta red de atalayas. Este plan pretendía ofrecer más seguridad a las poblaciones de la región, con el fin de favorecer su crecimiento. Las crónicas de la época nos hablan con claridad de este proyecto. Y las decenas de almenaras que aún se conservan a lo largo de la frontera son el mejor testimonio de que el plan se llevó a cabo.

RUTAS PARA AMANTES DE LOS PASEOS CAMPESTRES Y LAS VISTAS PANORÁMICAS

Aún se conservan muchas de estas torres en pie. Visitarlas ofrece la posibilidad de disfrutar de un buen número de excepcionales vistas panorámicas de toda la cortina montañosa de la sierra, de su zócalo granítico y de los valles que lo surcan, de un extremo al otro de la Comunidad. También supone una oportunidad excepcional para comprender cómo las rutas medievales circulaban por los pasos naturales y cómo la morfología geológica del territorio condicionaba todavía en la Edad Media su ocupación, su defensa, la vida en él...

A veces se disponen en línea y otras en red, en función de la configuración geográfica de cada comarca, lo que revela que se realizó un minucioso análisis geoestratégico previo del territorio. Sin salirnos de la Marca Media, entre las provincias de Soria y Guadalajara, se encuentra el mayor conjunto de estas torres, formado por más de cuarenta. Y al oeste, al norte de Talavera, se dispone una línea de tres torres, cuya misión era vigilar el paso por el Puerto del Pico y el valle del Tiétar.

Situados entre estos dos grupos, los conjuntos madrileños combinan ambos sistemas: las atalayas más orientales, las del Jarama, se disponen en red; las más occidentales, en línea. En total, se conservan siete torres, aunque con toda seguridad hubo algunas más.

LAS ATALAYAS **DEL JARAMA**

El grupo del Jarama, el "río de la frontera" en beréber, es el grupo más numeroso en buena medida porque su misión era controlar cualquier movimiento de tropas llegado desde el norte de la sierra, tanto si se producía a través de Somosierra y el valle del Lozoya como si lo hacía a través de los pasos situados más al oeste y el valle del Guadalix, y proteger a las poblaciones situadas al sur, en especial a Talamanca.

Actualmente lo integran cuatro atalayas. De norte a sur: [Torrepedrera](#) o Atalaya del Berrueco, [Atalaya de Arrebatacapas](#) (Torrelaguna), [Atalaya de Venturada](#) y [Atalaya del Vellón](#). Existen pruebas de que el grupo lo completaban al menos otras dos: la Atalaya del Molar y Torrelaguna.



Para visitar [Torrepedrera](#), hay que tomar la carretera que une El Berrueco con Torrelaguna, la M-131, y luego desviarse, a dos kilómetros, por la que lleva a la presa del Atazar. Recorrido aproximadamente otro kilómetro, se encuentra a la derecha la entrada a una vía pecuaria. La torre está a la vista, no tiene pérdida. Ahí se puede dejar el vehículo, para continuar a pie, por una suave pendiente de unos 300 metros, hasta la atalaya. En los pastos que la rodean, puede que haya ganado paciendo, pero que nadie se asuste: es totalmente manso. Y, además, no existe ninguna restricción de paso ya que se trata de terrenos públicos. Si la puerta de la cañada está cerrada, no hay más que abrirla y

TORREPEDRERA



| Atalaya de Torrepedra

entrar, eso sí, no olvidando cerrarla después tanto a la ida como a la vuelta para que no se escapen las reses. Las vistas al norte son impresionantes: la silueta de la sierra, el valle del Lozoya abriéndose paso entre montañas y la vasta mancha azul del embalse del Atazar en medio de todo ese panorama. También lo es la vista de la Sierra de la Cabrera al oeste. Y puede intentarse distinguir, hacia el sur, la ubicación de las torres con las que existía contacto visual: Arrebatacapas y Venturada. Es recomendable acarrear unos prismáticos para disfrutar de todo ello.



ARREBATACAPAS

La **Atalaya de Arrebatacapas** está a dos kilómetros de Torrelaguna, junto a la misma M-131. Hay que dejar el vehículo en el arranque de alguno de los caminos que nacen a la izquierda junto a la curva que culmina la prolongada cuesta que sube desde la población. Desde ahí, es preciso seguir a pie unos 200 metros por terreno bastante suave hacia el oeste, por la cresta rocosa que se proyecta como un mirador sobre el Arroyo de San Vicente. Desde la base de la torre, se puede apreciar muy bien cómo este vallejo y el que baja desde Venturada constituyen vías de acceso naturales hacia el Jarama. Desde aquí es posible además avistar las atalayas de Venturada y, más al sur, el Vellón.



Atalaya de Arrebatcapas |



La **Atalaya de Venturada**, se encuentra junto a la A-1, al norte del Molar y justo antes de empezar la bajada hacia Venturada y la carretera de Torrelaguna. Ahí arranca el desvío a la urbanización de Los Cotos de Monterrey. Se puede dejar el vehículo en un camino que queda a la derecha de la calle de entrada, por delante de las primeras casas y algo más allá de la atalaya, y retroceder a pie unos 100 metros por una vereda que corre paralela a la calle. Junto a la torre, se puede contemplar el amplio panorama de que gozaban los vigilantes en ella destacados: el farallón de la sierra desde La Cabrera a La Pedriza, con el Cerro de San Pedro destacándose sobre ese telón y el valle del Guadalix y el embalse de Pedrezuela en el centro de ese grandioso circo rocoso. Hacia el sudeste, entre los árboles, en teoría es posible distinguir la Atalaya del Vellón.

VENTURADA



| Atalaya del Vellón



EL VELLÓN

Por último, a la **Atalaya del Vellón** se llega por la carretera que desde El Vellón baja hacia Talamanca por El Espartal. Esta carretera sale a la derecha de la que lleva a Torrelaguna, la M-129, pocos metros después de abandonar la población. A unos dos kilómetros, cuando la carretera baja junto al Arroyo de las Praderas, existe a la derecha una curva del trazado antiguo de la calzada en la que se puede aparcar el vehículo y que está al pie mismo de la torre. Desde ahí, para llegar hasta ella, sólo es preciso subir una corta aunque acusada pendiente. De nuevo, nos encontramos ante un vastísimo panorama, en este caso ya no serrano sino meseteño: el amplio y feraz valle del Jarama despliega su ancha lengua de tierras aluviales a nuestros pies y contrasta con los áridos páramos y "alcarrias" de Guadalajara que se extienden más allá de él. Aquí se puede entender mejor que en ningún otro el papel jugado por las atalayas en el control estratégico de los accesos al valle hace ya más de mil años.

Los más apasionados pueden incluir en el itinerario el emplazamiento de la Atalaya del Molar, un cerro situado al oeste de la población. De la atalaya original nada queda. Sabemos que se destruyó al construir la primitiva carretera de Burgos en el siglo XIX. Hace no mucho el ayuntamiento ha construido una torre con funciones de mirador en su emplazamiento aproximado. Para acercarse hasta su base, se toma una pista que en buena medida sigue el trazado de la vieja carretera de Burgos, a la derecha, según se sale del Molar hacia San Agustín por la antigua A-1, y va serpenteando por las colinas adyacentes.

Una buena manera de completar el viaje por las atalayas del Jarama es visitar Torrelaguna. La atalaya andalusí se aprovechó como recurso defensivo de la aldea que, después de la conquista castellana de la zona, creció en torno a ella y a la que dio nombre. Más tarde, ya convertida en villa, además se protegió con murallas. Una vista del conjunto urbano pintada en el siglo XVII nos muestra que entonces la torre aún estaba en pie y se alzaba junto a la iglesia en el centro de la población. Merece la pena visitar, además de los restos de su recinto urbano, la iglesia parroquial situada junto al lugar donde se erigió la torre y donde se encuentra enterrado el Cardenal Cisneros. E incluso llegar hasta Talamanca, la medina a la que las torres protegían, y, desde allí, y a la vista de la Atalaya del Vellón, la más cercana, imaginar el sobrecogimiento de sus habitantes cuando, en el momento más inesperado, quizás en medio de cualquier actividad agrícola o doméstica, al alzar la vista, vieran elevarse al norte las columnas de humo que anunciaban el temido ataque.



LAS ATALAYAS DE **LA SIERRA DE HOYO**

Las dos atalayas de la Sierra de Hoyo son la **Torrecilla del Collado** (Hoyo de Manzanares), situada junto a un paso de montaña en el corazón de la sierra y citada en algunos documentos medievales también como la Torrecilla de Navahuerta, y **Torrelodones**. Su misión era controlar la cabecera de este valle y la del Manzanares, así como los caminos que descendían por ellos desde el Puerto de la Fuenfría y el Puerto de Tablada.

No estaban conectadas visualmente entre sí. Su punto de referencia era en realidad la principal población a la que protegían: Madrid. Aunque pueda parecer que existía demasiada distancia entre las almenaras y la ciudadela, bastaría que los centinelas de la fortificación vislumbraran las columnas de humo que se elevaban sobre la situación conocida de las torres para que se dieran por enterados de la cercanía de una incursión castellana y pudieran activar inmediatamente las medidas defensivas previstas para estos casos. Torrelodones vigilaba también el camino que, a lo largo del valle del Guadarrama, se dirigía directamente hacia Toledo.



Quién no se ha fijado, al circular por la Carretera de La Coruña, en la torre que da nombre a la cercana población y constituye además su carismático emblema. Precisamente por ser un hito paisajístico e histórico vinculado a **Torrelodones**, fue reconstruida hace ya décadas y rematada con ese pretil almenado en voladizo que le da un aspecto más cercano al de las fortificaciones señoriales de finales de la Edad Media que al de las primitivas atalayas andaluzas. Puede incluso que alguien, a la vista de su perfección de postal, haya pensado que se trata de una torre "inventada" con el fin de hacer honor a la denominación de la villa. No sería el primer caso. Pero no, existen pruebas arqueológicas de su antigüedad, además de que sus similitudes con la Torrecilla del Collado vienen a confirmarla. Y a eso hay que añadir que aparece en un grabado del siglo XVII y en fotografías de principios del siglo XX. Recientemente se ha construido un paso bajo la A-6 que permite acercarse a ella dando un paseo desde el centro de Torrelodones

| Atalaya de Torrelodones





TORRECILLA DE HOYO

De la **Torrecilla del Collado**, sólo se conserva su base junto al paso de la Sierra de Hoyo del que toma su denominación y por el que aún cruza una pista del campo de maniobras de la Academia de Ingenieros en cuyo corazón se encuentra. El acceso, por razones de seguridad, no está autorizado, si bien, excepcionalmente, y si se alega un buen motivo científico o cultural, puede conseguirse un permiso de tránsito solicitándolo a la comandancia de la academia.

LA ATALAYA DE PEÑA MUÑANA

La torre de **Peña Muñana** (Cadalso de los Vidrios) aparece aislada en lo alto de este impresionante cerro, verdadera atalaya natural sobre una zona en que se diluye la larga barrera formada por la Sierra de Guadarrama antes de que se eleve la no menos prolongada e imponente barrera de la Sierra de Gredos. Por esta falla, penetra el río Alberche desde el norte en dirección a la cuenca meridional del Tajo. Y por ella pasa también la ruta que une Ávila con Toledo. Como sucede entre el Lozoya y el Jarama, aquí la vía se aparta igualmente durante unos kilómetros del angosto cauce del río para adentrarse por los terrenos más suaves situados entre El Tiemblo y Cadalso. En las proximidades del camino, la posición de la atalaya cobra todo su sentido.



Esta atalaya es, de todas, la que plantea una caminata más exigente, sólo apta para gente entrenada. Pero las vistas de que disfrutarán quienes alcancen la cima del cerro sin duda recompensarán el esfuerzo realizado. Para subir al cerro desde Cadalso, hay que tomar una vereda que nace al final de la Calle de la Peña, donde se puede dejar el vehículo. La senda sube por la cara septentrional del cerro hasta llegar a una meseta situada entre los canchos graníticos de la cúspide. Aún se pueden reconocer los restos de un muro realizado "a hueso" -con las piedras sin trabar con argamasa- que unía los canchos entre sí rodeando la meseta y, dentro de ésta, restos de antiguas edificaciones, todo ello perteneciente a un poblado que ocupó tan escarpado lugar en una época aún por determinar, aunque sin duda en un periodo en que la seguridad que ofrecía este emplazamiento dominante compensaba las incomodidades que suponía habitarlo.

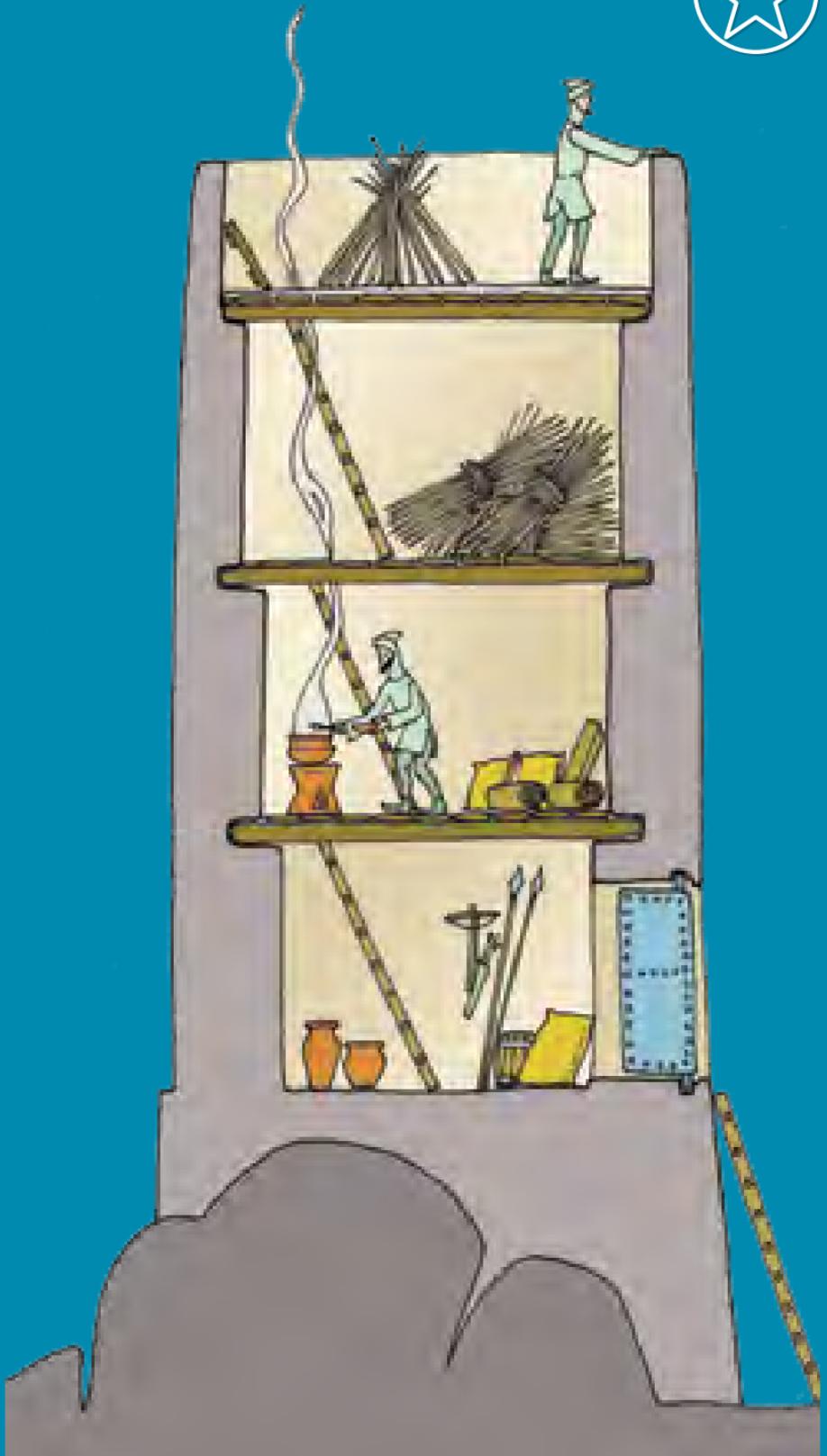
La visita se puede acompañar de un paseo por Cadalso, a lo largo del que conocer el único vestigio que hoy queda de la muralla con que se protegió la villa a finales de la Edad Media: el lateral de una de las torres que guardaba la puerta de entrada al recinto, embutido entre edificaciones posteriores en la Calle Real. O contemplar la fachada del palacio que el Marqués de Villena se construyó en su señorío a principios del siglo XVI y la de la Casa de los Salvajes, otro edificio solariego de época renacentista, también en la Calle Real. Además, el recorrido se puede extender a la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, fundada en época de Isabel la Católica, aunque muy reformada posteriormente, y al yacimiento arqueológico de "La Mezquita", el cual, pese a su nombre, en realidad se corresponde con los restos de una iglesia románica y el cementerio adyacente.

TORRES SENCILLAS Y RÁPIDAS DE CONSTRUIR

Estas atalayas son edificios de una sencillez extrema, diseñados para cumplir con sobriedad y eficacia su misión. Tienen una estructura cilíndrica o levemente cónica de unos diez u once metros de altura coronada por una plataforma protegida por un pretil o parapeto tras el que se podían defender los guardianes en una posición ventajosa en caso de ataque. La base puede medir entre cinco y siete metros de diámetro. El zócalo es un bloque macizo de dos o tres metros de altura que da estabilidad a la torre y haría inútil cualquier intento de “zaparla” o descalzarla para provocar su caída. Con frecuencia, para dotarlas de aún mayor solidez y ahorrar materiales y trabajo, se aprovechaba algún resalte rocoso para asentarlas, como sucede en las de Venturada y Peña Muñana. La entrada es la única abertura en los recios muros: de reducidas dimensiones, está situada en alto para dificultar el acceso de cualquier asaltante una vez atrancada la puerta y recogida la escalerilla portátil que permitía en condiciones normales llegar hasta ella. El interior estaba dividido en dos o tres cámaras superpuestas y separadas por suelos de madera, a un tiempo espacio de vivienda de los soldados, despensa gracias a la que poder resistir un asedio y depósito de leña.

La sencillez de este patrón constructivo permitía que cada torre se pudiera alzar en pocos días. Y era fácil de adaptar al empleo de los materiales de la zona: la piedra que aflorase en cada cerro y la madera de la vegetación circundante. No era necesario dedicar tiempo ni esfuerzo al acarreo de materiales hasta el lugar de la obra. Sólo transportar unos litros de agua para fabricar el mortero. No es de extrañar por tanto que se ejecutase en tan poco tiempo tan vasto programa defensivo, excelentemente planificado por los ingenieros militares califales.

Las diferentes propiedades de las rocas empleadas explican algunas divergencias en el aspecto o las dimensiones de las atalayas. Las tres más occidentales de la Comunidad de Madrid están en la parte de la sierra caracterizada por los grandes bloques de granito, una roca que se puede cortar de forma más geométrica. Eso permitió que estas torres tuvieran muros más regulares y delgados y que fueran más estrechas, aunque también obligó a añadir un pequeño cuerpo de guardia cuadrangular en su base, el cual servía además como defensa adelantada de la puerta de acceso a la atalaya propiamente dicha.







MEDINAS, ALCALÁS Y ZAFRAS

O ciudades, castillos y "rocas", pues eso es lo que significan los nombres árabes que designaban a las tres categorías de asentamientos fortificados que, junto a las atalayas, articulaban la red de ocupación del territorio de la Marca Media.

Probablemente Talamanca fue el único asentamiento que en la actual región madrileña adquirió la condición de medina o ciudad, aunque es posible que Madrid también lo hiciera. Ambas fueron plazas especialmente mimadas por el gobierno cordobés, que invirtió en sus fortificaciones, mantuvo su guarnición y designó gobernadores y funcionarios para su administración y defensa. Y ambas contaban con un recinto específico en el que estaban protegidos los principales edificios institucionales: una almudena o ciudadela. De ahí que, tras la conquista castellana, en ambos casos, las mezquitas, al transformarse en iglesias, pasasen a estar bajo la advocación de Santa María de la Almodena.

MEDINAS, ALCALAS AND ZAFRAS

Or towns, castles and "rocks", as these words mean in Arabic and which designated the three categories of fortified settlements that, together with the watchtowers, made up the occupying network of the Marca Media (or border) territory.

The settlements were distributed across the valleys of the principal watercourses, which were in turn the most important communication routes: Talamanca on the river Jarama, Madrid on the Manzanares, Calatalifa on the Guadarrama, Alcalá on the Henares, Valderadela on the Tajuña and Alarilla on the Tajo.



DOMINIO ESTRATÉGICO DEL TERRITORIO

En realidad, todos los enclaves citados, con independencia de su tamaño y su entidad jurídica, y con la excepción de Talamanca, están situados en el reborde de los páramos en una posición elevada sobre los cauces fluviales. En los orientados de este a oeste, como el Henares, el Tajuña o el Tajo, ocupan siempre cerros de la orilla sur, donde podían ofrecer su frente más seguro a los posibles ataques llegados desde el norte. En los orientados de norte a sur, cuentan al menos con una buena visión del tramo septentrional del valle y con la protección suplementaria de barrancos y fosos. La proximidad de la frontera estaba siempre presente.

La elección de estos emplazamientos en altura hay que verla también en el contexto de la implantación del estado islámico: tanto por razones estratégicas como simbólicas, los nuevos gobernantes buscaron posiciones dominantes sobre las antiguas poblaciones, a la vez que instauraban una nueva organización administrativa y militar que iba sustituyendo a la precedente. El caso más emblemático es sin duda

El segundo grupo de plazas fortificadas lo formaban las "qalas", origen de las numerosas "alcalás" que abundan en nuestra geografía y de otros topónimos con la raíz "cala-", como Alcalá la Vieja y Calatalifa.

Y esta trama la completaban unas fortificaciones de menor tamaño: las "zafras" o "rocas" (del árabe *sajra*), es decir, pequeños castillos roqueros situados en promontorios sobre los valles. Estas zafras actua-

| Torre albarrana de
Alcalá la Vieja





ban como enlaces en los ejes viarios, y por eso muchas veces estaban emplazadas a una jornada de viaje de las fortificaciones principales. Tenían también, por supuesto, la función de proteger y a la vez dominar a la población asentada a su amparo o en las inmediaciones. En la Comunidad de Madrid, hay al menos tres: Malsobaco (Paracuellos) y Ribas (Rivas Vaciamadrid) en el Jarama y Alboer (Villamanrique) en el Tajo.



Alcalá, fundada sobre la ciudad preexistente más importante de la región: Complutum. Con el tiempo, esos antiguos núcleos se irán abandonando en favor de otros nuevos y, aunque aún se crearán aldeas no fortificadas y granjas (alquerías) en el valle, la población tenderá a agruparse al amparo de las fortificaciones ante el aumento de la inseguridad en la frontera.

¿CÓMO ORGANIZAR LA VISITA A TODOS ESTOS ENCLAVES? ¿MERECE LA PENA IR A TODOS?

La gran mayoría, como Malsobaco, Ribas, Calatalifa, Alcalá, Valderradela, Alarilla y Alboer, son hoy deshabitados en los que sobreviven pocos restos arquitectónicos visibles y a los que sólo se puede llegar, como a las atalayas, a pie o a través de pistas no asfaltadas no aptas para cualquier vehículo. En compensación, ofrecen excepcionales vistas de los valles, vastos paisajes y una oportunidad única para comprender la relación con el territorio de las comunidades medievales.

Para la mayor parte de los viajeros, una buena alternativa sería visitar sólo las dos poblaciones que han subsistido hasta nuestros días: Talamanca y Madrid. No sólo encontrarán las facilidades de un medio urbano, sino que podrán completar el paseo conociendo las huellas dejadas por otros periódicos históricos. Por ese motivo, comenzamos el siguiente repaso por ellas.





TALAMANCA DEL JARAMA UN “TESORO” ESCONDIDO



Talamanca ocupa una posición central y estratégica en el valle del Jarama. Junto a ella pasaba al menos desde época romana la ruta más importante de comunicación entre ambas mesetas de toda la región, la que desde el Puerto de Somosierra se dirigía hacia Complutum y Toledo, antes de que la moderna capitalidad de Madrid hiciera que se desviara más al oeste. Hoy el recorrido de esta ruta es en cierta medida el que sigue la M-103, que es la carretera por la que se llega a Talamanca. Probablemente aquí cruzaba también una vía que discurría paralela a la sierra y enlazaba todos los caminos que descendían desde ella.

| Puerta mudéjar de la muralla de Talamanca



Existen evidencias de la presencia de asentamientos no sólo romanos sino anteriores en la zona. El propio nombre de la localidad, como otros de etimología parecida como Salamanca, es prerromano. La leyenda local sobre su origen que recogen las “relaciones” que sobre los pueblos del reino encargó Felipe II hacia 1580 es probablemente falsa, aunque muy atractiva. Según ésta, la ciudad la habría fundado una reina mítica llamada Tala, una soberana muy bella con un rasgo singular: era manca.

Talamanca esconde un verdadero “tesoro” monumental por descubrir. Muchos de los edificios de su espléndido pasado medieval aún se conservan diseminados por el interior de la localidad o sus alrededores. Para recorrerla, lo más recomendable es dejar el vehículo en algún punto del casco urbano y seguir a pie descubriendo las piezas de ese “tesoro”, empezando por las **puertas**, las **torres** y los tramos de la **muralla** aún en pie en las calles de Uceda y del Palomar, o los restos de los muros de tapial y de las zarpas escalonadas que constituían la base de las



torres andalusíes originales junto a los caminos del Molino de San Isidro y de Ronda, significativo nombre de la calle que sigue el trazado septentrional de la muralla.

Talamanca no sólo tuvo una importante actividad económica y militar, sino también cultural e intelectual, pese a la proximidad de la frontera y sus peligros. A finales del siglo X, existió en ella una escuela dedicada a la interpretación jurídica de los preceptos del Corán cuyo maestro se llamaba precisamente Umar al-Talamanquí. El prestigio que alcanzó fue tal que en sus últimos años se trasladó a Córdoba para impartir sus enseñanzas. No es de extrañar, por tanto, que la protección de este rico enclave se reforzara en esa misma época mediante la construcción de una red de puntos de vigilancia avanzados o atalayas.

Otras dos joyas de ese “tesoro” son las dos cabeceras medievales. Una es el **ábside de la iglesia de San Juan Bautista**, del siglo XII, uno de los pocos templos románicos de la región, aún en uso y con huellas de muchas otras fases constructivas posteriores, un verdadero compendio de arquitectura religiosa rural.



El cronista árabe al-Razi señala que este recinto defensivo se alzó, junto a de Madrid, en época del emir Muhammad I, a mediados del siglo IX, dentro del programa de consolidación del estado omeya de Córdoba en esta región y tras las primeras incursiones de tropas castellanoleonesas. Es posible que además comprendiera un recinto militar más pequeño, una alcazaba o almukena, dentro del que quedarían especialmente protegidas las dependencias administrativas, la residencia del gobernador y la mezquita mayor. Esta configuración se correspondería bien con la que sabemos que llegaron a tener las ciudades más importantes de al-Andalus, las que adquirirían la categoría de “medina”.



| Lienzo de la muralla de Talamanca



| Torre sobre el arroyo Valdejudíos



| Iglesia románica de San Juan Bautista



| Ábside mudéjar de los Milagros



| Puente "romano"

La otra es el **Ábside de los Milagros**, testigo aislado del templo de estilo mudéjar del siglo XIII que hubo en la hoy denominada Plaza de la Constitución. Excavaciones arqueológicas realizadas en torno a él han demostrado que ocupaba prácticamente el mismo lugar que otro de época visigoda, subrayando así la continuidad de Talamanca a través de los siglos. Existió también una iglesia mayor puesta bajo la advocación, como en Madrid, de Santa María de la Almudena, hoy totalmente perdida. Era la antigua mezquita, transformada a partir de 1079, cuando Talamanca y su territorio pasaron a manos castellanas, poco antes de la capitulación de Toledo. Seguramente también aquí recibió ese nombre en referencia a la "almudaina" o alcazaba entre cuyos muros se encontraba.

Estos edificios nos hablan de que Talamanca mantuvo su pujanza durante los siglos posteriores. Los arzobispos de Toledo, señores de la villa desde 1214, le otorgaron numerosos privilegios, es decir, ventajas fiscales, para favorecer el asentamiento de pobladores y apoyar su crecimiento. Y reconstruyeron y reforzaron la muralla para que siguiera ofreciendo protección a los vecinos.



Otra riqueza del "tesoro" de Talamanca, quizás la más atractiva, la constituye el **punte "romano"**. Se encuentra fuera del casco urbano, unos cientos de metros al norte. El origen romano de la obra, pese a su nombre, no está demostrado. Las partes más antiguas lucen marcas de cantero románicas como las de San Juan Bautista. El puente era un recurso económico de primer orden para Talamanca: permitía el cobro de un derecho de paso o "pontazgo" y garantizaba que numerosos viajeros pasaran por la localidad y se alojaran en ella. Esta intensa actividad comercial atrajo entre sus muros a una importante comunidad hebrea, de ahí el nombre del arroyo que pasa junto a la muralla.

La expulsión de los judíos en 1492 y el paulatino desvío del río provocaron que Talamanca dejara atrás en el siglo XVI sus días de mayor esplendor.

Por último, sugerimos al viajero que complete la excursión, con el fin de tener una visión de conjunto de este territorio de frontera en época andalusí, visitando alguna de las atalayas del cinturón defensivo de la medina, por ejemplo, la más cercana del Vellón. Y también la próxima localidad de Torrelegua, nacida en torno a otra atalaya. La torre desapareció hace tiempo, pero en la localidad aún se pueden reconocer otros testimonios de su pasado, como sus murallas y la magnífica iglesia parroquial,



Al **punte "romano"** se llega por una pista practicable para todo tipo de vehículos, pero es muy recomendable prolongar la caminata ya comenzada por el casco urbano o acercarse en bici. Está en medio de un paraje natural muy interesante, sobre todo en otoño, cuando los álamos ribereños y otras especies típicas de los bosques de galería estallan en un verdadero festival de colores. Ahora el puente está en seco, lo que permite pasar bajo sus arcos, observar las marcas de los canteros y evocar el trasiego de arrieros, campesinos y soldados en la época en que aún estaba en uso.



MADRID

LOS ORÍGENES OCULTOS DE LA CAPITAL

Madrid

RUTA 1

Esta ruta puede empezar en la Cuesta de la Vega y la plaza dedicada al emir a quien se atribuye la primera construcción del recinto fortificado hacia el año 860: el **Parque de Muhammad I**. Ahí el explorador urbano puede encontrar los lienzos y torres del flanco meridional de la fortificación andalusí, sobre el barranco que hoy es la calle Segovia, que hacía de foso natural.

El resto del recinto, de reducidas dimensiones, recorría, al este, los altos de la calle Factor; al norte, el reborde del cerro sobre el arroyo que actualmente fluye bajo la calle del Arenal y la **Plaza de Oriente**; y, al oeste, el reborde sobre el valle del Manzanares. Precisamente este tramo septentrional ha sido localizado hace poco gracias a las obras que se realizan para alojar el nuevo Museo de las Colecciones Reales bajo la Plaza de la Armería, dentro del que quedará adecuadamente expuesto una vez inaugurado el edificio. Los miradores de la plaza permiten además comprobar el dominio estratégico que ya tenía la fortificación andalusí sobre el valle.



Madrid ofrece también la oportunidad de realizar una verdadera ruta de descubrimiento arqueológico sin salir de la propia ciudad, una experiencia alternativa a los itinerarios monumentales del Madrid de los Austrias.



La muralla andalusí contaba con tres puertas: la Puerta de la Vega, el Arco de Santa María y la Puerta de la Sagra.

La Cuesta de la Vega, como su nombre indica, bajaba hacia la ribera del Manzanares desde la puerta homónima y conducía hasta el vado del río que más tarde sería sustituido por el puente de Segovia, llamado así por pasar por él el camino que llevaba a la ciudad segoviana a través del Puerto de la Fuenfría.

El Arco de Santa María, situado al este, recibirá este nombre tras la conquista castellana por encontrarse a su vera la **iglesia de Santa María de la Almudena**, la primera iglesia de la ciudad, hoy desaparecida y sustituida por la catedral, en realidad la mezquita aljama o principal de la ciudad convertida al rito cristiano. Los cimientos de la cabecera que se añadió a la mezquita para convertirla en iglesia se pueden ver, tras su excavación, conservados junto al arranque de la Calle Mayor, el camino que se dirigía hacia Alcalá y el eje en torno al que se desarrollará Madrid hasta el siglo XIX, limitado como estaba su crecimiento al oeste por la presencia del profundo tajo del río. La imagen de la Virgen que se



Tramo del recinto conservado junto a la Cuesta de la Vega |



Restos arqueológicos de la iglesia de Santa María de la Almudena expuestos junto a la calle Mayor |



Torre conservada en el aparcamiento subterráneo de la Plaza de Oriente |



El palacio real ocupa el lugar del antiguo alcázar medieval |



| Tramo de la cerca de Felipe IV conservado en el Parque de la Cornisa



| Restos arqueológicos de la antigua plaza de los Caños del Peral expuestos en la estación de metro de Ópera



| Museo de San Isidro: vasijas medievales recuperadas en las excavaciones realizadas en el casco urbano de Madrid

veneraba en la iglesia, según la leyenda, habría sido encontrada gracias a una revelación escondida entre los muros de la almudena andalusí, donde la habrían ocultado unos cristianos falsamente convertidos al Islam por miedo a ser represaliados por mantener en secreto sus creencias y ritos.

La Puerta de la Sagra -es decir, del campo- estaba situada al norte, más o menos por donde hoy pasa la calle Bailén. Entre ella y el arco, existía un arrabal que se extendía hasta el arroyo del Arenal. Este barrio extramuros contaba con la protección suplementaria de una **torre exenta**, cuyos restos han aparecido en el transcurso de las excavaciones realizadas para un aparcamiento subterráneo en la Plaza de Oriente, dentro del que ahora se exponen. Más al este, había un espacio libre que probablemente estaba ocupado por un segundo recinto denominado albacar y dedicado al acantonamiento de tropas para las campañas por el valle del Duero. Luego sería el emplazamiento del alcázar de los reyes castellanos y hoy es el del Palacio Real.

Las transformaciones modernas de esta zona han sido tan espectaculares que es casi imposible imaginar



cómo era el paisaje medieval: la ciudadela andalusí abigarrada dentro de sus murallas ha dejado su sitio a las enormes arquitecturas y las amplias perspectivas del palacio de la capitana, los edificios de viviendas, la catedral, la calle Bailén, el viaducto, las plazas de la Armería y Oriente, el Palacio Real, incluso ahora el citado museo... Sólo cruzando el viaducto y asomándose al balcón de las Vistillas, donde existía un segundo arrabal, se puede intuir cómo era la topografía original de Madrid y los motivos que llevaron a los andalusíes a elegir este emplazamiento.

Las fortificaciones fueron creciendo al mismo ritmo que lo hacía la ciudad. Los arrabales ya se habían encerrado en una segunda muralla a finales del siglo XII, y se construyó una tercera en el siglo XIV, además del alcázar. Todavía se trazarían unas cercas más amplias en época de Felipe II y luego de Felipe IV, éstas ya con carácter fiscal, no defensivo. Muchos hitos urbanos nos hablan de todos estos recintos. Sin salirnos del eje del camino de Alcalá: la Plaza Mayor, que era el espacio abierto en que se celebraba el mercado al exterior de la Puerta de Guadalajara, en el segundo recinto; la Puerta



La conquista castellana no supuso para Madrid en ningún caso el comienzo de una época de declive. Se transformó en un importante polo de repoblación y reactivación de la comarca, con un concejo poderoso que rivalizaba a la hora de ampliar los términos de la ciudad con otros de mayor raigambre como el Concejo de Segovia y con otros poderes territoriales como el Arzobispado de Toledo y la Orden de Santiago. Con el tiempo, fue elegida como una de las sedes de la corte itinerante castellana, gracias entre otros motivos a los excelentes cotos de caza que eran los bosques limítrofes. Y finalmente se convertiría en la capital del Reino de España.



del Sol, que era la puerta orientada a la salida del astro rey en el tercero; o la Puerta de Alcalá, que es la monumentalización en época de Carlos III de la puerta del quinto recinto.

RUTA 2

Un segundo paseo nos puede llevar a reconocer el trazado de la muralla edificada a finales del siglo XII, inspirada por razones simbólicas en cercas castellano-leonesas como las de León, Ávila, Segovia y Plasencia: su trazado es mucho más amplio y curvo que el andalusí y estaba jalonado por torres cilíndricas. Era ya una muralla urbana propiamente dicha. Aunque apenas quedan algunos "testigos" de su presencia, su planta configuró el plano del centro de Madrid y es fácil de seguir a través de las calles Almendro, Cava Baja, Cava de Cuchilleros y Escalinata. Las cavas llevan ese nombre en memoria del foso que protegía a la muralla y por cuyo fondo discurren ahora estas calles. Confluyen precisamente en la calle Segovia y en la Plaza de Puerta Cerrada, llamada así por motivos obvios. No deben dejarse de visitar ni la Plaza Mayor, antigua plaza del mercado extramuros, ni la **Fuente de los Caños del Peral**, conservada dentro de la estación de Ópera, cuya agua daba de beber a los madrileños y vida al arroyo del Arenal.

Es muy recomendable incluir en esta segunda ruta una visita a las dos iglesias medievales de Madrid -San Pedro y San Nicolás- y al **Museo de San Isidro**, donde, además de guardar el pozo en el que la tradición dice que se produjo el milagro del santo patrón de la ciudad, se repasan los orígenes de la gran urbe actual y se exponen piezas recuperadas en las excavaciones arqueológicas realizadas en el casco antiguo, objetos que nos permiten hacernos una imagen más completa de cómo era la vida entre los recios muros medievales.



ALCALÁ LA VIEJA

UN CASTILLO SOBRE LA CIUDAD ROMANA DE COMPLUTUM

Tal y como sucede en todas las fortificaciones de esta época, una parte importante de la experiencia de visitar Alcalá la Vieja reside en las impresionantes vistas de que goza el cerro. El emplazamiento de la "qala" no podía estar mejor escogido: protegido al norte por el talud sobre el río y por dos profundos barrancos en sus otros costados, el castillo dominaba a las aldeas diseminadas por el valle en que se había dividido la población de Complutum, en especial a la que se arremolinaba en torno a la iglesia del Val, y vigilaba la ruta estratégica que unía a la Marca Media con la Marca Superior y el valle del Ebro a través del Henares y luego del Jalón. Eso sí, una advertencia: es peligroso acercarse hasta el mismo reborde sobre el río ya que la corriente va socavando poco a poco el talud de blandas arcillas terciarias sobre el que se asienta el yacimiento y se producen frecuentes desprendimientos. Es más seguro quedarse unos metros por detrás y la panorámica es igualmente excelente.



Las "qalas" o castillos andalusíes podían depender directamente de Córdoba, pero también haber sido fundados por señores llegados desde diferentes rincones del Islam al amparo del proceso de ocupación del territorio impulsado por los emires. Muchos de estos señores eran árabes, pero también sirios, yemeníes y sobre todo beréberes, es decir, pertenecientes a grupos del norte de África convertidos al Islam. No pertenecían a la estructura política central, pero colaboraban con ella. Ese era el caso de los Banu Salam, señores de Alcalá o, para ser exactos, del castillo que llevaba su nombre: al-Qal'at 'Abd al-Salam.



La plaza era tan inexpugnable que, de hecho, fue la última en ceder a la toma castellana de la región y sobrevivió casi cuarenta años. Durante la contraofensiva almorávide de 1108, constituyó un peligroso punto de apoyo, una verdadera cabeza de puente en el corazón de las líneas castellanas.

En 1120, un poderoso ejército salió de Toledo a las órdenes del obispo Bernardo, asedió Alcalá y no levantó el sitio hasta que el castillo no se entregó.

Una vez en el yacimiento arqueológico, se puede reconocer el trazado de la muralla que bordeaba el perímetro de la mesetilla sobre la que se alzaba el castillo, jalonado por los restos de varias torres. La más espectacular es la albarrana -torre exenta unida por un arco al recinto- que ocupa el ángulo suroeste, seguramente perteneciente a una fase de refuerzo de las defensas alcalaínas de época ya arzobispal. En el flanco occidental, las excavaciones arqueológicas han revelado los restos de la puerta original del siglo IX, formada por dos arcos de herradura y flanqueada por sendas torres. En otro punto de la fortificación, han sacado también a la luz vestigios de la iglesia que



| Restos de una torre de tapial en el flanco meridional de Alcalá la Vieja



| Domus junto al foro de Complutum



ocupó el lugar de la mezquita tras la conquista toledana. No muy lejos, ocupando el centro de la plaza, subsiste el enorme aljibe subterráneo cuyas reservas de agua sin duda permitieron a los alcalaínos resistir el sitio a que fueron sometidos en 1120.

La toma de Alcalá representó una gran victoria para la Iglesia, la cual, como vemos, no sólo ejercía un liderazgo espiritual, sino también político y militar. Y, en particular, para el gran centro de poder eclesiástico al sur de la sierra: el Arzobispado de Toledo. De hecho, Alcalá y su territorio pasaron desde ese momento a depender administrativamente de la mitra toledana.

Es muy recomendable completar el recorrido turístico acercándose tanto a los sitios arqueológicos de época romana de la antigua **Complutum** -el foro y la villa de Hyppolitus- como a los monumentos medievales y posteriores de la moderna Alcalá de Henares -las murallas del palacio arzobispal, la magistral, la universidad y las calles y plazas, entre otros- para así seguir a la ciudad del Henares a través de sus dos mil años de historia.



Hoy Alcalá la Vieja se encuentra en un extenso parque natural que ocupa la margen meridional del río Henares. El ayuntamiento de Alcalá de Henares lo ha protegido y ha señalizado pistas y senderos para que los excursionistas puedan disfrutar recorriéndolo a pie o en bicicleta. No se puede acceder en vehículos a motor. Tampoco, claro está, al emplazamiento del castillo, al que se puede llegar bien a través de una vereda desde los cerros limítrofes bien por un camino que sube desde la orilla del río. La entrada principal al parque se encuentra en la M-220, pasado el puente de Zulema, junto al que, aguas abajo, se pueden ver los restos de su precedente medieval, y al final de la cuesta que lleva a Anchuelo y Loeches.



Alcalá la Vieja

Ese viaje por el territorio alcalaíno puede también ampliarse a la cercana población de Santorcaz, otro antiguo feudo del arzobispado toledano, a la que se puede llegar por la citada M-220. Allí, además de pasear junto a los restos de la fortificación que construyeron los obispos como sede de su gobierno local, se puede además conocer otro hito defensivo de posible ascendencia andalusí: la "torrecilla" situada en el extremo del Llano de la Horca, sobre el Arroyo de Anchuelo. No se trata de una atalaya de la red de vigilancia de la frontera. De hecho, ni está cerca de la sierra, ni pertenece a ninguna trama defensiva, ni es cilíndrica, ni reúne ninguna otra de las características de este grupo. Sin embargo, sí tiene parentesco con otras torres localizadas en regiones limítrofes, cuadrangulares como ésta, situadas en zonas marginales, vinculadas a pequeños asentamientos agropecuarios y construidas por las propias comunidades para asegurar su defensa lejos de las grandes fortalezas. Lo más probable es que estas comunidades fueran de origen beréber.



| Alcalá la Vieja aún domina hoy a la población del valle



EL PASADO BAJO TIERRA

OTRAS FORTALEZAS ANDALUSÍES EN LA COMUNIDAD DE MADRID

Madrid, Talamanca y Alcalá La Vieja fueron las plazas fortificadas más importantes de este tramo de la frontera andalusí. Y son también las que conservan restos más notables bien porque se han mantenido en pie, bien porque se han recuperado gracias al trabajo de los arqueólogos. Pero, como decíamos más arriba, existieron muchas otras fortificaciones, sin las que no se hubiera podido trenzar la trama defensiva de esta región sometida al constante acoso de las tropas castellanas. Démosles un rápido vistazo precisamente para completar esa visión de conjunto, y también pensando en todos esos aficionados que quieran plantearse su visita como una buena excusa para un paseo campestre por esos lugares donde “late” o se esconde la historia.

Empecemos por **Calatalifa**, como su nombre indica otra *qala* como Alcalá, y seguramente un asentamiento de la misma entidad e igualmente vinculado a un eje fluvial y de comunicaciones importante como fue en la Edad Media el valle del Guadarrama, el camino natural y más directo desde los puertos de Tablada y La Fuenfría hacia Toledo. Completaban su tarea, más al sur, las fortalezas de Canales (Recas) y Olmos (El Viso de San Juan), un lugar seguro para cada jornada de viaje. Esta ruta aún hoy figura en los mapas como el Carril Toledano.

Para llegar hasta ella, ha de tomarse una pista, el Camino de los Pinares, que nace al sur de la nueva circunvalación de Villaviciosa por la que discurre la M-501, junto a un polígono industrial. Es el camino de servicio de la cantera de áridos que se encuentra junto al yacimiento arqueológico.

Las pocas huellas reconocibles de su pasado son subterráneas, por lo que hay que adentrarse en el cerro para



encontrarlas: se trata de dos aljibes, uno situado junto al río, donde los desprendimientos amenazan con destruirlo por entero, y otro en la parte alta, bastante completo y del que sólo se ven los pozos superiores de ventilación y extracción de agua. Es el culpable de que popularmente se conociera a este lugar como la Cueva de la Mora. Las hiladas inferiores de los lienzos del recinto fueron localizadas en el transcurso de unas excavaciones llevadas a cabo hace ya un par de décadas en la zona oriental, pero hoy cuesta identificarlas. Se trata de la "zarpa" escalonada sobre la que se asentaba el muro con torres que cerraba el flanco más vulnerable de la fortificación. Los otros tres contaban con la protección añadida de sendos barrancos y del cauce del Guadarrama.

Tras la conquista castellana, Calatalifa quedó englobada en el territorio que entonces se concedió a la ciudad de Segovia al sur de la sierra. Se le otorgaron fuero y otros privilegios para evitar que se despoblara, pero no debieron de tener mucho éxito pues en el siglo XIV deja de aparecer en los documentos.

Otras dos plazas que jalonan una ruta fluvial de estratégica importancia militar que viene de los pasos de la sierra son **Malsobado (Paracuellos del Jarama)** y **Ribas (Rivas-Vaciamadrid)**, en este caso dos castilletes o "zafras" que, sobre sendos cerros-testigo, destacan cual centinelas en los rebordes de las parameras circundantes, a los que habría que añadir, más al norte, una tercera "zafra", Uceda, hoy en la provincia de Guadalajara.

Estos castillos aparecen entre las plazas conquistadas por Alfonso VI camino de Toledo entre 1079 y 1085. Después corrieron diferente suerte. Malsobaco acabó perteneciendo a la Orden de Santiago, la cual constituyó en torno a él una encomienda que se extendía hasta el Soto de Viñuelas, al norte de Alcobendas. Ribas pasó primero a integrar las posesiones del Arzobispado de Toledo, y más tarde recayó



en el alfoz del Concejo de Madrid cuando éste se expandió para absorber varias aldeas ribereñas del Jarama. Probablemente en esa época se edificó una primera ermita al pie del cerro, luego transformada en convento mercedario y santuario del Cristo de Ribas.

El Cerro de Malsobaco se alcanza a través de una senda que sale al suroeste de Paracuellos y que deja al caminante al borde del páramo. Luego hay que bajar y subir por las paredes del foso natural que separa al cerro de la meseta. Una vez arriba, se pueden reconocer los restos del muro que recorría el perímetro del altozano y los de una torre, probablemente la única, que protegía al oeste a la que debía ser también la única puerta del castillo. Algunos bloques han rodado pendiente abajo y aún desafían a la erosión al pie del cerro. Al igual que aún desafía al paso del tiempo, en el centro de la plataforma, el aljibe que garantizaba reservas de agua a la pequeña guarnición. A media ladera, aparecen algunos alineamientos de piedras que podrían ser indicios de la existencia de un segundo muro defensivo.

Al Cerro de Ribas se sube, cruzando la M-823, desde el santuario, donde se puede dejar el vehículo. Es recomendable aprovechar la excursión para visitar el templo. En la cima, quedan aún menos restos visibles que en Malsobaco, si exceptuamos las piedras, los ladrillos y los fragmentos de cerámica que afloran por las laderas y que nos hablan de que un día el otero estuvo habitado. Hay también huellas de las trincheras excavadas por los contendientes durante la Batalla del Jarama: en esta zona, combatieron y murieron miles de hombres durante el duro invierno del 1937, en la primera ofensiva de las tropas nacionales hacia Madrid. Las ventajas estratégicas y defensivas del cerro eran casi las mismas que en la Edad Media. Alcanzar su cima permite comprobarlo, así como revivir esos dos periodos históricos tan distantes entre sí en que tuvo un destacado papel militar.



El sustrato geológico de todo el suroeste de la Comunidad de Madrid está formado por yesos terciarios muy cristalizados. Es una roca muy fácil de tallar, pero también se degrada muy deprisa, lo que sin duda contribuyó al rápido deterioro de todas las construcciones que se hicieron con ella, incluidos los muros defensivos de **Alarilla** (Fuentidueña de Tajo), **Alboer** (Villamanrique) y **Valderradela** (Chinchón).

En **Alarilla** y **Valderradela**, sólo encontramos ya yermas colinas en las que únicamente las lomas formadas por los escombros y las zanjas colmatadas por la erosión nos permiten intuir el trazado de murallas y fosos. El tiempo todo lo ha mimetizado con la ayuda de esos yesos que del suelo pasaron a los edificios y después, tras su abandono y derrumbe, volvieron al suelo. El espectáculo paisajístico es en cualquier caso singular, sobre todo en verano, cuando la luz cegadora del mediodía se refleja en los millones de espejos que forman las pequeñas láminas de yeso esparcidas por ambos yacimientos y los cerros, con su blanco resplandor, contrastan vivamente contra la alfombra verde del fondo de los valles sobre los que un día ejercieron su dominio.

Alboer sí conserva restos más evidentes de su antigua fortaleza. Aún llama la atención, pese a estar tan deformada por los derrumbes, cómo su silueta se destaca desde muy lejos. A ello contribuye el profundo tajo en gran parte artificial que lo separa de la paramera adyacente. Los yesos que se extrajeron para ampliar el foso debieron de emplearse simultáneamente en la edificación de los muros de la torre y el pequeño recinto adosado al oeste que conforman todo este pequeño baluarte.

Alarilla y Alboer, junto a Oreja, hoy en la provincia de Toledo, formaban parte de la línea de fortificaciones que guardaban el valle del Tajo entre Zorita de los Canes (Guadalajara) y Toledo, es decir, el antiguo camino real entre la ciudad palatina goda, Recópolis, y la corte toleda-



na. Alarilla, además, se encontraba en una encrucijada estratégica: junto al lugar en que cruzaba el río La Vía Espartaria, una ruta que, desde época romana, unía el centro peninsular con el sudeste. Valderradela era la única fortificación andalusí en el tramo inferior del Tajuña. Tras la conquista castellana, pasaron a poder primero del Arzobispado de Toledo y luego, como veremos en el siguiente capítulo al hablar de los castillos de Villarejo y Fuentidueña, a la Orden de Santiago.

Para llegar a **Alarilla**, hay que tomar una pista que sale a la derecha de la M-816 nada más pasar Fuentidueña y cruzar el río, y luego va siguiendo la orilla meridional, deja atrás una cantera de áridos y llega hasta el centro del cerro, donde se alza una ermita con la imagen de la Virgen de Alarilla, patrona de Fuentidueña y objeto de una romería anual muy popular. Este lugar sagrado se encuentra donde en su día debió de estar la iglesia de la plaza santiaguista, a su vez seguramente sobre el solar de la antigua mezquita andalusí. Para llegar a **Alboer**, hay que dejar el coche junto a la M-319, al coronar la cuesta que lleva desde Villamanrique a Santa Cruz de la Zarza, y seguir los senderos que, a la derecha, recorren el reborde del páramo. También se puede subir por el antiguo camino que unía estas dos poblaciones gracias a una barca que permitía cruzar el río y que pasaba junto al castillo, vereda que hoy se puede alcanzar a pie dejando el coche antes de la citada cuesta. Por último, para llegar a **Valderradela**, es necesario tomar una pista que sale a la derecha de la carretera de Arganda a Chinchón tras cruzar el Tajuña y al pie de los cerros de la orilla sur. Al cabo de un kilómetro, junto a la primera finca que sale al paso, se debe aparcar el vehículo y ya subir a pie a lo alto del yacimiento. En los tres casos, pero especialmente en Alboer, ha de extremarse el cuidado cuando se pasea cerca de los bordes de las mesetillas o por las resbaladizas laderas...

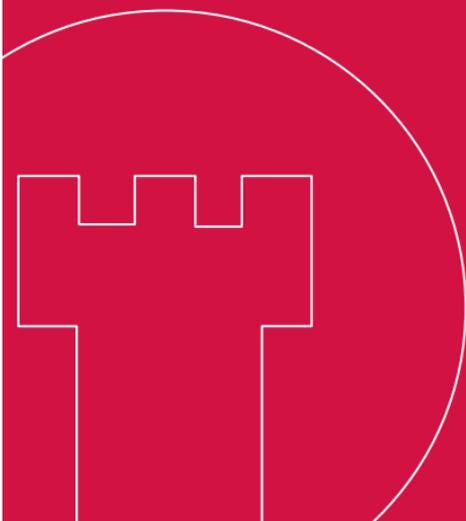


MADRID, ADARVE DE CASTILLA

FORTIFICACIONES DE
REPOBLACIÓN CASTELLANA
(SIGLOS XII–XIV)

MADRID, THE BAILEY OF CASTILE

FORTIFICATIONS OF
THE CASTILIAN REPOPULATION
(12TH TO 14TH CENTURIES)





DE AL-ANDALUS A CASTILLA

En el año 1085, Alfonso VI entraba en Toledo y casi toda la región situada entre la sierra y el Tajo se incorporaba definitivamente al Reino de Castilla y León. Alcalá y algunas otras plazas aún tardarían años en capitular o serían reconquistadas en algún momento del siglo XII por los andalusíes gracias al apoyo de tropas llegadas desde el norte de África. Sólo la formación de un ejército con tropas de todos los reinos cristianos peninsulares y el concurso de las órdenes militares locales pero también europeas conseguirá romper este equilibrio en 1212 en la batalla de las Navas de Tolosa (Jaén), gracias a la que no sólo se aseguró el dominio de toda la Meseta Sur sino que se logró abrir la "puerta" del valle del Guadalquivir.

FROM AL-ANDALUS TO CASTILE

In 1085, Alfonso VI entered Toledo and the entire region located between the mountain range and the river Tajo was definitively included in the kingdom of Castile and Leon.

New fortifications were built to guarantee the defence and stability of the conquered territory, such as the walls of Buitrago and the castles of Fuentidueña and Villarejo, and all of the Moorish fortifications were shored up, including some of the watchtowers.

Durante todo este tiempo, garantizar la defensa y la estabilidad del territorio conquistado fue, como es lógico, una prioridad de las autoridades castellanas. Para lograrlo, y aunque se construyeron fortificaciones nuevas por razones estratégicas como las murallas de Buitrago o un poco más tarde los castillos de Fuentidueña y Villarejo, fundamentalmente se revitalizaron por puro pragmatismo todas las fortificaciones andalusíes, incluida alguna de las atalayas, ahora con una nueva función.

También eran los núcleos ya poblados y había que mantenerlos activos -además de controlar a la población andalusí residual- mientras se lograba a duras penas, en un contexto de inseguridad permanente, atraer a nuevos pobladores llegados desde otras regiones situadas más al norte. Las ventajas que se les ofrecían eran enormes. Aquí podían constituir comunidades libres, poseer sus propias tierras y viviendas y gozar de una presión fiscal relativamente baja garantizada por cartas-puebla y fueros.

LAS NUEVAS ALDEAS CRECEN, SE CONVIERTEN EN VILLAS Y SE AMURALLAN

Durante el siglo XIII y la primera mitad del XIV, gracias al inicio de una etapa de estabilidad con el alejamiento de la frontera, se consolidan muchos de los asentamientos nuevos creados en el XII. Algunos, como Torrelaguna, Alcalá, Santorcaz o Cadalso, alcanzarán tal pujanza que, siguiendo el ejemplo de Buitrago, se dotan de un recinto amurallado tras el que protegerse. No sólo aún sobrevivía un miedo latente a una posible reconquista andalusí, sino que existían otros peligros: guerras entre reinos cristianos, guerras de sucesión, conflictos locales y otros mucho más intangibles pero igualmente temibles como las pestes y las hambrunas, ante cuya mortal expansión poco podían hacer los más recios muros.



SÓLIDAS MURALLAS LA GUARDAN

LA VILLA FORTIFICADA
Y EL CASTILLO DE BUITRAGO
DEL LOZOYA

Si hay un lugar en la Comunidad de Madrid donde aún late la Edad Media, ese lugar es sin duda Buitrago del Lozoya: sus espectaculares murallas, el imponente castillo de los Mendoza, la iglesia parroquial gótico-mudéjar, sus puentes añejos, el agreste entorno montañoso... todo contribuye a facilitar esa inmersión en el tiempo.

GUARDED BY THICK WALLS

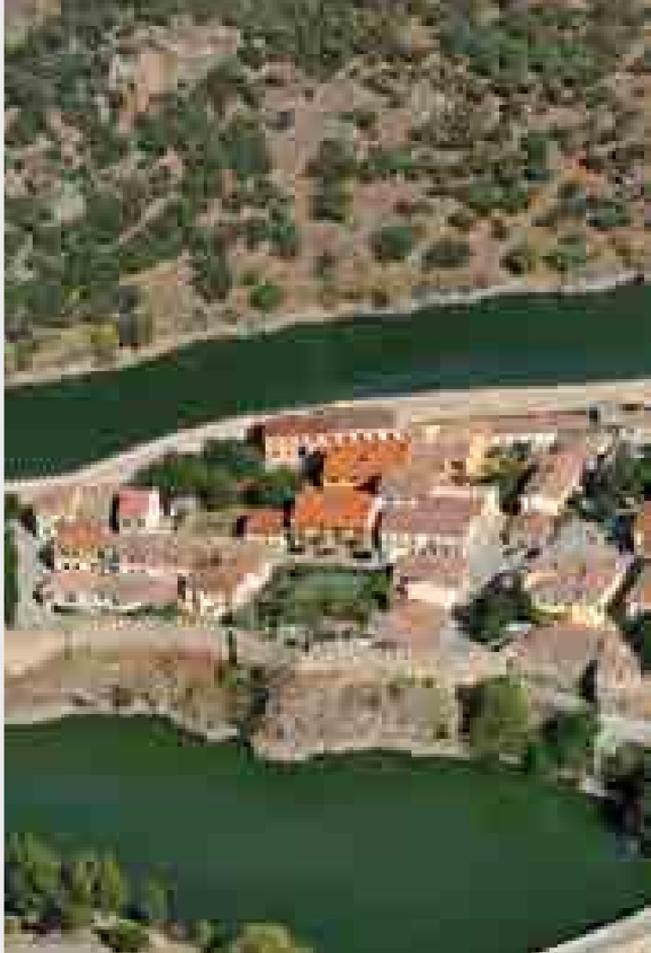
THE FORTIFIED TOWN
AND CASTLE OF BUITRAGO
DEL LOZOYA

If there is one place in the Region of Madrid where the Middle Ages can still be felt, it is without a doubt Buitrago del Lozoya: its stunning walls, impressive Mendoza Castle, the Gothic-Mudajar parish church, its old bridges and the wild mountain terrain all make it easy to imagine you have stepped back in time.



UN PASEO **POR** **LA EDAD MEDIA**

El Buitrago de los últimos siglos, como muchas otras villas, ha crecido lejos de las incomodidades del interior de las antiguas murallas medievales. Pero, afortunadamente, esas murallas se han conservado casi íntegramente porque, como también en muchos otros cascos antiguos, han servido para apoyar con solidez casas modernas ahorrando además material. Y porque había y hay tanta piedra a mano en los alrededores que no era indispensable explotar la ya inservible muralla para conseguirla fácilmente. Incluso el castillo ha llegado a nuestros días gracias a que se transformó para tener una nueva función: ser la plaza de toros de la localidad.



UNA VISIÓN PANORÁMICA **PARA EMPEZAR...**

El mejor punto de partida para un recorrido por Buitrago es el **Puente del Arrabal**, por donde pasa la antigua carretera nacional y antes lo hizo, desde el siglo XV, la Cañada Real Segoviana. En la orilla norte, unas casas recuerdan aún al arrabal medieval que le dio nombre. En estos barrios o burgos periféricos habitaban los campesinos más pobres y los artesanos, cuyos talleres, por razones de higiene, las ordenanzas municipales prescribían que estuvieran "extramuros". Y también estaban las



Vista aérea de Buitrago con su recinto fortificado completo y, al fondo, el castillo señorial |

ventas y posadas en las que los viajeros hacían noche antes de proseguir su camino.

Desde aquí, se disfruta de la más amplia vista de todo el recinto fortificado. Se puede observar cómo la muralla va serpenteando por encima de la ladera que cae al río para adaptarse a la abrupta orografía. Y cómo en este tramo realmente no son necesarias torres para defenderla gracias a tan excepcional foso natural. También se puede apreciar el imponente aspecto del muro de cierre meridional, el cual concentra por el contrario todos los recursos defensivos con el fin de proteger el flanco más débil del recinto. En esta zona, han desaparecido las casas que se adosaban a él y lo han conservado. Las torres de flanqueo originales lo jalonan cada pocos metros, diseñadas como plataformas avanzadas desde las que poder disparar a los asaltantes que intentasen escalar los muros. Se apoyan en amplios zócalos que asegu-



| Vista aérea del castillo de los Mendoza durante su restauración, en la que aún se aprecian los restos del coso taurino

ran su estabilidad en el empinado trazado del cerro. Un muro exterior o barrera con sus torretas refuerza todo el conjunto, dominado por la **Torre del Reloj** y el campanario mudéjar de la iglesia parroquial. Sin lugar a dudas, los buitragueños podían sentirse razonablemente seguros al abrigo de sus poderosas murallas. Sólo falta el foso para tener la imagen completa de la villa medieval. Su lugar lo ocupa hoy la calle de la Cadena.

Si se sube por ella, se llega a la Plaza de la Constitución y a la entrada situada bajo la torre, la única que, para que la muralla fuera realmente eficaz y rodeada de excepcionales medidas de seguridad, existió durante la Edad Media. Las otras dos puertas que actualmente permiten acceder al interior del recinto, ubicadas en los extremos del muro sur, se abrieron modernamente para facilitar la circulación entre las dos partes de la villa y que la muralla dejara de ser un obstáculo incómodo. Quizás la situada cerca del puente, conocida como el Arco del Piloncillo, fuera en origen un postigo que permitía acceder al pasillo defensivo situado entre la muralla y la barrera, luego ampliado para dejar paso a los carruajes. Por tanto, si queremos revivir las sensaciones

de quienes entraban en la villa en época medieval, debemos penetrar por el único sitio por el que podían hacerlo. Una vez en su interior, podemos detenernos un momento, echar la vista atrás y repasar los orígenes de Buitrago, su historia medieval y las etapas en que se construyó y luego se reforzó su muralla.

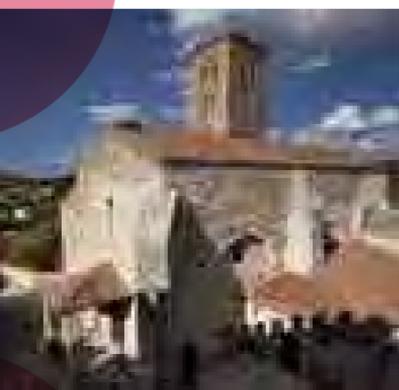
LA PRIMERA FASE DE LA MURALLA

Gracias a las excavaciones realizadas en la propia estructura de la muralla, sabemos que en el corazón de los muros de "cal y canto" hoy visibles, que son de una reforma posterior, se esconden los lienzos de mortero prensado o tapial de la primera fase de la muralla, incluidas sus almenas. Las torres que vemos sí son las originales, reaprovechadas durante esa segunda fase. Están construidas con hiladas alternas de ladrillos y piedras, éstas a su vez combinadas con ladrillos puestos de canto. Tenían además una o dos cámaras de guardia superpuestas con ventanas en forma de arco que sobresalían bastante por encima de los muros. Ambas técnicas -el tapial y la mampostería "encintada" con ladrillos- fueron muy comunes en fortificaciones andalusíes, lo que ha llevado a plantear la posibilidad de que existiera una primera plaza anterior a la conquista cristiana, a su vez

La muralla meridional con sus torres y la defensa avanzada de su barrera o muro bajo exterior |



sobre el solar de un asentamiento celtíbero y luego romano denominado Litrabus o Brittablo del que constituiría un excepcional testigo el puente conservado bajo la coracha de la fortificación medieval y claramente más antiguo que ésta -generalmente oculto bajo las aguas del embalse de Puentes Viejas-. A todo ello se sumarían las referencias incluidas en las crónicas de la conquista castellana, según las cuales ésta habría sido una comarca "ganada" al Islam, es decir, efectivamente ocupada por los andalusíes.



| Santa María del Castillo



| Arco original de la puerta de la villa al interior del recinto

Pero lo cierto es que en ninguna de las excavaciones arqueológicas realizadas en el casco de Buitrago -y han sido muchas- se ha hallado el más mínimo indicio de la existencia de una población anterior al siglo XII. Parece difícil que no hubieran dejado alguna los ocupantes de una fortificación de tamaña envergadura de haber existido antes de esa fecha. Y también que no aparezca citada ni en los textos andalusíes ni exactamente como un castillo conquistado -y no sólo como un espacio habitado- en las narraciones castellanas. Por último, las técnicas constructivas de la primera fase de la muralla también se utilizaron tras la conquista en fortificaciones castellanas, probablemente gracias a que se encargaron de realizarlas alarifes de origen andalusí. Como veremos, no sería la última vez que las fortificaciones de Buitrago fueran reflejo de este trasvase de conocimientos y estilos en un ambiente

cultural en el que, más allá del conflicto bélico permanente entre reinos de diferente confesión religiosa, también se produjeron fructíferos intercambios e intelectuales, artistas, artesanos, comerciantes y hasta militares como el Cid cruzaron con frecuencia las fronteras para hacer fortuna al otro lado.

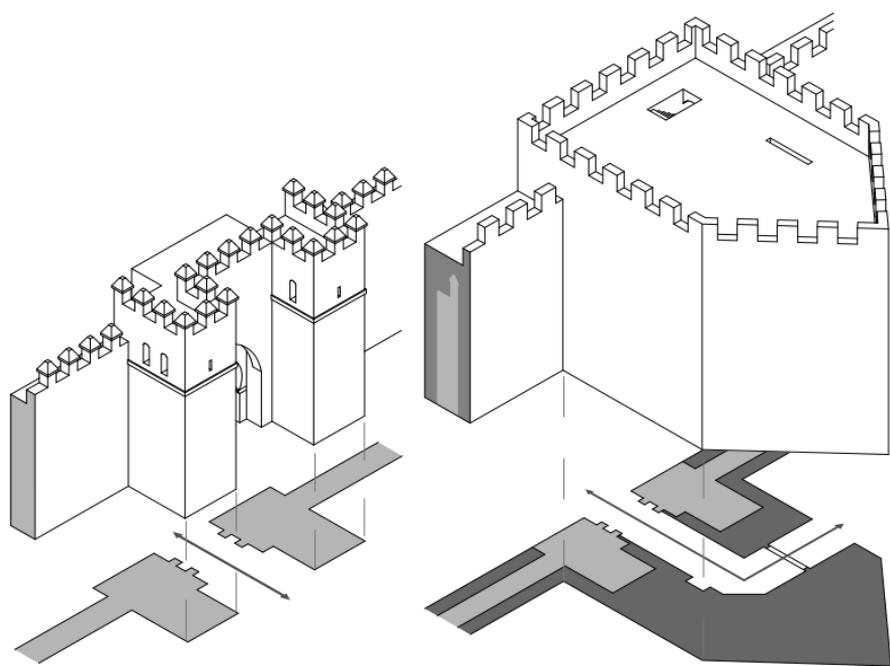
¿De qué fecha sería entonces la primera fase de la muralla de Buitrago? Es necesario determinar en qué momento histórico se produjeron las condiciones más adecuadas para que se edificase, el impulso necesario para realizar una obra de esta envergadura y este coste. Ese momento bien podría ser el año 1134, cuando el rey Alfonso VII concedió a la villa "privilegios" -ventajas fiscales- con el fin de favorecer que se asentaran en ella nuevos pobladores para así ir consolidando los nuevos territorios castellanos situados al sur de la sierra. Sin duda, la seguridad de una muralla sería el estímulo más adecuado, en un contexto de gran incertidumbre como éste, para que las medidas repobladoras tuvieran el esperado éxito. En la misma época, también se hicieron obras en la muralla de Sepúlveda, técnicamente muy parecidas, lo que probablemente nos está hablando de la existencia de un programa conjunto para garantizar el control de ambas vertientes de Somosierra.

BITRAGO, CABECERA DEL VALLE DEL LOZOYA, **REFUERZA SU MURALLA**

A partir de entonces, la plaza creció como cabecera del rico valle ganadero del Lozoya, convertido en la Comunidad de Villa y Tierra de Buitrago, vocación pecuaria de la que todavía nos hablan los restos de una casa de esquileo adosada al castillo, del siglo XVIII; y el lema que aún campea en el escudo de la villa: Ad alenda pecora, es decir, "para sustento del ganado", una clara referencia a los buenos pastos de la comarca. Con el tiempo, fueron sur-

giendo nuevas aldeas en todo el valle e incluso, a finales del siglo XIV, se asentó una comunidad de frailes cartujos que llegó a edificar un magnífico monasterio: Santa María del Paular.

La riqueza que este crecimiento dejó en las arcas del concejo de Buitrago se tradujo, entre los siglos XIV y XV, en la construcción de varias iglesias, de las que sólo se conserva la parroquial, **Santa María del Castillo**, la cual nos sale al encuentro nada más cruzar la puerta. Se trata de un esbelto edificio que es el resultado, como tantos otros templos antiguos de nuestra geografía, de un buen número de adiciones de diferentes épocas, todo un catálogo de estilos y formas arquitectónicas entre las que destacan el campanario mudéjar del siglo XIV y la portada gótica del siglo XV situada a los pies.



| En origen, la puerta de la villa estaba defendida por dos sencillas torres similares a las del resto del muro sur (a la izquierda). En el siglo XIV, se superpuso, para reforzar su protección, la enorme torre pentagonal que aún podemos contemplar (a la derecha)

El auge de Buitrago también se tradujo en el refuerzo de la muralla, sobre todo en el lado no protegido por el río, donde se concentraban los recursos defensivos. Nuevos muros de piedra engrosaron y recrecieron los muros de "tapial". Se rellenaron y macizaron las cámaras de guardia de las torres, que pasaron a sobresalir algo menos. Y se alzó la torre sobre la entrada a la ciudad que acabamos de traspasar. No sabemos, en cambio, si el muro bajo de defensa adelantada que protege a la muralla y la corcha se edificaron en esta segunda época o si, como el resto del recinto, ya existían y sólo se reforzaron.

CAMINANDO SOBRE LAS MURALLAS

Para conocer cómo es ese muro bajo o barrera, es muy recomendable asomarse un momento a la liza, el pasillo de servicio dispuesto entre él y la muralla, a través de un hueco abierto modernamente en el muro, al oeste de la puerta, más allá de un parquecillo con pinos que hay frente a la iglesia. Los pasos por los que en origen los defensores de la fortificación llegaban hasta la barrera eran la propia puerta y quizás, como ya hemos apuntado más arriba, un hueco anterior al **Arco del Piloncillo**. Los más andarines pueden bajar de nuevo hasta el río por la liza para precisamente volver a entrar en la villa por dicho arco.

Por otro lado, al este de la puerta y junto a la iglesia, se encuentra la oficina de acogida de visitantes, que es desde donde se accede al adarve de la muralla y las plataformas situadas sobre las torres, un paseo que no deben perderse quienes no tengan vértigo y se sientan físicamente capaces. Las vistas son excepcionales. Desde allí no es difícil evocar a los guardianes que pasaban largas horas oteando el horizonte al acecho de cualquier peligro que pudiera venir a turbar la tranquila y laboriosa vida de la villa ganadera. La oficina también es el punto de encuentro para las visitas

UN CASTILLO SINGULAR

El castillo no sigue el modelo predominante de castillo señorial de su época. En él no destaca por encima del conjunto una gran torre, la torre del homenaje, la residencia del señor y el último reducto defensivo, sino que todas las torres tienen parecida entidad y contienen cámaras amplias pero no suficientes para las actividades protocolarias del señor, que se trasladan a las estancias que estaban distribuidas en torno al patio, lo que le acerca al modelo de alcázar urbano de tradición andalusí, cómodo, suntuoso y rodeado por un cinturón defensivo, el marco adecuado para las actividades representativas de una gran corte señorial. Esta impresión es reforzada por el hecho de estar construido no con las sobrias formas de la arquitectura militar castellana, sino, al igual que la primera fase de la muralla, pero tres siglos más tarde, siguiendo la tradición andalusí, definitivamente incorporada a la cultura castellana, con el característico predominio del ladrillo y los arcos con alfiz.

guiadas y teatralizadas y otras actividades que ofrece el ayuntamiento para que la experiencia sea más amena y atractiva.

EL ALCÁZAR DE LOS MENDOZA

La siguiente etapa del paseo es la **Plaza del Castillo**, desde donde, como su nombre indica, se pueden disfrutar las mejores vistas del alcázar de los Mendoza, objeto de una recientísima restauración, y de excavaciones arqueológicas que han permitido recuperar los restos de la barrera y parte del foso, aunque también han respetado, por su valor etnográfico, alguno de los establos antiguos que, adosados al edificio, han contribuido a su conservación. En el interior, al que se accede por una puerta en codo bajo una torre como en la muralla de la villa, aún las gradas de la plaza de toros ocupan el espacio que en su momento correspondió a las habitaciones que rodeaban al patio porticado, si bien es posible que, según avancen las obras de restauración del edificio, la huella de esas crujiás se vaya recuperando.

Los Mendoza, originarios de Álava, ocuparon importantes cargos en la corte a partir del reinado de Enrique II Trastámara (1367-1379) y combatieron junto a los reyes de esta dinastía

en numerosas contiendas, fiel vasallaje que les llevó a recibir de ellos numerosas "mercedes", principalmente tierras y señoríos, entre ellos, el de Buitrago. Este proceso lo sufrieron en esa época muchos otros concejos, que vieron como se restringían los derechos y las ventajas fiscales de que gozaban desde los tiempos de la repoblación al pasar a depender del gobierno, las exigencias tributarias y muchas veces las arbitrariedades de los nobles cortesanos. Además, en este caso, con mayor motivo: la cesión pudo ser una represalia política por haber apoyado la villa a Pedro I en el conflicto que mantuvo por la corona con su hermanastro Enrique II, quien resultara finalmente victorioso.



El arco exterior de la puerta se abre en un lateral de la Torre del Reloj para así exponer a los potenciales atacantes al fuego desde el adarve de la muralla |

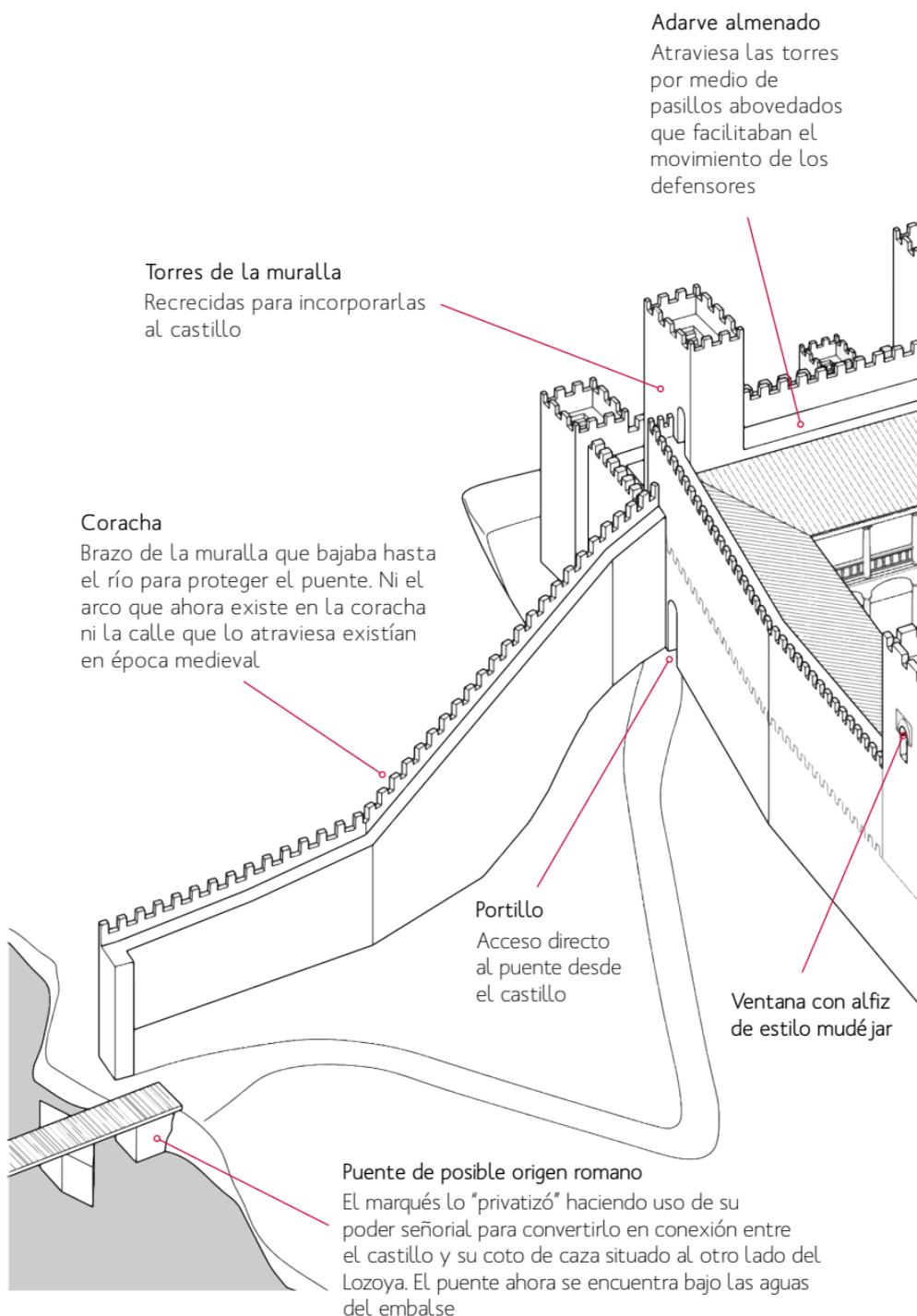


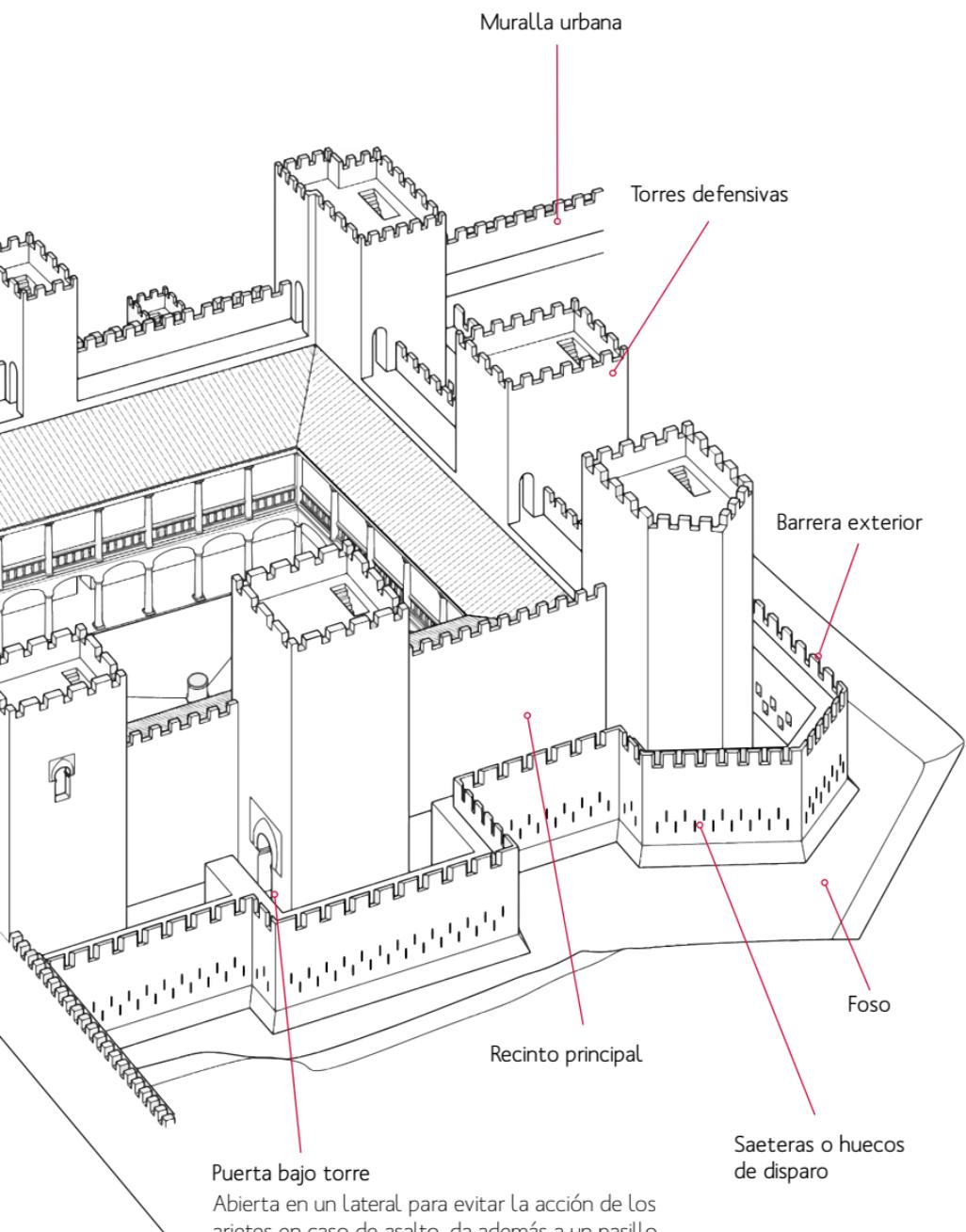
El acceso bajo la torre, además de dos puertas, incluía un pasillo "en codo" entre ellas que impedía la carga directa de una tropa enemiga |

Del mismo modo que los Mendoza impusieron su poder sobre Buitrago, su castillo se impuso, como gesto de autoridad, sobre el caserío y la muralla urbana preexistentes, ocupando una de sus esquinas mejor defendidas y aprovechando dos de sus muros, en los que sólo se sobreelevaron las torres. Otros dos muros de nueva construcción, con torres imponentes y rodeados por una fuerte barrera con torres y un foso, cierran los dos lados que miran al interior de la villa.

La elección de esta esquina se debía también a otro motivo: conectar al castillo con el coto de caza de los Mendoza situado al otro lado del Lozoya -la Casa del Bosque, que aún se conserva- a través del puente que ya existía en este punto, el cual quedó de esta forma "privatizado". Así eran las prerrogativas de los señores feudales...

RECONSTRUCCIÓN HIPOTÉTICA DEL CASTILLO





Muralla urbana

Torres defensivas

Barrera exterior

Foso

Recinto principal

Puerta bajo torre

Abierta en un lateral para evitar la acción de los arietes en caso de asalto, da además a un pasillo en codo bajo la torre sobre el que se abrían huecos a través de los que los defensores podían repeler el ataque

Saeteras o huecos de disparo

DE LA EDAD MEDIA AL SIGLO XX

El “paseo medieval” por Buitrago termina en la coracha, el brazo de la muralla que bajaba hasta el río para proteger el acceso al puente hoy sumergido bajo las aguas del embalse. El puente aún emerge en las raras ocasiones en que el Lozoya recupera su nivel de agua natural, y el contorno del recinto amurallado recupera su aspecto original. En esta zona, “sobran” el paso abierto bajo la coracha y la calle que llega hasta él gracias a una terraza ganada a la ladera. En cambio, durante las obras de restauración del castillo, se han recuperado un

pozo de nieve -literalmente un pozo en el que helar agua para la conservación de los alimentos- y el arco que, al amparo de la coracha, permitía a los buitragueños salir hacia el puente, luego sólo al servicio de los Mendoza una vez “privatizada” esta esquina con la construcción de su residencia fortificada.

Aquí acaba el recorrido por la villa fortificada, pero los atractivos de Buitrago no. El patrimonio histórico ofrece un marco excepcional para la celebración de un buen número de interesantes acontecimientos

| Gracias a su feria medieval, Buitrago revive por unos días el tiempo en que fue una floreciente villa ganadera fortificada





a lo largo del año: una feria medieval, exposiciones temporales, conciertos de jazz, carreras populares, un belén viviente... Y la obra de Picasso nos espera, dando un salto de muchos siglos en la historia y ofreciendo un muy sugerente e inesperado contraste, en el museo fundado gracias a la donación que realizó a Buitrago el peluquero del artista, oriundo de la localidad, compuesta por las obras que el genio malagueño le iba regalando en agradecimiento por sus servicios. ¡Nunca un corte de pelo estuvo mejor

pagado! La generosidad de Eugenio Arias ha permitido que esa pequeña colección, llena de curiosidades, no se dispersara y ahora la podemos disfrutar todos en este rincón de la sierra.

A los amantes de las caminatas, les proponemos explorar otra dimensión de la huella del tiempo: los paisajes históricos. Por ejemplo, que pasen al lado norte del río y, después de cruzar el arroyo de la Cigüeñuela por una vieja represa, lleguen hasta los

“canchos”, un enorme bloque granítico desde el que se goza de una inmejorable vista de Buitrago y del valle del Lozoya. E incluso que sigan más allá, por una pista que atraviesa el pinar que un día fue el coto de los Mendoza, hasta alcanzar los vestigios del Palacio del Bosque, un viejo pabellón de inspiración italiana en el que los señores de Buitrago alojaron a reyes y nobles durante sus cacerías. O bien, en dirección opuesta y pasando bajo la autovía, que se dirijan a la espadaña de la Trinidad, último bastión de la iglesia





| Vista del extremo septentrional de la muralla de Buitrago desde la orilla opuesta del Lozoya

homónima y de la aldea que había junto a ella. Esta excursión permite recorrer un tramo de la antigua cañada en el que aún se conserva la enorme anchura original de la vía pecuaria, un puente de canto sobre el arroyo de los Robles y, como el nombre de este riachuelo sugiere, parte del

bosque natural de estas tierras de montaña. El primer paseo, incluida la vuelta, puede durar más o menos una hora; el segundo, al menos tres; un par de horas el tercero. Sin duda, ofrecen otra dimensión del tiempo...

Por último, a los más aficionados, les sugerimos realizar la



“ruta de los Mendoza”, un recorrido por todos los señoríos que este linaje detentó en un momento u otro en la actual Comunidad de Madrid y en territorios limítrofes y en los que aún quedan castillos y palacios que nos hablan del poder que los Duques del Infantado llegaron a alcanzar,

una ruta que bien podría empezar en Buitrago y prolongarse por Manzanares, San Martín de Valdeiglesias y La Alameda (Madrid) para acabar en el magnífico palacio gótico de Guadalajara, su casa principal, hoy museo provincial. No es una ruta para un sólo día, por supuesto, pero sí un plan para organizar varias salidas...



FORTALEZAS DE LA FE

LAS ENCOMIENDAS SANTIAGUISTAS DE VILLAREJO DE SALVANÉS Y FUENTIDUEÑA DE TAJO

La toma de Toledo en el siglo XI supuso un importante paso estratégico para el reino castellanoleonés: obtuvo el control del valle del Tajo. La frontera se desplazaba, después

FORTRESSES OF THE FAITH

THE SANTIAGO COMMANDERIES OF VILLAREJO DE SALVANÉS AND FUENTIDUEÑA DE TAJO

The capture of Toledo in the 11th century was an important strategic step for the Kingdom of Castile and Leon. The border was moved. To ensure its defence against Moorish counter-offensives, the Castilian kings fostered the organisation of military orders formed of soldiers who were stirred by a special religious fervour. These orders were inspired by the ones that had begun in Europe from the time of the Islamic expansion of the 7th century with the mission of recovering the sacred places of Palestine for Christianity. The orders of Calatrava, Alcántara and Santiago were created with that purpose in mind. A joint visit to the fortresses of Villarejo and Fuentidueña is therefore an excellent excuse to learn more about the old territory administered during the Middle Ages by the Order of Santiago in the south-east of today's Region of Madrid.

de dos siglos, del norte de la Sierra de Guadarrama al corazón de la Meseta Sur. Para asegurar su defensa ante las contraofensivas andalusíes, los reyes castellanos fomentaron la organización de órdenes militares formadas por guerreros a los que movía un especial fervor religioso. Estas órdenes se inspiraron en las que, desde la expansión islámica del siglo VII, habían nacido en Europa con la misión de recuperar para el Cristianismo los santos lugares de Palestina, como la Orden del Temple o la de San Juan, las cuales participaban también en la "reconquista" de al-Andalus. Al fin y al cabo, el enemigo era el mismo en Oriente y Occidente y aquí también se libraba una "cruzada" contra el Islam. Así se crearon las órdenes de Calatrava, Alcántara y Santiago.

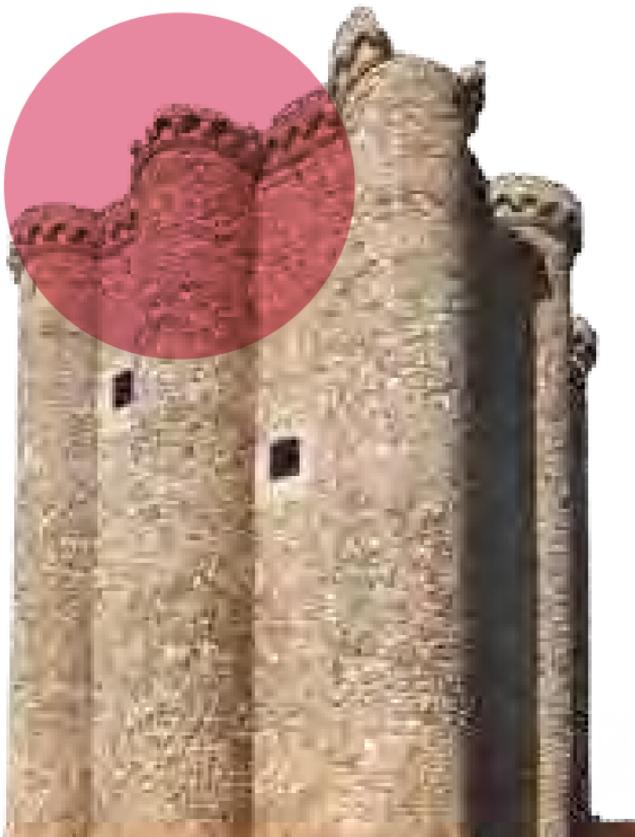
MIRADORES EN LOS VALLES DEL SUR: **LAS FORTIFICACIONES DE LA ORDEN DE SANTIAGO**

Los reyes encomendaron a cada orden la defensa y administración de diferentes comarcas y fortalezas conquistadas, denominadas a partir de ese momento "encomiendas". A la de Santiago, le correspondió un amplio tramo del valle del Tajo al este de Toledo con la finalidad original de proteger este flanco de la ciudad. Este espacio estratégico estaba organizado en torno a las fortalezas de Uclés, Mora, Alarilla y Oreja, y un camino de origen romano, la via spartaria, que hoy, en este tramo, coincide con la A-3.

Después se fueron añadiendo otras fortificaciones más al sur, según la frontera fue avanzando hasta llegar al valle del Guadalquivir en el siglo XIII. Y, además, la orden fue reorganizando este territorio al abandonar algunas de esas plazas en favor de otras de nueva planta mejor situadas desde el punto de vista defensivo. Entre ellas, Fuentidueña y Villa-

rejo. Así se formó la Encomienda Mayor de Castilla, una verdadera “columna vertebral” de la defensa del reino. Y así la Orden de Santiago llegó a ser la orden militar más poderosa de Castilla.

La visita conjunta a las fortalezas de Villarejo y Fuentidueña es por tanto una excelente excusa para conocer el antiguo territorio administrado durante la Edad Media por la Orden de Santiago en el sudeste de la actual Comunidad de Madrid. Ambas fortificaciones constituyen privilegiados miradores desde los que admirar y entender la configuración geográfica y las transformaciones de este espacio natural.



PRIMERA PARADA: VILLAREJO

En Villarejo, para disfrutar estas vistas, lo más recomendable es subir hasta la torre del homenaje. Desde allí, podemos obtener, como los defensores de la fortaleza en su momento, la mejor y más amplia visión panorámica de todo ese territorio: desde aquí podían vigilar la circulación por la ruta a muchas leguas de distancia, los campos de cultivo y los pastos, el caserío y las actividades de los villanos de Villarejo; y desde luego podían detectar la aproximación de una tropa enemiga y dar la voz de alarma con suficiente tiempo para que la guarnición se preparase para la defensa de la plaza, se armase, cerrase todas las puertas y se distribuyera por la fortificación en disposición de combate.

Es muy recomendable hacer esta visita en verano y al atardecer gracias a las actividades que organiza el ayuntamiento para que quienes participen en ellas puedan disfrutar de una excepcional puesta de sol y del espectáculo que ofrece su luz rasante sobre los páramos yesosos de las “alcarrias” madrileñas.

Dentro de la torre, también se puede visitar la exposición sobre la historia del castillo que ocupa sus tres plantas, en la que el visitante podrá encontrar muchos detalles sobre la evolución administrativa y defensiva del asentamiento santiaguista.

RECONSTRUCCIÓN HIPOTÉTICA DE LA FORTIFICACIÓN SANTIAGUISTA DE VILLAREJO

Torres de defensa avanzada

Situadas en las esquinas, servían para proteger los muros de la fortaleza desde los lados en caso de que los atacantes intentaran escalarlos

Puerta de acceso al recinto entre torres de flanco

La puerta era el punto débil de cualquier fortificación y el primer objetivo de cualquier asalto, de ahí que se protegiera especialmente

Foso

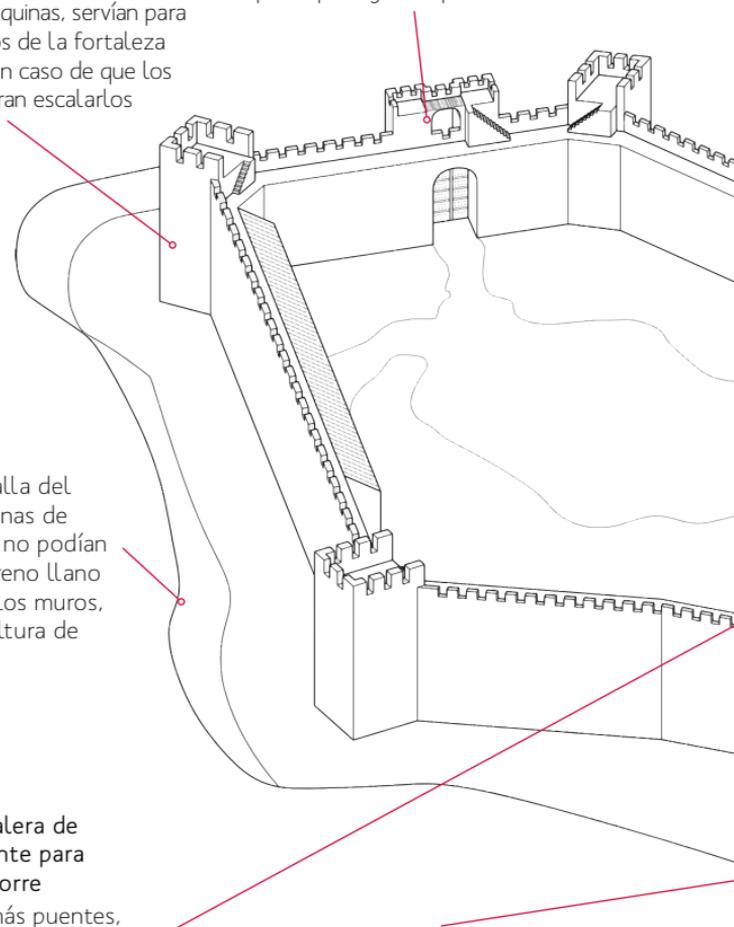
Protegía a la muralla del ataque con máquinas de asalto, las cuales no podían acercarse por terreno llano hasta la base de los muros, y potenciaba la altura de los muros

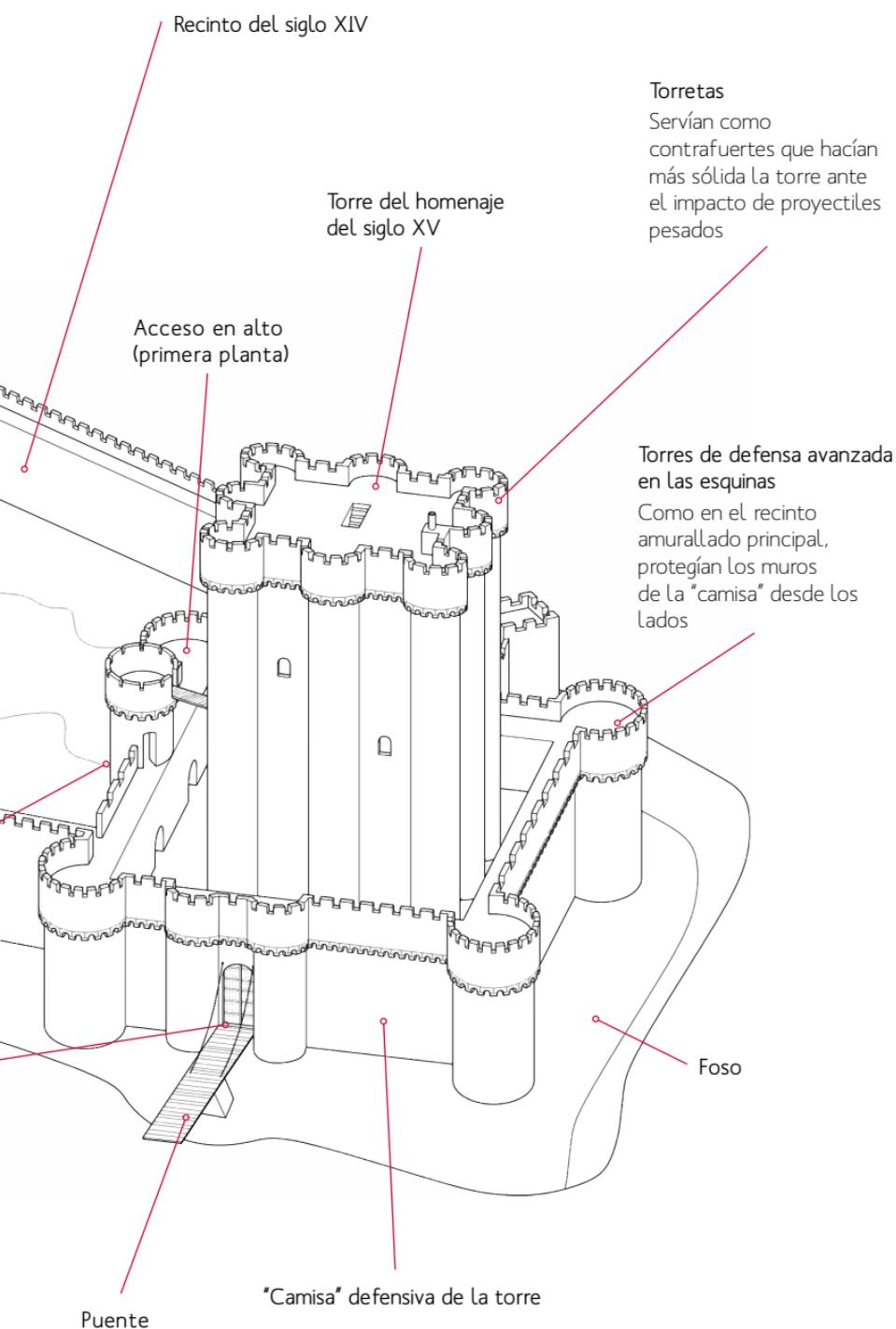
Torre con escalera de caracol y puente para acceder a la torre

Como los demás puentes, éste también era de madera y podía removerse fácilmente para así poder aislar la torre durante un asedio

Puerta flanqueada por torretas

También en la "camisa" la puerta era el punto más débil y por eso contaba con la protección de dos torres de flanco, sobre todo porque no daba al interior de la fortaleza, sino que era exterior e independiente, por lo que estaba especialmente expuesta en caso de ataque





LA TORRE DEL HOMENAJE, VESTIGIO AISLADO DE LA PODEROSA FORTALEZA DE VILLAREJO

Cuesta imaginar que, en realidad, estamos ante sólo una pequeña parte de una fortificación mucho más grande totalmente desaparecida y de la que sólo se han recuperado algunos cimientos gracias a las excavaciones arqueológicas realizadas en torno a la torre; sin embargo, así es. La propia torre iba, hace unos cincuenta años, camino de su completo derrumbe, con dos de sus lados totalmente arruinados y los otros dos surcados por profun-

das grietas, pero una intervención a tiempo entre los años sesenta y los setenta, detuvo su caída y le devolvió su integridad.

Esta torre era la “torre del homenaje”, la residencia del comendador de la Orden de Santiago que tenía a su cargo el gobierno de la fortaleza y de toda la encomienda, y ocupaba una de las esquinas de un recinto fortificado que se extendía hacia el norte y el





oeste, hoy por debajo de la Casa de Cultura y de unas naves industriales adyacentes. Sabemos con bastante exactitud cómo era gracias a la buena organización de las órdenes militares: se conservan en el Archivo Histórico Nacional algunos de los informes redactados por los inspectores que recorrían las posesiones de la Orden de Santiago para evaluar el estado de los edificios y determinar las reparaciones y mejoras que pudieran precisar.

Este recinto tenía al menos tres torres de flanqueo, una puerta situada al norte protegida por otras dos torres y un foso. En su interior, debían de existir algunas edificaciones para alojar a los caballeros de la orden y a la guarnición, así como las cocinas, los almacenes y las caballerizas. Tenía una disposición parecida a otras fortalezas de la orden, como la vecina Fuentidueña de Tajo. Seguramente se construyó un poco más tarde que ésta, ya en el siglo XIV.

La torre del homenaje se reformó un siglo más tarde, momento en que

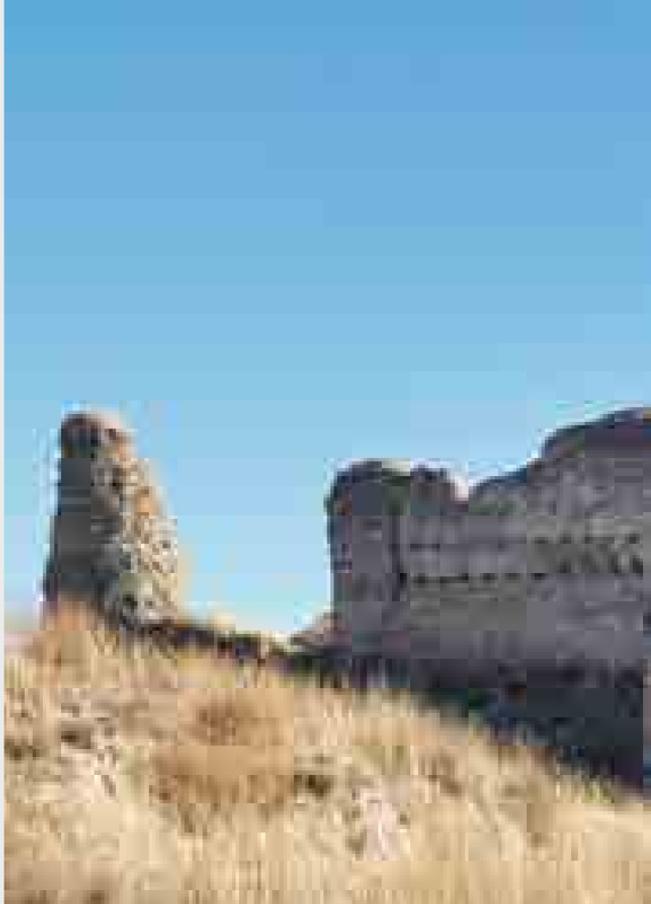
adquirió el aspecto que hoy tiene. Se hizo más alta y se completó con las ocho torretas que refuerzan sus esquinas y muros. Y se rodeó de una “camisa”, un muro defensivo más bajo con torres en sus esquinas, una puerta flanqueada por torres en el lado sur y una séptima torre en el lado oeste en cuyo interior había una escalera de caracol por la que se subía al puente que permitía acceder a la torre. La entrada no estaba en la base como ahora, sino al nivel del primer piso, que era la planta principal, para así dificultar un asalto en caso de que la torre fuera asediada. La torre era el último reducto de la fortificación y por eso concentraba todas esas medidas defensivas.

Todavía en el siglo XVI se hicieron nuevas obras defensivas en la fortaleza. Se reforzaron las torres y se construyó al este una entrada nueva, protegida por una “barbacana” o muro adelantado. Contaba ya con “bocas de disparo” para artillería -su uso se generalizó a finales del siglo XV- y con una puerta monumental y un puente levadizo sobre el foso, que de nuevo se adaptó para guardar esta nueva entrada.



SEGUNDA PARADA: FUENTIDUEÑA

La fortaleza de Fuentidueña es con seguridad algo más antigua que la de Villarejo. Conocemos con bastante exactitud la fecha de su primera construcción -entre 1220 y 1230- gracias a unos documentos jurídicos de la época. También estaba vinculada a la defensa y explotación de la ruta de comunicación por excelencia entre el centro y el sudeste de la Península Ibérica, pero sumaba además su situación de privilegio sobre el principal río de la región y sobre el lugar en que esa vía lo cruzaba. Todavía hoy se puede disfrutar desde ella de un gran dominio panorámico sobre el valle y el camino. Los más observadores pueden deleitarse estudiando los testigos dejados por las diferentes etapas de la carretera, según el aumento de la velocidad de los vehículos iba obligando a cambiar el trazado y la forma de la calzada y de los puentes por los que ésta cruza el río, desde la obra de hierro de principios del siglo XX a las dos enormes estructuras de hormigón de la moderna autovía.



Desde el castillo de Fuentidueña, podemos intentar descubrir, entre los cerros de la orilla opuesta, la silueta de Alarilla. Se distingue gracias a la presencia del blanco edificio de la ermita en su cumbre. Alarilla era la plaza de origen andalusí que guardaba el paso del río y cuya tenencia, junto a tantas otras en esta comarca, había recaído en la Orden de Santiago. Los ataques almohades sufridos por ella a finales del siglo XII la debieron dejar bastante maltrecha y necesitada de costosas reparaciones y mejoras. Los santiaguistas debieron acometer algunos de estos arreglos, dado que según las crónicas aún siguió ocupada



El cierre septentrional del castillo de Fuentidueña, con su foso y la torreta que sobrevive de la barrera exterior y los restos la torre del homenaje dominando el conjunto |

durante al menos otros cien años, pero simultáneamente tomaron una decisión estratégica: invertir en una nueva fortificación en un emplazamiento más favorable y mejor protegido de las agresiones que pudieran llegar desde el sur. Eligieron para ello un lugar en el que además existía un recurso muy valioso para viajeros y residentes: la fuente de agua potable que da nombre a la fortaleza, aún reconocible al pie del cerro, en el fondo del barranco. Unas canalizaciones recogen ahora el agua de la fuente. Por este mismo barranco bajaba el camino antiguo hacia el río, ahora convertido en una de las vías de acceso a Fuentidueña. Es a su vez la más conveniente para llegar al conjunto fortificado. Sale de la A-3 unos tres kilómetros antes de llegar a la localidad, en el mismo desvío que también lleva a Valdaracete. El vehículo se puede dejar junto al foso norte, en un aparcamiento habilitado por el ayuntamiento a estos efectos.

TORRES DE TIERRA LA FORTALEZA DE FUENTIDUEÑA DE TAJO

La población moderna ha crecido entre la fuente y el paso del río, fuera de la fortificación, lo que ha hecho que aquí sí se conserve a la vista el perímetro completo del recinto defensivo, resultado de diferentes reformas y modificaciones realizadas a lo largo de sus cuatro siglos de vida. Cuesta un poco distinguirlo porque quedan muy pocos muros en pie y porque los derrumbes generalizados han cubierto de escombros su interior y todo ello se ha apelmazado hasta formar una masa homogénea.

En cualquier caso, el trazado general, una estructura más o menos rectangular que se proyecta sobre el valle, se puede identificar precisamente gracias a los muñones de las torres que guardaban sus esquinas. El flanco débil, el lateral septentrional, estaba especialmente protegido por un foso tallado en los yesos del páramo, una

barrera de la que aún se conserva la torreta de piedra que se proyectaba en su centro, obra ya tardía, y la presencia ominosa de la torre del homenaje construida en el siglo XV. La torre debió de ser enorme. Ocupaba casi todo este flanco. Se alargaba hacia el este en otros dos tramos tan largos como el que aún se alza entre dos torretas o garitones sostenidos por ménsulas cónicas y cuyo aspecto es el que ha hecho merecedor al castillo del nombre popular de “torre de los piquillos”.

Un foso y una barrera interiores separaban a la torre del homenaje del resto del recinto, lo que reforzaba su aislamiento como último reducto defensivo. En la explanada que se extendía hasta el extremo meridional, además de edificios de servicio y quizás también algunas viviendas de los vecinos





vinculados a la administración de la encomienda, había un pozo y una iglesia. Debió de ser un templo realizado en la estela del último románico: la planta de su cabecera semicircular aún se puede reconocer en el lateral oriental del recinto orientada hacia la salida del sol. En alguna de las reformas de la fortaleza, el ábside quedó empotrado dentro de una enorme torre

de tapial. Frente a él, en el lateral occidental, se alzaba la torre bajo la que se alojaba la puerta principal de entrada a la fortificación, desaparecida a principios del siglo XX.

A lo largo de todo el recorrido es conveniente tener cuidado: en algunos puntos, la caída es bastante pronunciada. Después también merece la pena bajar al casco urbano y dar un paseo por él y por los márgenes del río hasta el puente de hierro. El edificio más singular es la torre del reloj, pero el aspecto general de calles y viviendas nos habla de que ya estamos a las puertas de la Mancha.







MURALLAS DE REPOBLACIÓN

La organización defensiva andalusí del territorio de la actual Comunidad de Madrid aunque sobrevivió un tiempo fue, como es lógico, poco a poco transformándose según nuevos patrones estratégicos y un nuevo modelo administrativo. Algunas plazas como Madrid o Talamanca se vieron reforzadas mientras que otras fueron abandonadas con el paso de los siglos en favor de nuevos asentamientos. Entre los más tempranos en amurallarse, ya en el siglo XII, estuvo Buitrago, la "llave" de la más importante vía de comunicación entre ambas mesetas de toda la región. La Orden de Santiago, tras instalarse por disposición real en el valle del Tajo, también creó nuevas plazas fortificadas en esta zona a lo largo del siglo XIII: Fuentidueña y Villarejo. El resto de las nuevas murallas urbanas se construyeron ya durante el siglo XIV, cuando las nuevas poblaciones prosperaron a la cabeza de sus jurisdicciones una vez convertidas en villas: Cadalso al oeste, Estremera en territorio santiaguista y Torrelaguna, Alcalá de Henares, Santorcaz, Perales y quizás Arganda en la amplia área controlada por el Arzobispado de Toledo entre los valles del Jarama, el Henares y el Tajuña.

WALLS OF REPOPULATION

Some towns, such as Madrid and Talamanca, were reinforced, while others were abandoned over the centuries in favour of new settlements.

One of the earliest to be surrounded by a wall was Buitrago, the "key" to the most important communication route between the two tablelands in the whole of the region. The Order of Santiago also created new fortified towns in this area throughout the 13th century: Fuentidueña and Villarejo. The other new city walls were built during the 14th century, when the new populations prospered after becoming towns: Cadalso, Estremera, Torrelaguna, Alcalá de Henares, Santorcaz, Perales and Arganda.



TORRELAGUNA

LA CUNA DE CISNEROS



La historia de Torrelaguna y la historia política de España están íntimamente ligadas a través del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. Es imposible pasear por la villa sin pensar en que hace casi seis siglos, hacia 1440, sus calles vieron crecer al cardenal, y sin intentar imaginar cómo sería la localidad en su momento de mayor esplendor a finales de la Edad Media, con sus murallas intactas, sus casas nobles, sus numerosos conventos y las construcciones góticas y platerescas que la beneficencia de Cisneros contribuyeron a poner en marcha. La iglesia con su plaza es hoy el mejor exponente de ese tiempo, y por ella debe empezar cualquier paseo por la villa.

En la plazuela que hay junto al ábside de la **iglesia parroquial**, es donde una vez estuvo la torre que dio origen y nombre a Torrelaguna, más concretamente una atalaya que integraba la red de vigilancia fronteriza que guardaba los pasos que, desde la sierra, se dirigían hacia el corazón de al-Andalus. Esta torre estaba aislada y ocupaba un pequeño promontorio cerca del camino que unía los valles del Lozoya y el Guadalix con el Jarama. Y debió de estarlo aún un tiempo tras la conquista castellana de esta región, perdida ya su función original. Sin embargo, pronto encontró una nueva. Poco a poco, a lo largo del siglo XII, se fueron instalando a su amparo algunas casas de campesinos atraídos por las posibilidades de disponer de sus propias tierras en un espacio en ese momento vacío y de contar con la seguridad que ofrecía una estructura defensiva ya construida en una época en la que la nueva frontera no estaba muy lejos y llegaban noticias inquietantes sobre devastadoras correrías de tropas andalusíes al norte de ella. Es la misma época en que se fortifica Buitrago en la retaguardia



de esta comarca con el fin de asegurar la entrada a Somosierra.

No fue la única aldea surgida en esos tiempos en el valle. No muy lejos estaban Caraquiz, donde murió en 1180 Santa María de la Cabeza, la mujer de San Isidro, o Torritón, también al resguardo de una torre como Torrelaguna, en este caso construida a propósito para proteger a la aldea, pero sin duda inspirada en aquella. Ambas aldeas quedaron despobladas hace mucho, pero la torre aún se conserva. Algunas diferencias técnicas, constructivas y geográficas nos permiten saber que no es una atalaya andalusí, sino una obra posterior: por ejemplo, sus mayores dimensiones, sus dos cámaras superpuestas abovedadas en ladrillo y su situación en una terraza del río Jarama, lejos del camino principal.

Una vista pintada de 1629 nos muestra cómo era Torrelaguna en esa época, con toda la muralla aún en pie separando el núcleo urbano de sus arrabales y algunos conventos extramuros, el arroyo Matachivos haciendo de foso natural al este, sus varias puertas y numerosas torres, y su iglesia parroquial ocupando el centro de la trama urbana junto a la atalaya original.



La estabilidad que trajo durante el siglo XIII el definitivo alejamiento de la frontera inaugura el periodo de mayor crecimiento de estas poblaciones. Es el momento en que se construyen nuevas iglesias aún en la tradición románica y de las que quedan testimonios en las propias Uceda y Talamanca. Y también en Torrelaguna, si bien luego este primer templo se verá muy transformado gracias a la prodigalidad del más insigne hijo de la localidad, el cardenal Cisneros.



La magnífica iglesia parroquial preside la plaza mayor |



La puerta del Cristo o de Burgos es la única puerta medieval conservada |



Aún quedan en Torrelaguna algunas portadas y palacios de cierta entidad, como la Casa de los Vargas en la Calle Mayor, el Palacio de Salinas en la plaza de Montalbán, el Palacio del Marqués del Pozo, las casas solariegas de la calle Cisneros y la plaza de la Montera y el Palacio Arteaga en la calle de la Cava, hasta hace poco ocupado por unas oficinas del Canal de Isabel II. A la salida de la localidad en dirección a Madrid, se alzan los restos del convento franciscano de la Madre de Dios, también fundación de Cisneros, con su espectacular espadaña; y las antiguas escuelas, obra singular de principios del siglo XX.



| Torre de la Montera

Hoy se conserva mucho menos, si bien no son pocos los lienzos y torres que aún están en pie pero que no son visibles: los esconden en su interior las casas que con el tiempo se fueron adosando a ellos para aprovechar la estabilidad de los recios muros defensivos y de paso ir ocupando terreno público y gratuito, pero, de este modo, los mismos edificios que han contribuido a su preservación contribuyen también inevitablemente a ocultarlos. Esta superposición se puede apreciar en la zona que da al arroyo, donde la desaparición de algunas casas ha hecho que "afloren" tramos enteros, con sus pretilos almenados intactos bajo los techos de las viviendas. Más al norte, se conservan los lienzos más completos del conjunto. Más al sur, se puede contemplar la única entrada medieval que ha llegado hasta nosotros, aún flanqueada por los restos de las dos torres laterales que la guardaban: **la Puerta del Cristo o de Burgos.**

En el lado opuesto del casco urbano, el Arco de Santa Cruz nos recuerda la existencia de varios postigos o puertas menores a lo largo de la muralla de los que sólo se conserva éste. Bajando por este lado de la villa se llega a la calle



de la Cava, cuyo nombre es también un testigo de la importancia de la muralla en la configuración de Torrelaguna: su trazado curvo sigue el del foso o cava que rodeaba al recinto por este lado, en el que no contaba con la protección del cauce del arroyo.

El caso es que la pequeña aldea del siglo XII dos siglos más tarde se había convertido ya en villa e igualaba e incluso superaba en importancia a la vecina Talamanca: en 1390, el rey le otorgaba fuero y los privilegios propios de un concejo independiente y, en 1407, la potestad de establecer su propio mercado, una inestimable fuente de riqueza para las arcas municipales. La actividad mercantil hará que se establezca aquí, como en Talamanca, una pequeña comunidad de judíos, que fundará su propia aljama o barrio concentrado en torno a una sinagoga, convertida en hospital también por Cisneros tras la expulsión de los judíos. Hoy es la Casa de Cultura, situada muy cerca de la Puerta de Burgos.



El paseo histórico por Torrelaguna se puede prolongar visitando las atalayas andalusíes que se encuentran al norte de la localidad, a lo largo de la carretera M-131, y acercándose en dirección opuesta, por la N-320, a Talamanca; desplazándose hasta Torritón por la pista que sale a la entrada de Torremocha hacia el sur, ocasión también propicia para dar un paseo junto al Jarama; y subiendo por la M-102 hasta el Pontón de la Oliva, la primera presa del Canal de Isabel II, y Patones de Arriba, un lugar en el que parece que el tiempo se hubiera detenido.



ALCALÁ DE HENARES

EL MÁS RICO CONJUNTO HISTÓRICO DE LA COMUNIDAD DE MADRID



Alcalá de Henares merece una visita detenida, pero no sólo por los restos de sus fortificaciones, relativamente valiosos en el contexto de un impresionante conjunto histórico declarado Patrimonio Mundial por la UNESCO, sino precisamente por la abundancia y variedad de su oferta turística. Un buen sitio para comenzar el recorrido por la ciudad es la Puerta de Madrid, una antigua puerta de la muralla sustituida por un arco monumental en época de Carlos III que haría “pareja” con su correspondiente a la salida de Madrid: la Puerta de Alcalá. A partir de ella, se puede dar un paseo junto a la cerca del palacio arzobispal y conocer los restos de la residencia de los prelados. Precisamente en la calle que flanquea a la cerca, el Centro de Interpretación del Burgo de Santiuste ofrece un recorrido virtual por la historia de Alcalá.

Alcalá fue la última plaza andalusí de la región en pasar al Reino de Castilla. Lo hizo casi cuatro décadas más tarde que Toledo y las otras poblaciones vecinas, periodo durante el que se constituyó en un peligroso bastión de resistencia y apoyo a las contraofensivas llegadas desde el sur, en especial a la protagonizada por los ejércitos almorávides en 1108. Esto llevó a que la conquista de Alcalá se convirtiera en una prioridad para los castellanos y a que, en 1120, se armara un poderoso ejército a las órdenes del obispo toledano Bernardo con la única finalidad de asediar Alcalá hasta su definitiva capitulación, algo que se logró no sin muchos meses de penoso acoso a la fortaleza. Esta operación sellaría el destino de Alcalá y de toda la comarca quedando de esta forma definitivamente bajo el gobierno del Arzobispado de Toledo.

La política poblacional de la mitra toledana en Alcalá se articuló a partir de una operación simbólica cuyo fin era el renacimiento de la



ciudad romana y cristiana del valle como una forma de cerrar el paréntesis que habría supuesto la fundación andalusí e islámica en los cerros de la orilla meridional. El emplazamiento en el llano, junto al camino de Aragón y a las tierras más fértiles, era por otro lado mucho más adecuado desde el punto de vista urbanístico. Y así, de paso, se marginaba a los moriscos que hubieran quedado en la plaza andalusí hasta obligarles bien a emigrar bien a asentarse en la nueva ciudad perdiendo de este modo sus raíces, sus propiedades y sus derechos y dejando de constituir una comunidad cohesionada y potencialmente difícil de integrar.

De Complutum, debían quedar aún en el siglo XII algunos restos visibles y referencias de dónde se encontraban las antiguas basílicas y los cementerios en los que estaban enterrados los primeros cristianos, incluidos algunos que según la tradición habrían sido martirizados durante las persecuciones de época de Diocleciano y por tanto después canonizados. Por ejemplo, los niños Justo y Pastor. Eran lugares sagrados, cargados de fuerza espiritual.

Así pues, sobre el lugar donde se creía que estaba la sepultura de los

Alcalá de Henares



Plaza de Cervantes |



santos niños, a principios del siglo XIII, el arzobispo Jiménez de Rada mandó construir un primer templo que sirviera de polo de agregación de nuevos pobladores. Hoy esa iglesia es la **magistral**, segunda etapa de nuestro paseo. La aldea no se llamaba aún Alcalá de Henares, sino Alcalá de Santiuste, por San Justo, uno de los dos niños venerados en la iglesia.

La nueva aldea recibió fuero y, por tanto, la categoría de villa a mediados de ese mismo siglo. Pronto recibió permiso para celebrar mercado. Y los arzobispos lograron atraer hasta ella la celebración de cortes y otros importantes acontecimientos de la vida política del reino. Todos estos impulsos hicieron que Alcalá creciera rápidamente y es posible que en ese momento se comenzara la edificación de una primera cerca amurallada que incluiría ya un espacio reservado para la residencia de los arzobispos, las dependencias a su servicio y hasta los huertos y corrales que permitirían llenar las despensas de la mitra toledana. Ambos recintos sufrieron notables reformas y mejoras a lo largo de los dos siglos siguientes, en especial durante los gobiernos de los arzobispos Tenorio, Carrillo y Cisneros. A finales del siglo XV, se amplió hacia el este para poder acoger a los más importantes edificios de la nueva universidad situados más allá de la **Plaza de Cervantes**, que entonces era la plaza extramuros en la que tenía lugar el mercado. Entre esas construcciones, destaca el **Colegio Mayor de San Ildefonso** con su espectacular fachada. La universidad organiza visitas guiadas por los numerosos patios y edificios que componen el epicentro de su histórica sede. Merece una pausa especial el salón o paraninfo en que todos los años se entrega el Premio Cervantes de las Letras Españolas.

El eje de esta gran urbe amurallada era -y aún es- la **Calle Mayor**, el antiguo camino de Aragón, probablemente la calle más bonita y "castellana" de la Comunidad de Madrid, por la que podemos seguir caminando hasta la



plaza deteniéndonos en algunos escaparates con solera, en la Casa Natal de Cervantes y en el patio del antiguo Hospital de Antezana. Al norte de ella se encontraba la pujante judería de Alcalá. Otros edificios históricos del casco urbano de Alcalá que merecen la atención del explorador son el corral de comedias, el Palacio Laredo, en el que se ubica un museo dedicado a la figura de Cisneros, y la Capilla del Oidor, ahora un espacio en el que se organizan exposiciones temporales, por no desgarnar el sinfín de colegios y exconventos por los que ahora se reparten las facultades y escuelas universitarias.

De la cerca urbana nada se conserva, aniquilada por el crecimiento urbano de los últimos siglos. Sólo conocemos su perímetro de casi cinco kilómetros gracias al trazado urbano -el foso meridional está hoy ocupado por la Avenida Complutense- y a las vistas que dibujara a principios del siglo XVI el flamenco Anton Van der Wyngaerde, un artista que viajaba en el séquito de Carlos I. También podemos imaginar sus torres y puertas gracias a las diecinueve conservadas y muy restauradas en la cerca del **palacio arzobispal**.



Antiquarium
y Paseo Arqueológico |



Recinto amurallado |



Museo Arqueológico Regional de
La Comunidad de Madrid |



Torre del palacio arzobispal |



Predomina en ellas el aparejo de estilo mudéjar conocido como “toledano” o “alcalaíno”, formado por cajas de piedras enmarcadas por “cintas” de ladrillos. Las torres son de muy variada tipología: cuadradas, pentagonales y cilíndricas, y de diferente proyección, e incluso hay alguna albarrana. Se elevan mucho sobre el adarve para dar cabida a una cámara de guardia a la que se accedería desde éste. Las puertas están también situadas bajo torres, más grandes y con excepcionales medidas de seguridad las que dan al exterior de la villa, más sencillas y sólo protegidas por un balcón amatacanado las que dan al interior.

De la historia de la villa podemos dar el salto a la historia de toda la región, desde el Paleolítico hasta nuestros días: en la Plaza de las Bernardas, es parada obligada el **Museo Arqueológico Regional**, ubicado en un antiguo convento. También programa exposiciones temporales muy interesantes. Además se puede visitar el Convento de San Bernardo que da nombre a la plaza.

Por último, otro de los atractivos de la ciudad del Henares es su rico pasado romano, cuando era **Complutum**, la única gran urbe de nuestra región en esa época. Las excavaciones arqueológicas han permitido recuperar y exponer el área del foro y también una villa de las afueras, la Casa de Hippolytus, en realidad una especie de club de recreo con salones y un baño para los jóvenes de la ciudad. Ambas áreas arqueológicas están situadas junto a la antigua carretera nacional en dirección a Madrid. Para los más excursionistas, queda reservado el eslabón entre ambas épocas: la fortaleza andalusí situada al sur del río. En la primera parte de esta guía, encontrarán indicaciones de cómo llegar hasta ella.



SANTORCAZ Y PERALES DE TAJUÑA

PUEBLOS QUE MERECE
UNA CRÓNICA

En Santorcaz sabemos que existió un importante asentamiento carpetano fundado en el siglo III a.C. y abandonado antes de la entrada de la región en la órbita política de Roma hacia el cambio de era. Este poblado ocupaba la meseta conocida como el Llano de la Horca, llamada así porque literalmente era donde, hasta el siglo XVIII, se colocaba la horca cuando había que ajusticiar a algún condenado. Hoy nos parece espeluznante, pero así era.

Hacia el siglo X, tenemos noticias de que en esta zona se establecieron grupos beréberes llegados al amparo del dominio andalusí. No siempre fueron dóciles servidores del poder cordobés, por lo que en más de una ocasión las tropas de la guarnición de Alcalá tuvieron que intervenir para sofocar alguna revuelta. Los restos de la torre que se encuentra en el extremo del Llano de la Horca, en el paraje conocido significativamente como la Cuesta de la Torrecilla, podrían ser los de un punto defensivo avanzado con el que se dotaron estas comunidades para su protección.



Santorcaz es conocido por haber servido, transformado en Puebla Nueva del Rey Sancho, como escenario para el rodaje de una serie muy popular en los albores de la televisión española: Crónicas de un pueblo, dirigida por Antonio Mercero. Cuarenta años más tarde, las cosas han cambiado mucho en Santorcaz, si bien aún permanece en sus calles cierto sabor de pueblo alcarreño tradicional y todavía es posible cruzarse por ellas con el cura, el cartero, el guardia civil y la boticaria... A la vista del balcón del ayuntamiento, cualquiera diría que puede asomarse en cualquier momento el señor alcalde a “soltar un pregón”.



Santorcaz

La comarca volverá a la dependencia de la ciudad del Henares a partir del siglo XII, cuando fructifique un nuevo asentamiento que será ya el Santorcaz que llegue hasta nuestros días. La política repobladora del arzobispado de Toledo se basaba, como hemos visto en el caso de Alcalá, en la fundación de núcleos de población en torno a un lugar sagrado, que actuaba como polo de atracción. En Santorcaz, la "operación" se basó en la creencia de que San Torcuato, uno de los precursores del cristianismo en Hispania, habría enseñado la nueva fe en ese lugar. Ahora sabemos que se trata sólo de una leyenda: San Torcuato fue obispo de Guadix y seguramente no llegó nunca hasta estos parajes, y además vivió en el siglo I d.C. y por entonces el poblado del Llano de la Horca ya no existía. De haber hecho proselitismo por estos páramos, habría predicado -nunca mejor dicho- en el desierto. Con el tiempo, el nombre de la localidad acabaría transformándose en Santorcaz.

Un poco más tarde, quizás a finales del siglo XIII, el arzobispado construyó una fortaleza en la parte alta del asentamiento, recinto hoy conocido como **Castillo de la Torremocha**. Era una fortificación al



| La iglesia de San Torcuato se eleva sobre el conjunto fortificado recordándonos que el castillo de la Torremocha fue una fortaleza del Arzobispado de Toledo



estilo de las de la orden de Santiago en Fuentidueña y Villarejo: un recinto de tamaño medio que no sería sólo la residencia del señor sino que concentraría diferentes dependencias de la administración señorial, incluida la iglesia parroquial, y probablemente también las viviendas de los servidores. Fuera de él se extendía el caserío del campesinado, posiblemente rodeado por una cerca posterior de la que nada se ha conservado pero de la que hay noticias en documentos del siglo XVI.

En cambio, sí se conservan en su sitio varios lienzos y hasta ocho torres del recinto arzobispal, eso sí, desmochadas y haciendo por tanto honor al nombre popular del castillo.

Una de las torres integra en su estructura el ábside de la iglesia. Ha perdido el remate almenado y el adarve, pero sin duda los tuvo. No había muralla que no los tuviera. Esta torre servía además para guardar la puerta, aún conservada, que daba a la parte más amplia del castillo, una entrada dispuesta "en codo" para obligar a los potenciales atacantes a exponer su flanco peor protegido a los proyectiles de los defensores. Todo este tramo está flanqueado por la calle de las Torres. El nombre no requiere explicación. En él, se alza también el bastión pentagonal. Los lados occidental y septentrional, en cambio, están rodeados por un pequeño pinar que dificulta un poco apreciar la posición de los lienzos y las torres, en particular la de la albarrana, una torre exenta que se unía a la muralla gracias a un puente.

Sabemos que a mediados del siglo XIV, el palacio sufrió una gran reforma en la que se ampliaron las estancias y los espacios de representación. La creciente riqueza de la corte arzobispal requería un marco arquitectónico a su altura. Es posible que de este periodo sean las estructuras realizadas en mampostería con ladrillos, un aparejo de estilo mudéjar que se extendió por entonces gracias a la prodigalidad de



Los arzobispos, un aparejo también conocido como alcalaíno o toledano, por razones obvias. Se conservan grabados del siglo XIX en los que se ve aún en pie el palacio, aunque ya con claros signos de abandono. Se sabe que el artesanado del salón principal acabó en el citado Palacio Laredo de





Alcalá. Desde finales del siglo XV, el arzobispado lo utilizaba como cárcel de clérigos y nobles caídos en desgracia. Entre sus muros estuvieron presos el mismísimo cardenal Cisneros antes de su meteórica ascensión en la corte y la controvertida Princesa de Éboli.

En la iglesia, también fruto de numerosos añadidos y reformas de distintas épocas, destacan el regular porche neoclásico y el retablo renacentista que preside su altar mayor. A sus pies, merece la pena conocer la singular plaza de toros del pueblo. Los más andarines pueden dar un paseo hasta el yacimiento carpetano para visitar los cimientos de las viviendas exhumados por las excavaciones arqueológicas y los restos de la torre de posible ascendencia beréber.

El ábside de la iglesia está integrado en la torre que protegía la puerta de la fortaleza |





Perales es también un buen punto de partida para hacer excursiones a pie o en bicicleta por la vega del Tajuña. Se puede aprovechar para ello el trazado de una antigua línea férrea. El camino hasta Tielmes es especialmente hermoso. Aquí el valle se encaja entre paredones yesosos en los que sus habitantes han excavado numerosas cuevas y viviendas a lo largo del tiempo, algunas posiblemente prehistóricas. De todas formas, antes de seguir camino, merece la pena detenerse en la Plaza del Ayuntamiento, donde se alza la casa consistorial construida en época de Carlos III.

La excursión a Santorcaz se puede completar desplazándose a otras fortificaciones cercanas. En particular, las de las dos Alcalás, con las que guarda una estrecha relación geográfica e histórica: el castillo andalusí y la cerca del palacio arzobispal. O, ya en la provincia de Guadalajara, el castillo de Pioz, obra de influencia italiana construida por el señor de ese lugar hacia 1470, un miembro del omnipresente linaje de los Mendoza: el cardenal Pedro González, hijo del Marqués de Santillana. Aunque, quienes quieran descubrir una de las grandes joyas arquitectónicas de la Comunidad de Madrid, un poco fuera de la circulación como Santorcaz y no muy lejos de ella, la visita que no deben dejar de hacer es la del complejo industrial de estilo barroco proyectado por Churriguera para el ilustrado Juan de Goyeneche a principios del siglo XVIII en pleno páramo alcarreño: La Fábrica de Vidrios Finos de Nuevo Baztán.

Quizás la visita al **castillo de Perales de Tajuña**, aldea de Alcalá hasta finales del siglo XVI, sea recomendable incluirla más bien en el programa de una excursión a Villarejo y Fuentidueña. Sólo quedan visibles entre casas y bodegas una torre cilíndrica de



flanqueo y un lienzo del recinto de la fortificación. Gracias a que aún se reconoce su trazado en la topografía urbana, sabemos que se extendía por el perímetro de todo el cerrete sobre el que, situado en posición dominante sobre el río, los arzobispos promovieron su edificación entre los siglos XIII y XIV con el fin de controlar el vado por el que la vía del sudeste cruzaba el Tajuña y amparar la formación de un mercado que compitiera con el organizado por la Orden de Santiago en Fuentidueña. En el extremo norte del cerro, la iglesia parroquial de Santa María del Castillo nos indica dónde se encontraba el límite de la fortaleza en este flanco. Aún estaba en pie y en uso en 1578, si bien a partir del siglo siguiente debió caer en el más absoluto abandono, lo que permitió que los vecinos la usaran de cantera para construir sus viviendas o directamente las apoyaran en sus muros.

Otro tanto debió suceder en Arganda y Campo Real, otras dos villas toledanas situadas en el valle del Jarama, pero en ambos casos hasta la total desaparición de las fortificaciones: existen referencias a su existencia, hay topónimos que las evocan, como la Subida al Castillo y la Puerta del Campo en Arganda, y en Campo Real la iglesia parroquial también está puesta bajo la advocación de Santa María del Castillo, como también lo estuvo una ermita hoy derribada en Arganda, pero nada queda de ellas.

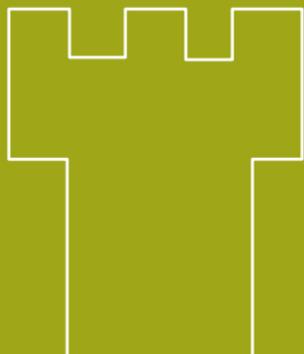


MADRID, TERRITORIO SEÑORIAL

CASTILLOS Y
TORRES DEL HOMENAJE
(SIGLOS XV–XVI)

MADRID, A NOBLE LAND

CASTLES AND KEEPS
(15TH AND 16TH CENTURIES)





LOS CASTILLOS POR ANTONOMASIA

Nos acercamos al final de la Edad Media, pero aún nos espera una última eclosión de las fortificaciones en toda Castilla y fuera de ella, quizás la más prolífica de todas aunque sólo se extienda a lo largo del siglo XV, excepción hecha de algunos últimos y aislados exponentes un poco posteriores. Es la época de las residencias señoriales fortificadas, los castillos por antonomasia, los más abundantes y conocidos, los que han configurado la imagen de las fortificaciones medievales en el imaginario colectivo, esos cuya silueta está indivisiblemente asociada a la presencia dominante de una gran torre, la torre del homenaje, y que aún proyectan su sombra desde un pequeño otero, en su mayoría arruinados, sobre muchas de nuestras poblaciones, una intensa red de pequeñas y medianas fortalezas construidas por la nobleza como residencias seguras y símbolo de su poder sobre las jurisdicciones cuyo gobierno le iría entregando la corona a cambio de su fidelidad o su apoyo.

Este proceso, conocido como "señorialización", alcanzará especial intensidad a partir del cambio de dinastía de mediados del siglo XIV. Se convertirá en una forma de gobernar, de asegurar la permanencia en el trono gracias al mayor número de adhesiones de quienes a la postre, echando mano de la riqueza

de sus jurisdicciones y de su dominio sobre miles de almas, podían armar ejércitos y sostenerles en sus decisiones políticas. También era una forma de administración, al delegarse el poder monárquico en la nobleza en buena parte del reino. Así llegarán a acumular numerosos títulos, villas y fortalezas algunos linajes que veremos a lo

There is a final boom in the construction of fortifications at the end of the Middle Ages, possibly the most prolific of all, even though it only extended through the 15th century. This was the time of fortified noble residences and the finest examples of castles, the most abundant and best-known and those that embody the popular idea of medieval fortifications. The shape of these castles is inextricably associated with the dominant presence of a large tower called a keep. These castles still project their shadows over a low hill in many of our towns, even though most of them are now in ruins.

This was when an intensive network of small and medium-sized fortresses built by the nobility as their strongholds and a symbol of their power in the jurisdictions the Crown gave them in return for their loyalty and support was superimposed on the Moorish fortifications that had survived the Conquest and the walled villages and towns of the early major territorial powers such as the Church and the military orders.

largo de estas páginas como los Mendoza, los Enríquez, los Luna, los Pacheco, los Cabrera, los Laso de Vega, los Arias Dávila, los Carrillo y tantos otros.

El ápice de este fenómeno coincide no por casualidad con los conflictos sucesorios que dividirán a la aristocracia castellana entre 1460 y 1479 entre los partidarios de Enrique IV y su hija Juana y los de su hermanastra Isabel. No es de extrañar entonces, como también veremos a continuación, que esos años sean los de mayor proliferación de fortificaciones señoriales. También contribuirá a ello la necesidad de adaptarlas para asumir la generalización de una nueva y potente arma: la artillería.

Estos castillos estarán diseñados y preparados para acoger a esas pequeñas cortes itinerantes y satisfacer sus necesidades, empezando por las estancias de la torre del homenaje, en las que los señores se alojarán y realizarán sus principales actos políticos, en especial el denominado "homenaje" mediante el que sellarán o renovarán los pactos con sus vasallos o dependientes, y siguiendo por las cámaras de servicio destinadas a cocinas, caballerizas y salas de guardia distribuidas en el interior del recinto defensivo principal. También contendrán capillas u oratorios y espacios para las celebraciones y el deleite, completando así el abanico de actividades y atributos mediante los que los señores plasmarán el ideal del caballero medieval que luego parodiará Cervantes en el Quijote: un diestro militar, un sabio gobernante, un amante de las artes, la música y las letras y un devoto creyente.

EL OCASO DE **LAS FORTIFICACIONES MEDIEVALES**

La conquista de Granada y la unificación de varios reinos bajo los Reyes Católicos pondrán el broche a la Edad Media en Castilla y serán la antesala de un gran cambio: la creación del estado centralizado y el comienzo de la Era Moderna. La construcción de fortalezas señoriales se verá frenada por las numerosas prohibiciones expresas emitidas por la corona, pero por encima de estos mandatos legales contribuirá a su ocaso la transformación social que tendrá lugar a partir de ese momento: los señores seguirán percibiendo sus rentas y tributos y ejerciendo derechos jurisdiccionales hasta el siglo XIX, pero poco a poco irán abandonando sus castillos para optar por los más cómodos palacios de las ciudades.

Algunos castillos, como los de La Alameda, Batres, Torrejón de Velasco, Chinchón o Villaviciosa, gracias a ciertas adaptaciones al servicio de las nuevas necesidades o a su completa reconstrucción, prolongarán un poco más su vida. Algunos de éstos y otros, como los de Santorcaz o Pinto, lo harán también gracias a su reconversión en prisiones para nobles al servicio de la justicia real. Pero, al final, todos irán cayendo de forma inevitable en el abandono y la ruina y convirtiéndose en canteras hasta que en las últimas décadas hemos empezado a recuperarlos como lo que son: espectaculares testigos de una parte fundamental de nuestro pasado.



LA “JOYA” DE LAS FORTIFICACIONES MADRILEÑAS

EL CASTILLO DEL DUQUE
DEL INFANTADO EN EL REAL
DE MANZANARES

La historia y la imagen de Manzanares el Real siempre estarán ligadas a los Mendoza y a su inconfundible castillo, una de las “joyas” no sólo de la arquitectura militar madrileña sino de toda la arquitectura medieval del Reino de Castilla.

THE “JEWEL” OF MADRID’S FORTIFICATIONS

THE NEW CASTLE OF
MANZANARES EL REAL

The history and image of Manzanares el Real will always be related to the Mendoza family and its unmistakable castle, one of the “jewels” not just of Madrid military architecture but the entire medieval architecture of the Kingdom of Castile.

The castle stands out for many reasons. Firstly, because it is intact and can be visited almost in its entirety, making it a unique experience and a leading tourist destination. Secondly, because this enormous structure, a paradigm of early medieval defensive architecture, still leaves everybody who visits it in awe. Thirdly, because, with its turrets and battlements studded with granite balls and its singular Gothic gallery, its original image is unmistakable and unforgettable.



| Vista aérea del castillo con el embalse al fondo

El castillo sobresale por muchos motivos. Porque está en pie y se puede recorrer casi íntegramente, lo que proporciona una experiencia única y eso hace que sea un destino turístico de primer orden. Porque, con sus dos cuerpos, su enorme mole, paradigma de la masiva arquitectura defensiva bajomedieval, sigue impresionando por su fortaleza a todo el que a él se acerca. Porque, con sus torretas o caballeros tachuelados con bolas de granito y su singular galería gótica, su original imagen resulta inconfundible y permanece imborrable en la memoria. Y porque, gracias a su posición destacada sobre una colina, recortada su silueta sobre el impresionante telón de fondo rocoso de la Pedriza y duplicada esta bella vista por ese espejo que es el moderno embalse de Santillana, ofrece una de las estampas paisajísticas más espectaculares y emblemáticas de la Comunidad de Madrid.

NO UN CASTILLO, SINO DOS...

En Manzanares no sólo hay un castillo, hay dos... si bien muy poca gente lo sabe, eclipsados los restos del "viejo" por el esplendor del "nuevo", que es el que todos conocemos.

El castillo "viejo" se encuentra al otro lado del Manzanares, junto a la salida hacia Cerceda. Estaba conformado por un recinto sencillo de forma cuadrada con torres cilíndricas en tres de las esquinas y la torre del homenaje en la cuarta. Tuvo que estar rodeado por una barrera exterior y un foso, según el patrón habitual, pero no queda ninguna huella de ellos a la vista, por lo que es de suponer que sus restos estén sepultados bajo el terreno que rodea al castillo. Podemos imaginar su aspecto, salvando las diferencias que debieron existir entre las dos torres del homenaje, contemplando el Castillo de la Coracera en San Martín de Valdeiglesias, la fortaleza del gran

enemigo de los Mendoza, don Álvaro de Luna. A las páginas a él dedicadas en esta guía nos remitimos.

Los dos castillos de Manzanares pertenecieron, en efecto, a los Mendoza. Gracias a su testamento de 1479, sabemos que el "nuevo" fue mandado construir por Diego Hurtado de Mendoza, I Duque del Infantado. Las obras debían de haber comenzado pocos años antes porque no estaba aún terminado en ese momento. Eso obligó a su hijo, Iñigo López, segundo duque, a acabarlo. Sobre el "viejo", en cambio, no disponemos de referencias tan directas y sólo podemos aventurar que o bien fue alzado en época de su abuelo, Diego Hurtado, Almirante de Castilla, en cuyo caso tuvo que ser construido antes de 1404, fecha de su fallecimiento, o bien en la de su padre, Iñigo López, el famoso Marqués de Santillana, lo que llevaría su edificación al periodo comprendido entre 1422 y su muerte en 1458. No, no es un error: en esta poderosa familia, se alternarán de generación en generación los Diego Hurtado con los Iñigo López al menos durante dos siglos... Podemos descartar, eso sí, que el Marqués de Santillana llegara a morir en el "nuevo".

Con casi toda seguridad un castillo sustituyó al otro, por razones económicas -dejaba de gastarse en el servicio y el mantenimiento de una fortaleza que no se iba a usar y además su piedra podía utilizarse en la nueva construcción- pero también por motivos estratégicos -no debía conservarse a

Restos del castillo "viejo" |

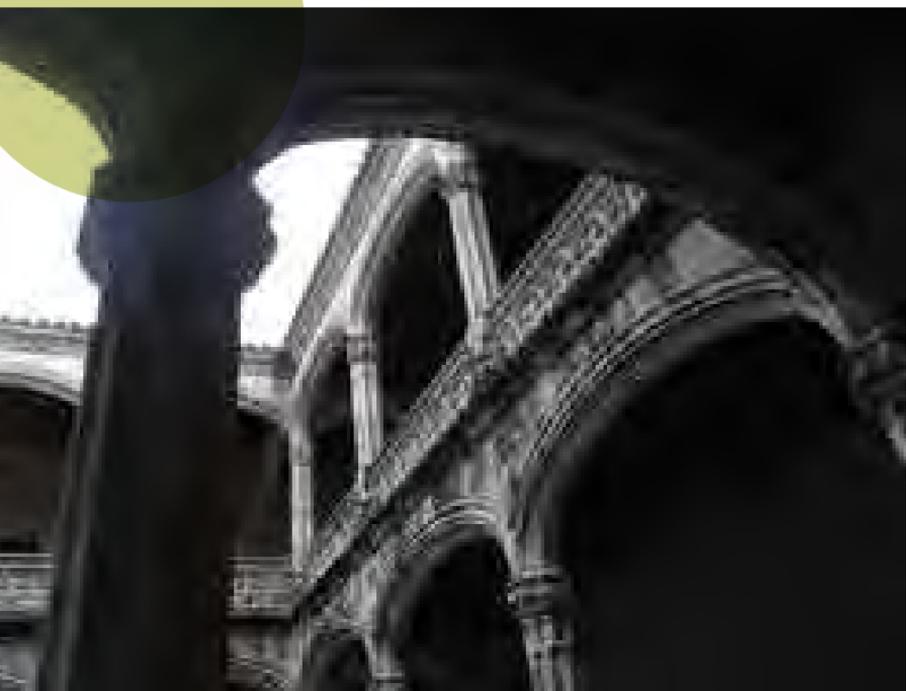




tan poca distancia una fortaleza que pudiera ser utilizada por los enemigos de la Casa del Infantado para hacerse fuertes...-. Ahora bien, lo que desconocemos son los motivos por los que se prefirió hacer un castillo nuevo en lugar de seguir usando otro que en el mejor de los casos tenía sólo 75 años de antigüedad. ¿Para ocupar un lugar más destacado y con mejores condiciones defensivas y simbólicas? ¿Porque el viejo se había quedado pequeño y anticuado? ¿Porque los Mendoza querían una residencia a la última tanto a nivel defensivo como estilístico, a la altura de su creciente poder, el marco adecuado para una corte de los albores del Renacimiento...? Sólo podemos hacer conjeturas, pero probablemente la explicación se encuentre en una combinación de todas estas hipótesis.

Sea como fuere, fue una operación de prestigio a la que concedieron una enorme importancia. No se detuvieron ante nada. No les importó que el cerro ya estuviera ocupado por una iglesia, que hicieron demoler casi en su totalidad, conservando sólo el ábside en la capilla del castillo. No

| Patio porticado



repararon en gastos, no limitándose a alzar un edificio convencional de un sólo cuerpo, sino que, a la estructura básica, incluida su torre del homenaje, añadieron, precisamente sobre la iglesia, la enorme mole de un gigante torreón o "donjon" a la francesa. Y, para rematar la faena, contaron con la participación de Juan Guas, arquitecto de los Reyes Católicos y autor también del palacio de los Mendoza en Guadalajara. A él se deben los detalles góticos de la coronación y del interior del castillo, en especial la galería meridional y el gran patio porticado.

UN PALACIO SEÑORIAL DENTRO DE UNA FORTALEZA ARTILLERA

Así es. El **castillo "nuevo"** encierra en su interior un amplio y cómodo **palacio** dotado con todos los espacios necesarios para que tuvieran lugar las diferentes actividades públicas y privadas que exigían el protocolo, los códigos de representación y el estilo de vida de una corte señorial de finales de la Edad Media. Sin embargo, el exterior del edificio, si exceptuamos algunas concesiones como la citada **galería gótica meridional**, las molduras del saledizo del adarve y las bolas de las torretas superiores, presenta la solidez y todos los recursos defensivos propios de una fortaleza de su época: foso (hoy colmatado), barrera artillera, puerta exterior guardada por torretas laterales, liza o pasillo defensivo protegido por una galería de tiro, recinto principal sin apenas aberturas y con torres de flanqueo, adarve en saledizo, "caballeros" o torretas sobre las torres, y torre del homenaje (incompleta).

El castillo del Duque del Infantado, por su posición y su prestigio, aunque también por necesidades defensivas, no podía dejar de estar a la última en cuestión de recursos militares, de ahí que incorpore ya la defensa mediante artillería en un momento en que su uso empieza a extenderse.



| El castillo ofrece una experiencia única gracias a las fiestas medievales, la reconstrucción de las estancias privadas de los señores y la exposición permanente que muestra su historia y cómo era la vida en él

La Guerra de Granada, que tuvo lugar pocos años más tarde -entre 1482 y 1492-, es considerada la primera guerra moderna precisamente porque en ella las tropas de los Reyes Católicos hicieron amplio uso por primera vez en Occidente de las armas de fuego.

Eso hace que la **barrera**, la primera línea defensiva, esté configurada como un muro grueso y de escasa altura perforado cada pocos metros por troneras o "bocas de fuego", huecos diseñados, como su nombre indica, para que la artillería "truené" al descargar a través de ellos sus "lenguas de fuego". Al interior de la barrera, las troneras se abren a unas



UN VIAJE A TRAVÉS DE LA HISTORIA



En pocos castillos como éste es posible recorrer desde las galerías subterráneas a los adarves; o descender por una estrecha escalera de caracol y disfrutar desde sus torres del mismo amplio dominio del territorio circundante del que en su día gozaron sus señores; o conocer su historia y la de ese territorio, el Real de Manzanares, por medio de la exposición permanente instalada en el sótano; o suponer cómo habría sido la vida en esta pequeña corte señorial en el siglo XVII gracias a la reconstrucción de varias estancias –dos salones, un

“estrado” para las damas, una alcoba, un oratorio privado...- y a la integración en ellas de una espléndida colección de cuadros y tapices flamencos; o imaginar cómo era un jardín renacentista paseando por la recreación realizada a los pies de la fortaleza; o dejarse llevar por la magia de las visitas teatralizadas, las representaciones de saltimbanquis y pícaros, las justas y el mercado medievales que periódicamente se organizan en el marco incomparable del castillo... Una experiencia completa y única. Un verdadero y apasionante viaje en el tiempo.



RECONSTRUCCIÓN HIPOTÉTICA DEL CASTILLO

Adarve almenado sobre saledizo con molduras
Para la proyección vertical de los defensores sobre la liza y para dificultar la escalada de los asaltantes

Puerta de la barrera
Protegida por torres de flanqueo y en un lateral distinto a la puerta del recinto principal por razones defensivas

Torre de flanqueo

Galería meridional gótica
Orientada al sol y protegida del aire de la sierra

Estancias privadas

Sala de banquetes

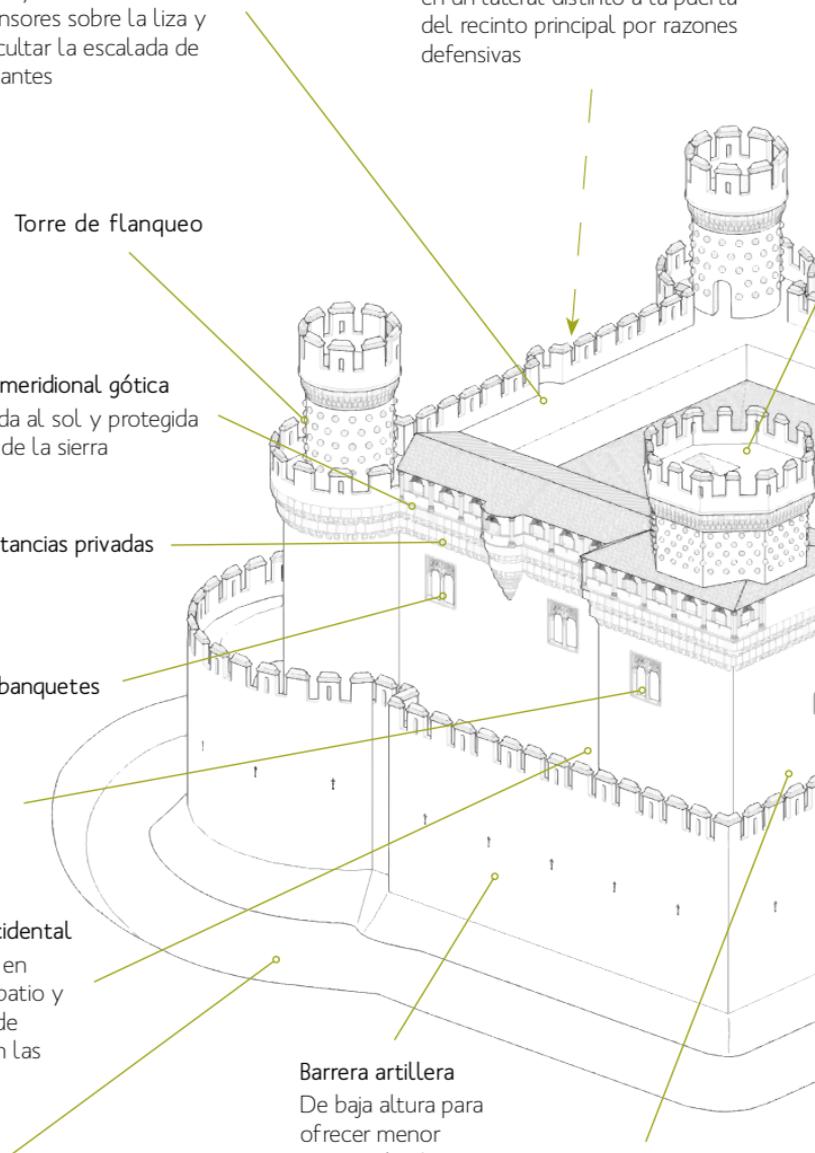
Estrado de damas

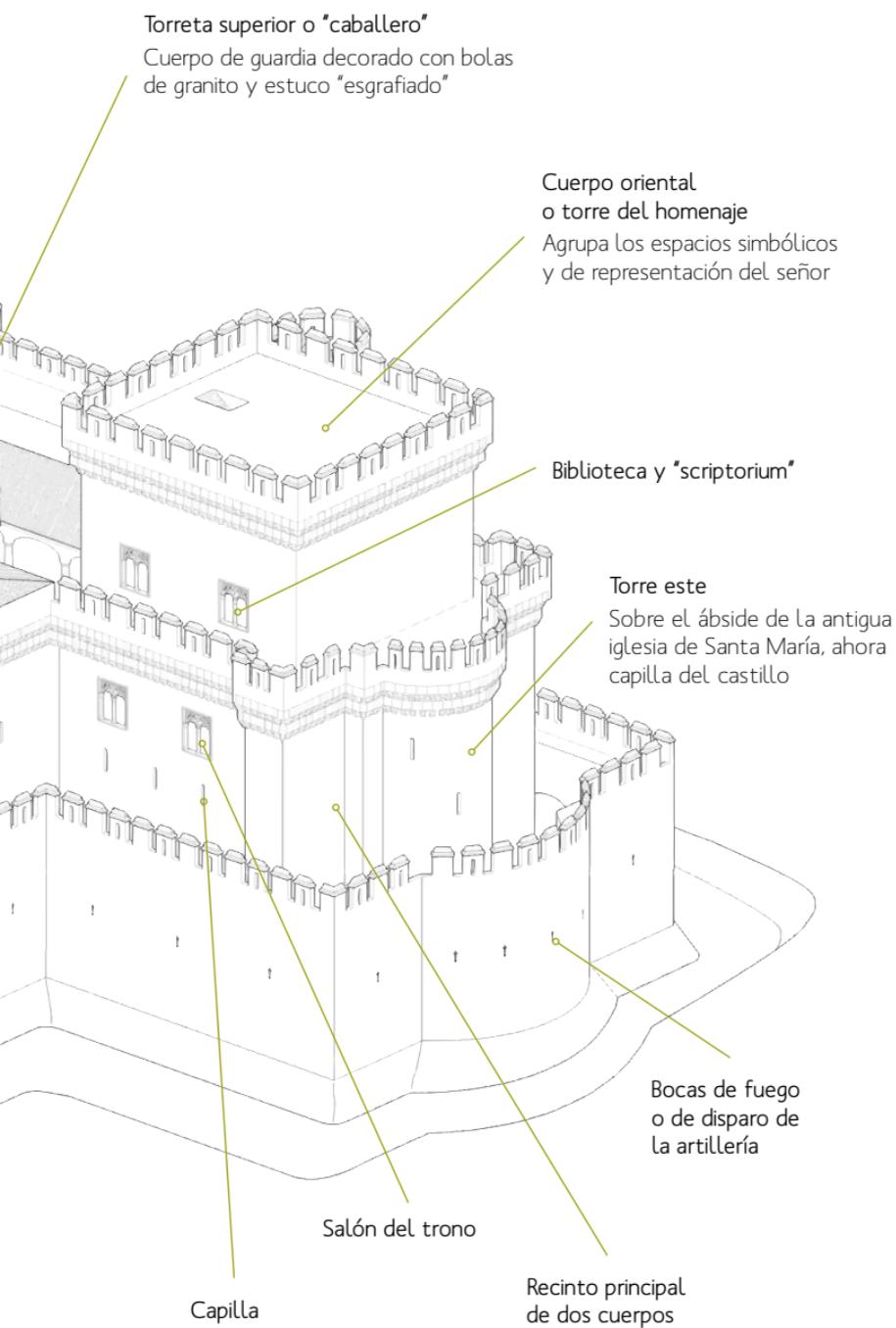
Cuerpo occidental
Organizado en torno a un patio y con torres de flanqueo en las esquinas

Foso
Actualmente en parte desmontado y en parte colmatado

Barrera artillera
De baja altura para ofrecer menor exposición al ataque con artillería.

Liza o pasillo de servicio de la barrera (detrás)







| Al exterior del castillo, unos paneles explicativos muestran el funcionamiento defensivo del edificio y también cómo pudo ser originalmente el enorme bloque oriental, la única parte del edificio que no ha sido reconstruida, que aquí se aprecia al fondo

pequeñas cámaras abovedadas y abocinadas -con la forma de medio embudo- en las que se alojaban las piezas de artillería y donde sus "servidores" o artilleros podían cargarlas, moverlas y dispararlas. Estas cámaras son más estrechas hacia el exterior del muro para que éste no pierda grosor y por tanto resistencia, y son más anchas hacia el interior para que los "servidores" tengan espacio para girar la culata de las piezas a la hora de orientar el tiro.

LA GRAN TORRE “PERDIDA” DEL CASTILLO DE MANZANARES

Cuando hoy vemos un castillo bien conservado y entero, podemos dar por seguro que es gracias a que ha sido objeto de restauraciones y reconstrucciones que le han devuelto su pasado esplendor. Algunas pueden ser ya bastante “antiguas”, de finales del siglo XIX o principios del XX, cuando lo medieval se puso de moda. Así ha sucedido también en Manzanares: el castillo ha sido sometido a dos grandes obras de recuperación, la primera en 1919 y la segunda en los años sesenta, y a una reciente remodelación cuya finalidad ha sido mejorar sus contenidos y las condiciones para la visita pública. Estas actuaciones, en cualquier caso, no culminaron la reconstrucción de todo el edificio, por lo que la silueta que ahora vemos no está completa: falta el remate del gran **bloque oriental**. ¿Por qué no lo acometieron? ¿Por su dificultad técnica? ¿Por su elevado coste? ¿Por falta de seguridad sobre cómo fue? También hay quien cree que quizás nunca se terminó en su época... Con él completamente en pie, sin duda nuestra imagen del castillo sería hoy muy distinta ya que este cuerpo se alzaba al menos unos diez metros por encima de la ya de por sí monumental mole del edificio y su volumen debía dar un aspecto aún más imponente a la fortaleza.

Es la única parte del castillo que no se puede visitar, aunque su interior es perfectamente visible desde el adarve del cuerpo occidental. Desde ese punto, se pueden apreciar los arcos que dividían la capilla del castillo en tres naves, así como el ábside de la antigua iglesia de Nuestra Señora de la Nava incorporado a ella, y las ventanas y los apoyos de las vigas de dos plantas superpuestas. Este bloque estaba destinado a ser la verdadera “torre del homenaje” del castillo: la torre cuya fortaleza expresaba de forma simbólica el poder y la posición privilegiada del señor sobre su señorío y sus vasallos.





Desde la galería gótica meridional se domina todo el valle del Manzanares, hoy cubierto por las aguas del embalse de Santillana |

En ella, se encontrarían las estancias principales del casti-
llo: sobre la capilla, en la primera planta, el salón del trono,
donde el señor recibiría el “homenaje” de esos vasallos, es
decir, donde tendría lugar el acto mediante el que uno y
otros pactaban su mutua fidelidad y los servicios que se
comprometían a prestarse; y en la planta más alta, un espa-
cio más íntimo, la biblioteca, donde el señor se recogería
para entregarse a la lectura, la escritura y la meditación. De
este modo, esta torre concentraría las tres actividades que
encarnaban las principales virtudes del “buen caballero”: la
devoción religiosa, la autoridad política y militar, y el culti-
vo de las artes y las letras.



EL “TÍPICO” CASTILLO SEÑORIAL DE LA CORACERA

LA FORTIFICACIÓN DEL
CONDESTABLE DE CASTILLA EN
SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS

El castillo que mandó alzar en su señorío de San Martín don Álvaro de Luna, Condestable de Castilla y todopoderoso valido de Juan II, se eleva sobre el caserío aprovechando la cima de una loma que en su momento estaba fuera del casco urbano, de tal modo que a su monumentalidad como

THE “TYPICAL” NOBLE CASTLE OF LA CORACERA

THE FORTIFICATION OF THE
MILITARY CHIEF OF CASTILE AT
SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS

The castle that the Lord of San Martín, Don Álvaro de Luna, military chief of Castile and all-powerful favourite of King Juan II ordered be built was raised to take advantage of the peak of a hillock. At the time, the castle lay outside the town centre, so its monumental nature as a building in addition to its dominant position formed a statement of intent and also gave it a defensive advantage.



Los días de apertura al público, el castillo se puede recorrer casi en su totalidad. Desde lo alto de la torre del homenaje, se puede apreciar esa posición dominante, además de disfrutar de unas excelentes vistas de Gredos y la campiña circundante, en la que destacan las alineaciones de cepas de unos viñedos que gozaron en tiempos de una enorme fama en toda Castilla, un legado del que podemos imaginar responsable al monasterio benedictino que en su momento pobló el valle. El castillo puede convertirse así en un excelente punto de partida para visitar algunas de las bodegas de esta comarca que ahora ofrecen catas de sus renovados caldos, así como otros monumentos de la localidad como la iglesia parroquial y su “ruta de las ermitas” o los célebres Toros de Guisando.

edificio sumaba su posición dominante, toda una declaración de intenciones, además de una ventaja defensiva. Hoy las casas de la localidad se han extendido alrededor de él, pero la parcela de buen tamaño que lo rodea le permite mantener cierto aislamiento.

UN CASTILLO “TÍPICO”

El castillo de la Coracera es un castillo señorial “típico”. Reproduce el modelo básico de residencia señorial fortificada más extendido en la primera mitad del siglo XV, cuando se edificó. Este modelo estaba compuesto por dos “cinturones defensivos” en torno a la **torre del homenaje**, la más fuerte y mejor defendida y, por ese motivo, el corazón de la fortaleza.

El cinturón interior lo constituía un **recinto principal** que protegía las dependencias de servicio y los cuartos para la guarnición. El esquema básico de este recinto era el que vemos en San Martín: un cuadrado con una torre en cada esquina, ocupando a menudo la torre del homenaje el lugar de una de ellas. Hasta la generalización de la artillería, la fortaleza de una muralla se basaba en su altura y su grosor, y en el número de torres

que la defendieran. Las torres servían para proteger los muros desde un punto avanzado y lateral contra los asaltantes que intentaran “escalarlos” gracias a escalas portátiles o “zaparlos” socavando sus cimientos. De este modo, se multiplicaban los ángulos defensivos y no se limitaban al tiro vertical, una maniobra muy arriesgada ya que implicaba que el defensor se expusiera fuera del parapeto almenado, abandonando su seguridad.

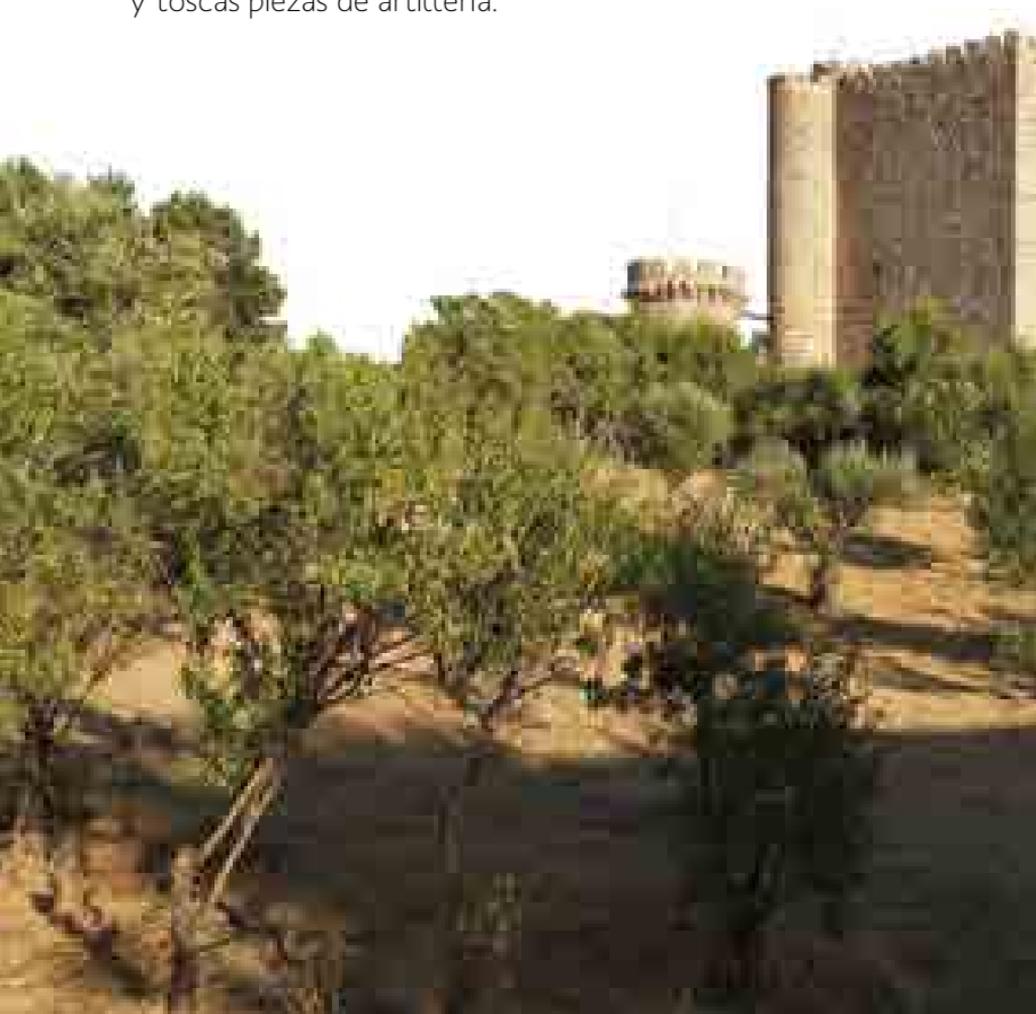
En las fortificaciones más sofisticadas, para facilitar un tiro vertical seguro, los parapetos iban montados sobre ménsulas o matacanes por delante del muro, lo que dejaba unos huecos en el suelo a través de los que los guardias del castillo podían disparar sobre los atacantes sin tomar tantos riesgos. A veces estos recursos se concentraban sólo sobre las puertas para al menos ofrecer a éstas una protección especial. Además, el recinto de San Martín contaba con una galería totalmente acorazada que recorría el interior de los muros conectando la torre del homenaje con las cámaras de guardia de las otras torres y el balcón que seguramente protegía la puerta. Las saeteras que sin duda la hendían cada pocos metros la convertían además en una excelente galería de tiro.

Vista aérea del castillo en la que se puede apreciar la organización de los dos recintos y la posición dominante de la torre del homenaje |





El **primer cinturón**, la defensa más exterior, estaba formado por una muralla perimetral más baja -barrera o antemuro- rodeada por un foso. Normalmente a la única puerta de este recinto se llegaba gracias a un puente levadizo de madera o al menos de fácil destrucción en caso de asedio. De este modo, el foso pasaba a aislar por completo la fortaleza. Esta zanja servía para impedir la aproximación de torres de asalto y el uso de arietes tanto para derribar un recinto como el otro, y obligaba a los posibles asaltantes a penetrar en una trampa mortal dentro de la que, al no poder recular rápidamente, se convertían en fácil blanco para los defensores. La barrera acogía en su seno, a distancias regulares, unas cámaras que alojaban primero potentes balistas de defensa en batería y tiro rasante y luego las primeras y toscas piezas de artillería.



El pasillo que discurría entre ambos recintos, la liza, actuaba como camino de servicio de la barrera, pero también, en caso de ser ésta tomada por las tropas asaltantes, se transformaba en un segundo foso, dentro del que de nuevo los enemigos se exponían a quedar atrapados en una ratonera bajo el fuego de la guarnición refugiada en el recinto principal y la torre del homenaje.

Naturalmente también se construyeron castillos mucho más sencillos, como algunos de los que pueblan esta parte de la guía, sin recinto principal o con menos torres en las esquinas. La defensa básica de un recinto cuadrado podía reducirse a dos torres, siempre que estuvieran en esquinas

El castillo ocupa una posición elevada y dominante sobre el terreno circundante tanto por razones estratégicas como sociales |





RECONSTRUCCIÓN HIPOTÉTICA DEL CASTILLO

Patio con edificios de servicio

Incluían las cocinas, las habitaciones de la guarnición, las caballerizas y parte de los almacenes. También era necesario un pozo para abastecer de agua al castillo en caso de asedio

Recinto principal

Recinto de planta cuadrada con torres de flanqueo en las esquinas. La defensa de este recinto se hacía desde el adarve almenado y las torres, donde la guarnición gozaba de una posición superior, vertical y ventajosa sobre los posibles asaltantes, mucho más expuestos

Muro o "lienzo" con pasadizo defensivo

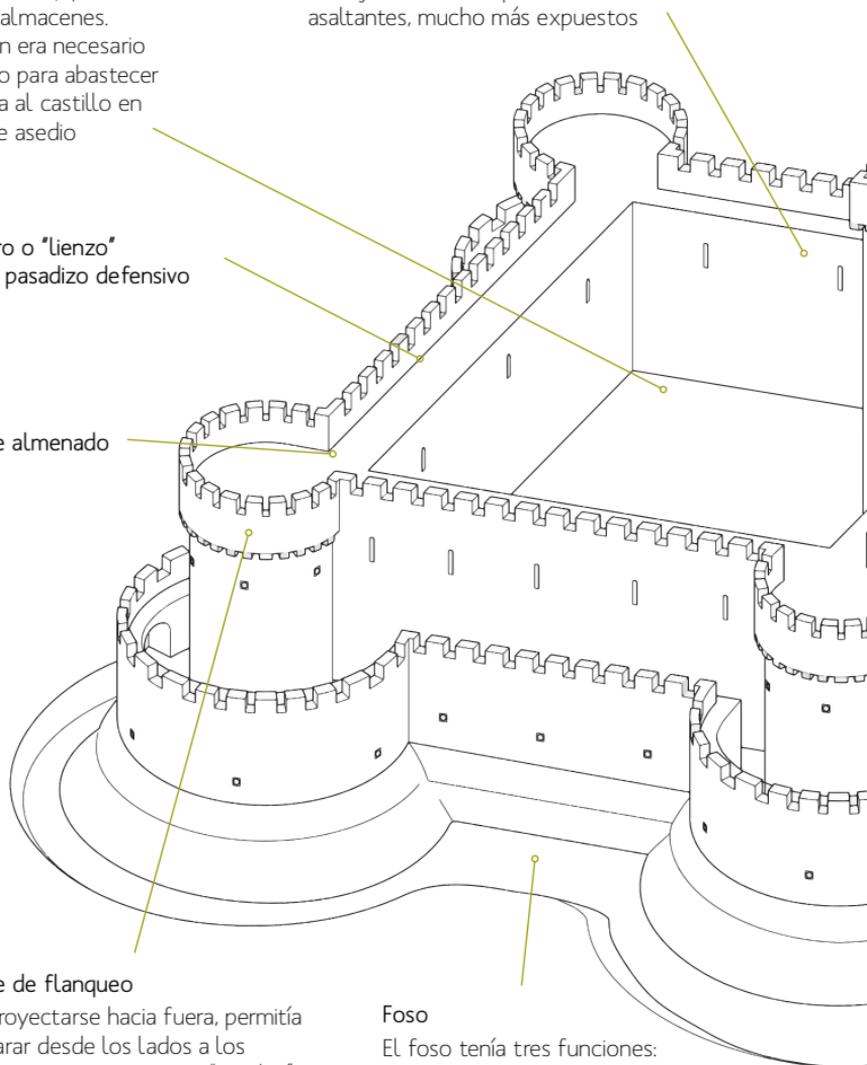
Adarve almenado

Torre de flanqueo

AL proyectarse hacia fuera, permitía disparar desde los lados a los asaltantes que intentaran "escalar" los muros o "lienzos"-gracias a escaleras portátiles- tanto desde el adarve como desde las cámaras de guardia que alberga en su seno, a través de saeteras

Foso

EL foso tenía tres funciones: impedir la aproximación a los muros de máquinas de asalto, potenciar la altura de la barrera y, en caso de ataque, "atrapar" en su fondo a los asaltantes



Torre fuerte o "del homenaje"

Esta torre es la de mayor tamaño, entre otras cosas porque acoge las estancias donde se alojaba el señor y su séquito y donde realizaba sus actos jurídicos, como el pacto de fidelidad o de "homenaje" de sus vasallos

Torretas de defensa avanzada

También actúan como contrafuertes para dar estabilidad a la torre

Torre de la barrera

Acceso directo a la torre del homenaje y vía de escape gracias a la escalera de caracol alojada en su interior

Puerta de la barrera

Protegida por torres de flanqueo. No se encontraba alineada con la puerta del recinto principal por razones defensivas (la puerta actual es una reconstrucción errónea)

Adarve almenado

Balcón amatacanado

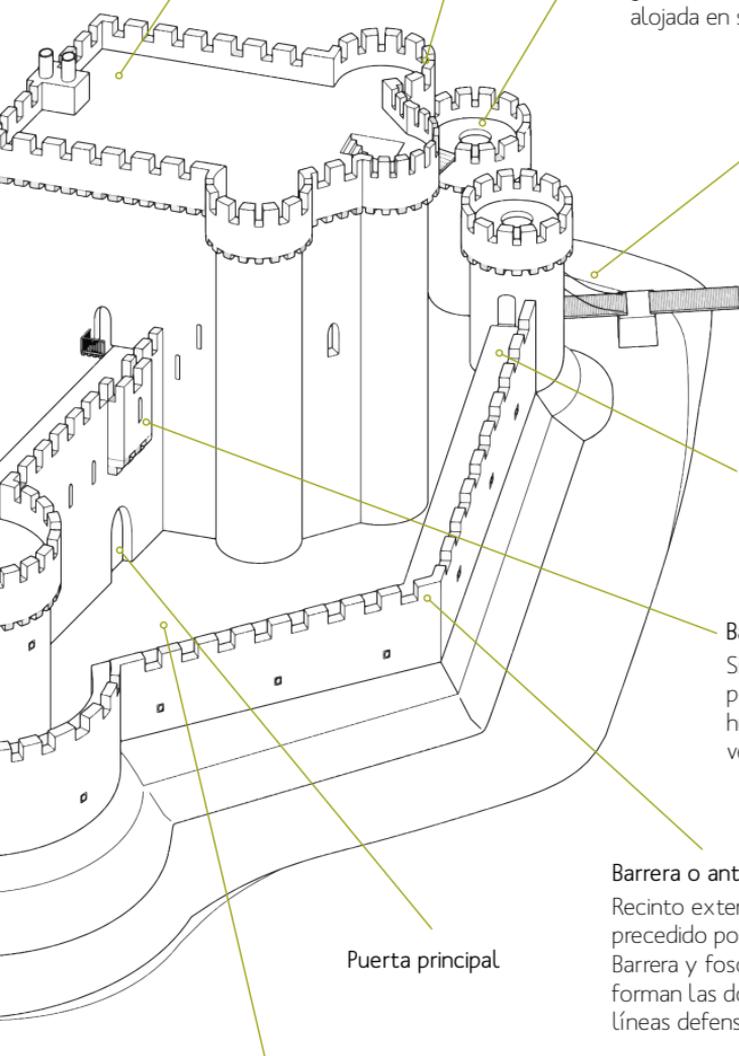
Situado sobre la puerta principal y con el suelo hueco, permitía la defensa vertical de la puerta

Barrera o antemuro

Recinto exterior más bajo precedido por un foso. Barrera y foso, combinados, forman las dos primeras líneas defensivas del castillo

Puerta principal

Liza o pasillo de servicio de la barrera





opuestas, de modo que cada una flanquease dos muros o, dicho de otro modo, que cada muro estuviera al menos cubierto por una torre. Pero en ninguno faltan al menos las dos piezas básicas de cualquier fortificación señorial: la torre del homenaje, que es la que le da sentido al acoger y guarecer al señor, además de representarlo de forma simbólica, y el cinturón exterior compuesto por barrera y foso, garantía de una protección mínima.

Y a su vez se alzaron otros castillos mucho más complejos, con más edificios y recursos defensivos, como por ejemplo las residencias de don Álvaro en Escalona (Toledo) y Arenas de San Pedro (Ávila), los principales feudos del enorme "estado" señorial que llegó a concentrar al sur de la Sierra de Gredos. No en vano eran sus fortalezas más importantes, eran más frecuentadas por el señor y estaban a la cabeza de territorios más ricos. Pero el de San Martín reunía todos los recursos que se consideraban esenciales para que un castillo estuviera bien dotado y funcionara como un sistema ordenado de barreras defensivas sucesivas.

SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS EN LA EDAD MEDIA: **DE COMARCA DESPOBLADA A TERRITORIO SEÑORIAL**

El curso medio del Alberche a su paso entre la Sierra de Guadarrama y la de Gredos se llamaba el Valle de las Siete Iglesias en honor de los siete eremitorios que llegó a haber dispersos por una comarca entonces despoblada y boscosa. Estas primitivas fundaciones monásticas se agruparían más tarde en centros más grandes y poderosos. Así nacieron el monasterio benedictino y luego cisterciense de San Pelayo, cuyos restos se conservan en Pelayos de la Presa, y más tarde el monasterio jerónimo de Guisando (El Tiemblo).

La Corona favoreció este proceso concediendo privilegios a las órdenes con el fin de que promovieran el asentamiento de comunidades rurales en valles poco poblados como éste: Alfonso VII y Alfonso VIII, a lo largo del siglo XII, otorgaron al Monasterio de San Pelayo varias "cartas puebla", es decir, permisos de creación de aldeas en condiciones fiscales ventajosas. Algunas de ellas surgieron en torno a las primeras iglesias, como la dedicada a San Martín de Tours. San Martín prosperó y recibió el título de villa en el siglo XIV.

Las relaciones entre esas comunidades rurales y el señor del que dependían, en este caso el abad de San Pelayo, quien ejercía de gobernador de la comarca, no siempre eran pacíficas, en especial cuando las sequías y las epidemias impedían a los campesinos pagar sus impuestos. En 1434, la población de San Martín se reveló contra el monasterio, conflicto que aprovechó Álvaro de Luna, señor de la vecina Cadalso, para comprar a éste sus derechos sobre San Martín por 30.000 maravedíes. El abad debió respirar aliviado al transferir población tan "levantisca". De este modo, el poderoso Condestable de Castilla asó a ser señor también de San Martín, dónde construiría su castillo a partir de 1435.

Recientemente han sido descubiertos los restos de otro castillo señorial hasta ahora desconocido en el paraje de Navarredonda, en el mismo término de San Martín. Navarredonda fue otra de esas aldeas con las que se quiso poblar el valle, pero no tuvo tanto éxito como San Martín y a finales de la Edad Media ya estaba abandonada. También se conservan vestigios de su iglesia. Este castillo podría ser unas décadas más antiguo que la Coracera y haber pertenecido al infante don Juan Manuel, primer señor de Escalona. Habría pasado después junto a la jurisdicción de la villa y su castillo al Condestable. Éste, al adquirir el señorío de San Martín y edificar otro castillo tan cerca, habría decidido prescindir del de Navarredonda, destruyéndolo de forma sistemática para no dejarlo a disposición de hipotéticos enemigos, del mismo modo que hicieron los Mendoza en Manzanares.

El Condestable tenía además una casa fuerte en Cadalso de los Vidrios, que aún se conserva, aunque muy reformada. Como gran parte de sus posesiones, excepción hecha de San Martín y Arenas, pasó al Marqués de Villena a la muerte de don Álvaro en 1453, caído en desgracia ante el rey por su ansia de poder, desheredado y ajusticiado en Valladolid.

LA TORRE DEL HOMENAJE, SÍMBOLO Y RESIDENCIA DEL SEÑOR

La torre más alta, fuerte y capaz de los castillos señoriales era la “torre del homenaje”.

En ella residía el señor durante sus estancias en su señorío y, por tanto, en ella estaban los espacios en los que el señor y su séquito realizaban sus actividades tanto públicas como privadas. Una de las más relevantes era precisamente el “homenaje”, es decir, el acto protocolario y simbólico mediante el que los vasallos juraban fidelidad al señor y se comprometían a prestarle determinados servicios o pagarle ciertas rentas y éste, en correspondencia, les otorgaba bienes, tierras y otros “dones”. Los vasallos podían ser otros señores de inferior categoría; propietarios de tierras, ganados o molinos; o los propios “villanos” y campesinos del señorío.

En la “sala del homenaje”, situada en la primera planta y donde el señor ocupaba su sitial o trono, éste también impartía justicia entre sus vasallos, dirimiendo pleitos y querellas, y tenían lugar reuniones políticas y banquetes. En la cámara superior, en cambio, se encontraban las estancias privadas y allí, en un espacio confortable e íntimo

llamado “estrado”, se alojaban y reunían las mujeres de su familia.

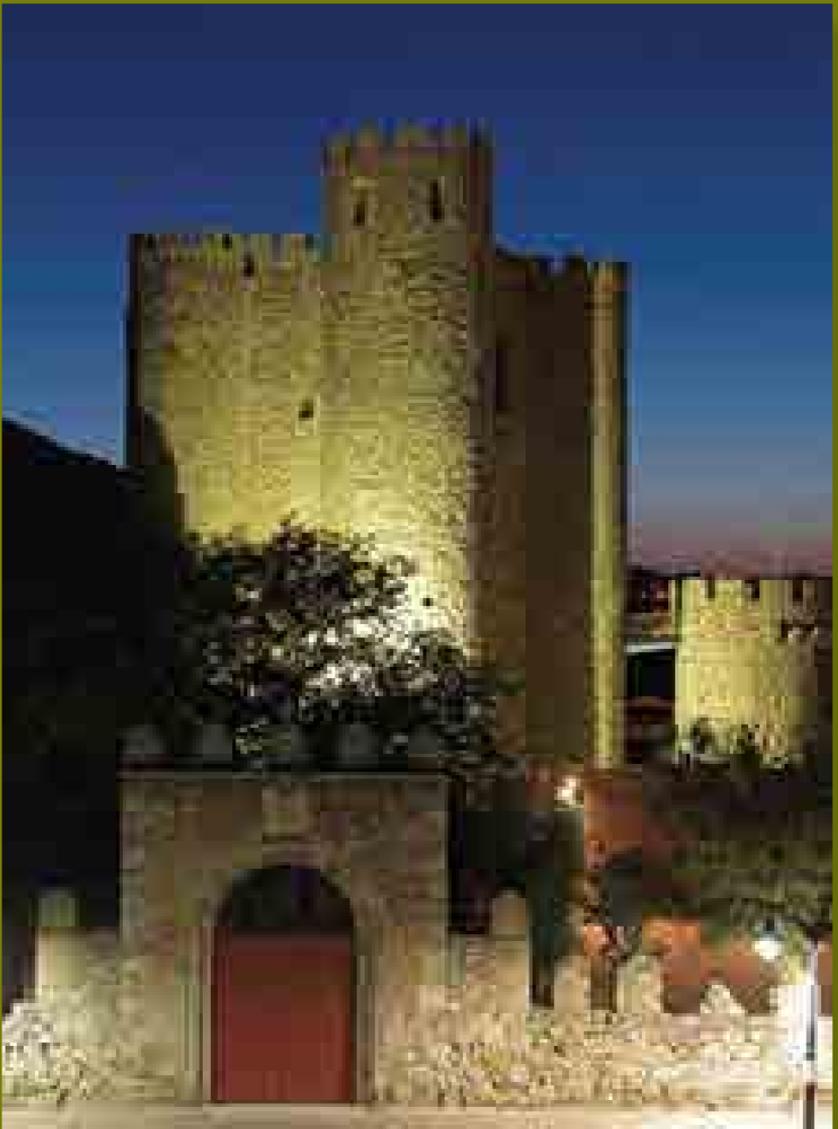
En alguna ocasión, según las crónicas de la época, el Condestable tuvo como invitado en San Martín al rey Juan II, para quien llegó a ser el equivalente a un “primer ministro”. Hoy nos sorprende que tan importantes personajes se alojaran en tan modestos espacios, pero era así. Aún quedaban muy lejos los tiempos en que reyes y aristócratas morasen en fastuosos palacios con innumerables estancias y kilómetros de corredores. Eso sí, ya entonces se rodeaban de los más preciados muebles y objetos domésticos, expresión de su riqueza y elevada condición, aunque siempre en reducido número y portátiles, pues se trasladaban con ellos de un castillo a otro.

La torre del homenaje era además el último reducto defensivo del castillo y su bastión más inexpugnable. Estaba diseñada para, tomada el resto de la fortaleza por el enemigo, poder aislarse y resistir un asedio. Contaba para ello con su propio almacén, situado en la cámara inferior, y su propio pozo.



Y todos los accesos estaban en alto, escapando así a la amenaza de los arietes durante un asalto: en San Martín, uno daba al interior de la fortaleza, otro al adarve y un tercero a

una escalera de caracol alojada en una torre de la barrera, una vía de escape en caso de emergencia. La puerta abierta en la planta baja no es original.





EL CASTILLO DEL BARRIO

LA RESIDENCIA FORTIFICADA
DEL CONDE DE BARAJAS EN LA
ALAMEDA DE OSUNA (MADRID)

Para visitar este castillo, no hace falta salir de Madrid. Incluso hoy se puede llegar a él en metro. Es sorprendente encontrar una fortificación medieval en medio de un parque urbano, rodeada de los adosados y los bloques de viviendas propios de un barrio de la periferia de la ciudad, pero así es. Y no se trata de un edificio trasplantado desde un remoto lugar como la iglesia románica que se esconde en uno de los rincones del Retiro. El castillo siempre estuvo aquí. Lo que se ha transformado es el territorio rural que lo rodeaba cuando se alzaba junto a la aldea de la Alameda y al camino de

THE NEIGHBOURHOOD CASTLE

THE FORTIFIED RESIDENCE OF
THE COUNT OF BARAJAS AT LA
ALAMEDA DE OSUNA (MADRID)

You don't have to leave Madrid to visit this castle. You can even get there by metro. It is surprising to find a medieval fortification in the middle of a city park, surrounded by semi-detached housing and apartment blocks in a neighbourhood on the outskirts of the city.

UN DESCUBRIMIENTO SORPRENDENTE

De hecho, el castillo, olvidado, arrinconado, prácticamente había desaparecido bajo sus propios escombros y el efecto de las máquinas que participaron en el trazado del barrio hasta que primero los Servicios de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid y después el Área de las Artes del Ayuntamiento de Madrid se emplearon en excavar en torno a los pobres muñones que apenas afloraban en ese parcelillo para descubrir y luego recuperar parcialmente la espectacular configuración de una fortaleza señorial con un pequeño recinto flanqueado por un cubo cilíndrico y una torre del homenaje, una potente barrera artillera exterior con torres en las esquinas y un monumental foso chapado en piedra.

Lo más interesante es que en buena medida todo esto sigue hoy oculto, como ya lo estuviera en su momento, si se observa desde el norte, desde la Avenida de Logroño: la parte más elevada del edificio -la torre del homenaje- no se ha reconstruido, mientras que la que sí se ha reedificado, el foso y sus taludes, es la que se hunde en el terreno de tal forma que resulta invisible desde unos cientos de metros. Por eso constituye una enorme sorpresa



Del cuerpo principal del castillo se conservan dos laterales y la torre de flanqueo que ocupaba la esquina opuesta a la de la torre del homenaje

Aragón y sobre el arroyo de Rejas, a muchas leguas de la ciudad: La enorme urbe moderna ha crecido imparablemente hasta engullirlo todo, incluido el antiguo camino, sustituido por la moderna autovía y del que sólo queda un testigo en el hoy denominado Paseo de la Alameda.

BARAJAS Y LA ALAMEDA, SIEMPRE JUNTAS

El destino de la Alameda siempre ha estado unido al de la vecina Barajas desde su nacimiento en el siglo XII.





Ambas crecieron como aldeas de la comarca administrada por el Concejo de Madrid durante el proceso de repoblación de la antigua Marca Media andalusí. Juntas se convirtieron en señorío de Los Mendoza en 1369 formando parte de los feudos que, como Buitrago y Manzanares, Juan I donó a Pedro González para recompensar su fidelidad al servicio de la corona. Juntas pasaron, tras la muerte de su hijo Diego Hurtado en 1404, primero a su prima y amante Mencía de Ayala y después, como dote matrimonial de ésta, a Rodrigo Sánchez Zapata, transferencia cuya



para el visitante que se aproxima por primera vez al castillo ver cómo aparece y se abre a sus pies de forma inesperada la enorme zanja defensiva exterior.

También lo es el panteón neogótico que ocupa, a escasos metros del castillo, el centro del parque público, construido a finales del siglo XIX por uno de los grandes arquitectos de Madrid, el Marqués de Cubas, para la familia Fernán Núñez, que es la última que ha detentado el señorío local. Y el pequeño cementerio que hay a su vera, uno de los pocos vestigios, junto a la iglesia de Santa Catalina de Alejandría, de lo que un día fue la aldea de la Alameda. Y la casamata o nido de ametralladoras de hormigón que nos habla de la relación de este lugar en 1937 con la dramática batalla del Jarama, cuando la retaguardia y el cuartel de mando del ejército republicano estuvieron situados en torno al cercano Parque del Capricho de los Duques de Osuna, que es el que ha dado su moderno apellido al barrio y cuya visita no puede faltar en una buena jornada turística por la Alameda de Osuna.

UN MUSEO DE HISTORIA AL AIRE LIBRE

Las excavaciones del castillo no sólo han permitido exhumar muchos objetos de la época en que el edificio tuvo vida, sino también más antiguos, como las cerámicas y útiles del poblado prehistórico que se asentó unos miles de años antes en el mismo emplazamiento para aprovechar las mismas ventajas panorámicas y estratégicas sobre este paso privilegiado camino de la ruta

natural que comunica aún hoy la Meseta Sur con el valle del Ebro. El poblado también estaba protegido por su propio foso y una empalizada o cerca de madera.

El museo al aire libre que se ha implantado en torno a la fortaleza, además de ofrecer a los restos una necesaria protección y el valor que se merecen, nos acerca la historia





de todas estas etapas y de estos monumentos, que es la historia de esta parte de Madrid, un relato que, como vemos, se remonta casi cuatro mil años atrás y que se va desgranando a medida que se recorre el área arqueológica gracias a los paneles explicativos distribuidos aquí y allá. Su vínculo con la historia de la capital queda subrayado por el hecho de que este espacio lo gestione desde

su apertura al público el museo dedicado a los orígenes de la ciudad, el Museo de San Isidro. La instalación también cuenta con aseos, un espacio de acogida y una sala de introducción en la que se muestran, gracias a impresionantes fotos aéreas, el proceso de excavación y reconstrucción parcial del edificio y los criterios aplicados durante la actuación.





legitimidad pusieron siempre en duda los Mendoza, lo que llevó al tercero de esta dinastía, el Marqués de Santillana, a pleitear durante décadas para que les fueran restituidos los derechos sobre esta jurisdicción, sin éxito. Juntas volvieron a encontrarse en el término de Madrid en 1949. Y juntas siguen hoy estando englobadas en el distrito de Barajas.

Antes, en 1572, formaron parte del Condado de Barajas cuando Francisco Zapata, noveno señor del lugar, a la sazón un personaje muy importante de la corte que llegó a detentar cargos como los de capitán general de Sevilla, presidente del Consejo de Castilla o ayo de los príncipes, recibió tal dignidad de manos de Felipe II. Los Zapata eran



vecinos de Madrid y siempre ocuparon diferentes magistraturas municipales, lo que, sumado a los frutos del título señorial, les hizo prosperar de generación en generación. Su residencia principal estaba junto a la plaza que, en el centro histórico de la capital, lleva precisamente hoy el nombre de Conde de Barajas.

Por tanto, el castillo señorial bien podría haberse construido en Barajas y no en la Alameda. Si se eligió este último emplazamiento sin duda fue por su vínculo más directo, como subrayábamos al principio, con la estratégica vía de comunicación que pasaba a sus pies.

El pequeño tamaño del edificio contrasta con la monumentalidad de la barrera artillera y su foso |





UN CASTILLO CON “HOJA DE SERVICIOS”

Lo que no está tan claro es cuándo se construyó. Sabemos que ya existía en 1476, cuando Juan Zapata, tercero de este linaje que ocupó el señorío, se refugió en él después de perder el alcázar de Madrid -hoy palacio real-, de cuya defensa se ocupaba, durante la Guerra de Sucesión entre los partidarios de Juan la Beltraneja y los de Isabel la Católica que con tanta frecuencia se cita a lo largo de esta tercera parte de la guía. Zapata estaba entre los primeros, y aunque cayó derrotado, la amnistía concedida por la reina a todos los que no le habían apoyado le permitió conservar el feudo. De hecho, los Mendoza intentaron, aprovechando su debilidad, recuperarlo de nuevo, de nuevo infructuosamente.

Esa es la primera referencia directa al castillo en los documentos de esa época conservados en los archivos, pero ya sabemos que muchos se han perdido a lo largo de los siglos y quizás con ellos las citas anteriores. O quizás simplemente no las hay porque fue justo en esas fechas cuando se construyó. Esto último es lo más probable en este caso.

La **torre del homenaje**, con sus esquinas redondeadas, era muy similar a otras que visitamos más abajo como las de Pinto y Arroyomolinos. Conocemos bien la fecha de construcción de esta última, lo que nos sirve para situar en el tiempo, con sólo un pequeño margen de error, la fecha de las otras dos: entre 1468 y 1476, es decir, justo antes, como decíamos, del momento en que Juan Zapata hizo buen uso del castillo para protegerse, que para eso se construyó. La verdad es que fue un periodo en que muchos señores alzaron nuevas fortificaciones o reforzaron las que tenían precisamente porque su participación en los conflictos sucesorios les llevó a tomar medidas de seguridad extraordinarias. Y parece que el señor de la Alameda no fue una excepción.

El hecho de que la **barrera** fuera ya, con su buen grosor, su escaso porte y su zócalo ataludado, un muro exterior diseñado para defenderse del ataque con artillería y para hacerlo además mediante el uso también de la propia artillería también refuerza esta datación. Así pues lo más probable es que el castillo de la Alameda se edificara en los últimos años de vida del padre de Juan Zapata, Rodrigo Sánchez Zapata “el Mozo”, o en los primeros de éste como señor de la Alameda tras el fallecimiento de su progenitor en 1473.

Más tarde tuvo relación con otro conflicto armado, metidos como estaban siempre los Zapata en todas las contiendas relacionadas con la política castellana. Nos referimos a la Guerra de las Comunidades de 1520, en la que tuvo una participación activa entre las filas de los sublevados el menor de los hijos de Juan Zapata, quien llevaba su mismo nombre.

No dejaría la fortaleza de completar su “hoja de servicios”, siendo como era de todos los castillos del entorno de Madrid el más cercano a la villa y corte, haciendo de prisión de un importante aristócrata caído en desgracia, precisamente el Duque de Osuna, en 1621. Si bien esa proximidad también le brindó momentos memorables, como cuando sirvió de acomodo a la reina Margarita en su camino hacia la capital tras su enlace con Felipe III celebrado en Valencia unos años antes, en 1599.

Si el castillo fue considerado digno acomodo para una reina, fue gracias a que antes, entre 1550 y 1575, los Zapata habían acometido diferentes obras cuya finalidad era transformar el recio edificio en una villa de recreo, en un palacete para el sosiego lejos del trajín de la corte. Se abrieron los ventanales de la segunda planta, impensables en una fortificación medieval; se tendió un pasadizo que conectaba el interior del recinto con el fondo del foso; en éste, se distribuyeron plantas y fuentes para convertirlo en un frondoso jardín; y se construyó una enorme alberca en la que se podía pescar e incluso había un barco de recreo bautizado como el Galeón.



NO TODOS LOS CASTILLOS SON DE PIEDRA...

EL CASTILLO DE
GONZALO CHACÓN
EN ARROYOMOLINOS

En el centro de Arroyomolinos, en el único sector de la localidad donde se conservan casas y calles que aún nos hablan de la población rural que fue esta villa hasta hace poco, se abre un gran espacio urbano ajardinado que está flanqueado por la Casa de la Cultura, una moderna y sofisticada fuente y la estatua del que fuera mayordomo de Isabel la Católica y señor de Arroyomolinos y Casarrubios

NOT ALL CASTLES ARE MADE OF STONE...

GONZALO CHACÓN CASTLE
AT ARROYOMOLINOS

The centre of Arroyomolinos features a large landscaped urban space, inside which is the tower built by Gonzalo Chacón, butler to Isabella I of Castile and Lord of Arroyomolinos and Casarrubios (Toledo province).

The tower is still standing today because of its strength, which is much greater than you might think judging by its modest bricks. It was part of a castle that was recently discovered during archaeological digs.

UNA TORRE FUERTE DE LADRILLOS

La torre ha llegado enhiesta hasta nuestros días por su fortaleza, mucho mayor de lo que cabría sospechar a la vista de su aparejo de modestos ladrillos. Una prueba de su resistencia es el poco daño que le hicieron los impactos de grandes balas que aún se pueden apreciar en su superficie. Además el poco valor de esos materiales evitó que se produjera un sistemático expolio. También el castillo de Casarrubios está edificado mediante esta técnica. No son una excepción. Hay más en una comarca donde las canteras quedaban lejos y la piedra era costosa, como el cercano castillo de Batres (Madrid).

Eso sí, hasta hace unos años lejos había quedado su pasado esplendor, reducido su empleo al de cobijo para esas palomas tan necesarias para proteger de las plagas a los campos castellanos antes de la generalización de los pesticidas. Una primera actuación de la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid permitió

(Toledo): Gonzalo Chacón. A sus espaldas, presidiendo esta gran plaza, se alza el **torreón** que Chacón habitara y que era su representación simbólica en el corazón de uno de los señoríos jurisdiccionales entregados por la reina a su fiel servidor en gratitud por su lealtad y servicio.

| La torre del homenaje de Arroyomolinos aún impone su dominio sobre el caserío moderno de la villa



UN CASTILLO, NO UN TORREÓN

Por mucho tiempo, el torreón se mostró como un edificio extrañamente aislado, sin ningún cuerpo defensivo o residencial asociado. Hubo que esperar a que se excavara en su entorno para entender esta anomalía: a los pies de la torre se oculta-



mejorar su conservación y recuperar en buena parte su fisonomía original, si bien no se reconstruyeron las garitas ni el pretil almenado ni los balcones defensivos que coronaban de forma espectacular el edificio. Tampoco se volvió a abrir el balcón tapiado en una de las esquinas del tercer piso, una abertura que de todas formas seguramente no estaba en la obra original. Y no se cerró la puerta abierta modernamente en la base de la torre ni se rehizo el complejo sistema de garita, puente levadizo y escalera de apoyo gracias al que se resolvía el acceso a la puerta original situada, según era ortodoxo por razones de seguridad, en la primera planta. En su lugar, y siguiendo el principio de mínima intervención, se colocó una escalera metálica más o menos inocua.



| La restauración del castillo ha incluido la instalación de una nueva escalera de acceso al torreón -que no pretende reconstruir la forma de la original- y de unas cubiertas que protegen los restos de los edificios de servicios exhumados por las excavaciones



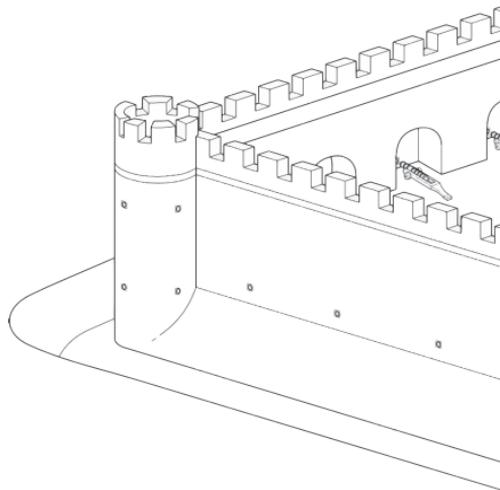
| El blasón de los Chacón todavía luce en una de las esquinas de la torre



| Restos de las torretas de flanqueo de la puerta de la barrera

ban los restos de una barrera artillera y un gran foso, y de dos edificios auxiliares situados a ambos lados de ella, uno dedicado a alojar las cocinas de la fortificación y otro las caballerizas, quizás ligeramente posteriores en el tiempo al resto del conjunto. De este modo, lo que hasta ahora era considerado un torreón pasaba a ser lo que siempre fue: la torre del homenaje de un castillo, simplificado y sin recinto principal torreado, sí, pero castillo al fin y al cabo.

Todos estos restos se dejaron a la vista y pueden ser ahora visitados y entendidos por todos gracias a los paneles explicativos que los acompañan, instalados en el marco de la Red de Yacimientos Visitables de la

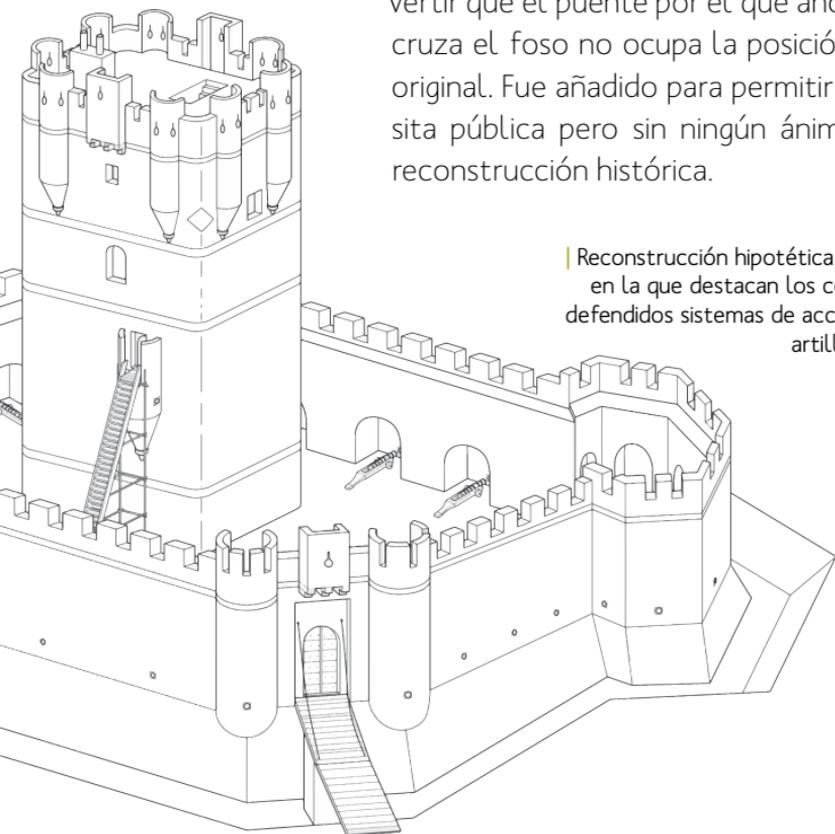


Comunidad de Madrid de la que forman parte. El **foso** no se puede seguir en su totalidad ya que algunos breves tramos no se exhumaron para así evitar cortar calles y pasajes circundantes, y los **edificios auxiliares** están protegidos por unas necesarias cubiertas metálicas que afean un poco el aspecto general del monumento, pero no cabe duda de que, pese a estos detalles, la imagen que ahora percibimos de lo que en su momento fue la fortaleza ha cambiado radicalmente.

Es especialmente digna de interés la **barrera** también de ladrillo, con su zarpa ataludada, su puerta y su puente levadizo situados en una esquina y su bastión pentagonal proyectado en el ángulo de la fortificación desde el que se dominaba el cauce del arroyo que daría nombre al lugar, un caudal de poco recorrido pero muy rentable porque sus crecidas estacionales debían de ser tan abundantes como para mover las muelas de varios molinos. Es importante ad-

vertir que el puente por el que ahora se cruza el foso no ocupa la posición del original. Fue añadido para permitir la visita pública pero sin ningún ánimo de reconstrucción histórica.

Reconstrucción hipotética de la fortaleza en la que destacan los complejos y bien defendidos sistemas de acceso a la barrera artillera y a la torre







CASTILLOS

SEÑORIALES

Además de los cuatro imponentes castillos que acabamos de visitar, se conservan en la Comunidad de Madrid los vestigios de otros nueve, a los que habría que añadir los que ya hemos anticipado por su vínculo con murallas urbanas o fortificaciones precedentes: los castillos de Buitrago y Santorcaz y las torres de Villarejo y Fuentidueña.

No nos detenemos tanto en los nueve que quedan porque, por diferentes motivos, no están todavía abiertos de forma estable al público, aunque muchos sí pueden ser contemplados y disfrutados desde su perímetro exterior, incluso con algunos paneles explicativos como apoyo a la visita, tal y como sucede en Torrejón de Velasco a la espera de que el proceso de restauración del conjunto llegue a su fin. Puede por tanto merecer la pena a los aficionados acercarse hasta ellos, en especial si el viaje se combina con un recorrido por otras

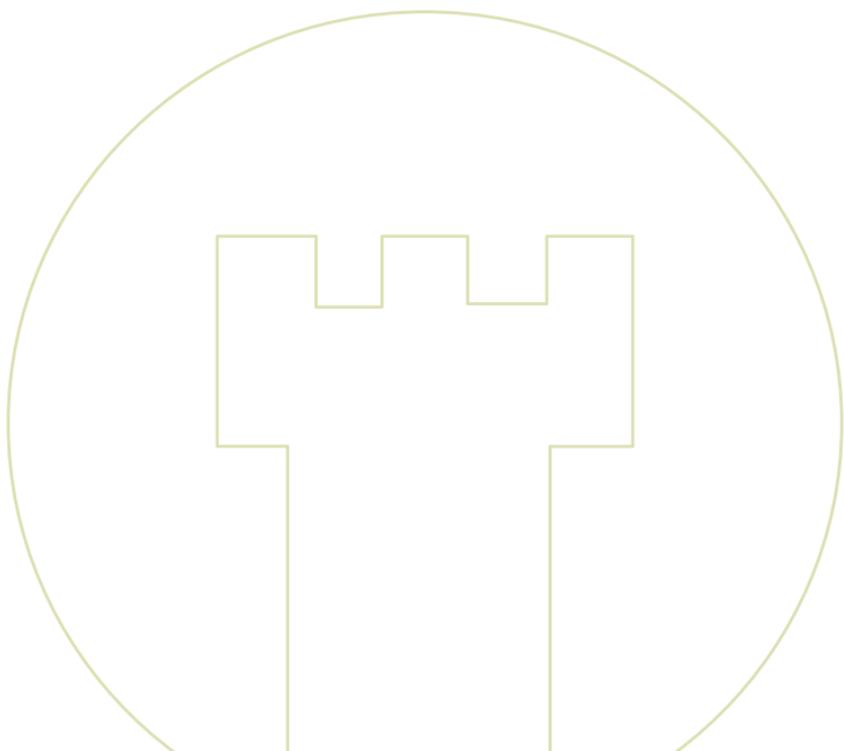
NOBLE CASTLES

In addition to the four impressive castles we have just visited, the Region of Madrid also conserves vestiges of others, such as Pedro Núñez de Toledo castle in Villafranca, Los Laso de Vega castle in Batres, Count of Puñoenrostro castle in Torrejón de Velasco, Leonor de Toledo tower in Pinto, the towers of Navas del Rey and Fuente Lámpara in Robledo de Chavela, Juan Contreras castle in Casasola (Chinchón) and the castles of the Count of Chincón in Villaviciosa de Odón and Chinchón, to which we must also add the ones we have already mentioned in relation to their link to city walls and preceding fortifications, i.e., the castles of Buitrago and Santorcaz and the towers of Villarejo and Fuentidueña.



fortificaciones cercanas u otros monumentos y parajes singulares de los alrededores.

Quedan por último excluidas de esta guía muchas otras edificaciones que pueblan nuestra región y que quizás los lectores identifiquen con fortificaciones bien por su aspecto bien por el nombre que reciben pero que en realidad son obras muy posteriores a la Edad Media que sólo incluyen algunos guiños nostálgicos a la arquitectura defensiva de esa época. Nos referimos a los castillos de Viñuelas (Madrid) y Aldovea (Torrejón), los palacios del Marqués de Valderas (Alcorcón) o las torres de Mirabel (Manjirón) o La Mina (Bustarviejo). Sirva esta cita para dejar constancia de su existencia y de que, si no aparecen en estas páginas, no es por olvido sino por razones históricas.





EL CASTILLO DE PEDRO NÚÑEZ DE TOLEDO EN VILAFRANCA (VILLANUEVA DE LA CAÑADA) UN COLOSO OLVIDADO

Por desgracia, este castillo sólo se puede apreciar desde la distancia ya que se encuentra dentro del cercado de una propiedad privada y no se puede acceder a él. Es de desear que en un futuro, ya sea por iniciativa de la propiedad, ya por iniciativa pública, ya por la acción combinada de ambas, el castillo sea restaurado y todos podamos disfrutar de cerca de este excelente ejemplo de la arquitectura señorial castellana.

De momento, como decimos, debemos contentarnos con aproximarnos hasta el cercado siguiendo un camino que, desde la urbanización de Villafranca del Castillo, recorre la cima del cerro que separa los dos ríos y ofrece una vista ligeramente dominante sobre la fortificación. La configuración del edificio sigue a grandes rasgos el modelo de las residencias señoriales fortificadas que ya nos va resultando familiar: un **recinto principal** de altos muros con torres en las esquinas -y, en este caso,



Gigante sombrío, baldón de Castilla, castillo sin torres, ni almenas, ni puente, guerrero humillado que el tiempo ha rendido, tu historia y tu nombre yaciendo en olvido... Así cantaba José Zorrilla en un poema escrito en 1837 a un castillo anónimo que bien podría haber sido el de Villafranca o Aulencia, uno de los castillos más espectaculares de la Comunidad de Madrid, por su imagen poderosa, a la que contribuye el enorme tamaño de su torre del homenaje, y su posición destacada en el cerro que domina la confluencia de los ríos Guadarrama y Aulencia, en medio de un paraje en el que contrastan, a poniente, las centenarias encinas de una enorme dehesa y, a levante, las modernas antenas de la estación de seguimiento de satélites de la Agencia Espacial Europea.



también en el centro de cada flanco- sobre el que se yergue la gigantesca mole de la torre principal, residencia del señor y su séquito y último bastión defensivo, todo ello rodeado por un muro exterior más bajo y por un foso, aquí, como casi siempre, en gran medida “desaparecido” por efecto de la erosión y la colmatación.

El muro exterior o **barrera** sólo estaba reforzado por torres en el flanco septentrional, el más débil. En los otros tres lados, el castillo contaba con la protección añadida de las empinadas laderas del cerro. Es imposible saber, dado su estado, en qué punto de la barrera se encontraban el puente y la puerta que permitían acceder a su interior. Lo más probable es que estuvieran en el

| El castillo de Villafranca se alza sobre la estación de seguimiento de satélites de la ESA ofreciendo un espectacular contraste que nos recuerda cuánto ha evolucionado nuestra sociedad desde el siglo XV al XXI





flanco meridional, al resguardo de todo el conjunto, y evitando coincidir con las dos entradas del recinto mayor: una, la principal, situada en el muro oriental bajo un balcón de defensa vertical sobre matacanes; y otra escondida al pie de la torre central del muro opuesto, un portillo que es más una salida de emergencia que un verdadero acceso al castillo.

Las torres de flanqueo albergan cámaras de guardia con saeteras a través de las que los defensores podían disparar sus ballestas. La altura de torres y muros fue ampliada en un par de metros durante la primera etapa de vida del castillo. Eso ha hecho que se conserve íntegramente, bajo el recrecimiento, el parapeto original almenado con merlones de ladrillos. Seguramente el segundo parapeto -éste, en cambio, perdido por completo- estaba construido del mismo modo. Y es que no debió pasar mucho tiempo entre que se remató el edificio y se hizo esta reforma. Incluso es posible que el señor no quedara satisfecho de la envergadura inicial de la fortaleza una vez acabada y una cosa siguiera a la otra. La similitud entre las técnicas empleadas en ambas fases refuerza esta idea.

También se añadió un piso a la **torre del homenaje**. Lo que debió ampliar considerablemente su capacidad, de por sí ya notable gracias a sus 25 metros de lado. En la planta baja fue necesario combinar dos bóvedas de cañón para poder salvar tan enorme vacío estructural. Por encima de ella, aunque ahora están hundidas, sabemos que hubo otras tres por los huecos dejados en las paredes por las vigas. El tamaño de la torre y su posición interior dejan poco espacio libre dentro del recinto principal, donde apenas debieron caber los edificios auxiliares y el aljibe que permitía acumular agua dentro de la fortificación.

Toda la obra está realizada en estilo toledano o mudéjar con "mampostería encintada", es decir, mediante hiladas de



pedra irregular que alternan con bandas de ladrillo. El ladrillo también se emplea para configurar las esquinas y las jambas y dinteles de las ventanas y puertas. En la arquitectura tradicional, era muy habitual apoyar los andamios mediante travesaños de madera en el propio muro que se estaba construyendo. Al ser retirados, dejaban los característicos huecos distribuidos de forma regular por todas las fachadas que caracterizan a edificios como éste.

El castillo de Villafranca, como su nombre indica, estaba situado junto a una población hace tiempo desaparecida, sobre la que ejercía su dominio. A sus pies, junto a un buen vado del Guadarrama, se hallaba una aldea denominada El Horcajo, más tarde convertida en municipio con el nombre, cómo no, de Villa Franca, y cuya jurisdicción debió recaer poco antes de 1450 en Alonso Álvarez de Toledo. Al menos en esa fecha constituyeron él y su esposa, Catalina Núñez, un mayorazgo en torno a este señorío en favor de su hijo primogénito Pedro Núñez de Toledo.

| La gran mole de la torre del homenaje se impone sobre el recinto principal, en el que se pueden apreciar las huellas de la reforma gracias a la que se recrecieron sus muros y torres





Pedro Núñez de Toledo prosperó en la corte, recibió otros señoríos como Griñón y Cubas y seguramente fue quien construyó el castillo. Incluso llegó a casar a una hija de su primer matrimonio con un hermano del Duque del Infantado, si bien el mayorazgo pasó a su primer hijo varón, que fue fruto de un segundo enlace. A partir de ese momento, como era habitual en tan poderoso linaje, los Mendoza pugnaron por hacerse con el señorío de Villafranca aduciendo la mayor legitimidad de los descendientes del primer matrimonio de Núñez de Toledo. En realidad, su pretensión era extender hacia el suroeste su vasto señorío de Manzanares para así además frenar la expansión del Marqués de Moya por tierras que habían sido hasta ese momento jurisdicción de Segovia -el Marqués era señor de la vecina Villaviciosa, tal y como se ve en otro apartado de esta tercera parte de esta guía-. La cosa no fue a más y todavía a finales del siglo XVI el señorío era de Luis Núñez de Toledo, capitán de infantería que combatió en Lepanto.



franca



Tras caer en desuso y en particular durante los dos últimos siglos, la propiedad del castillo ha pasado por varias manos, pero antes por el valor de la finca que por el del inservible edificio. Sólo durante un breve y triste periodo de tiempo ha vuelto a ser utilizado y además con una finalidad parecida a aquella para la que fue concebido: en 1937, sirvió de refugio para una compañía republicana que participó en la Batalla de Brunete, una de las principales ofensivas de las tropas franquistas en torno a la capital. Durante el combate, el castillo sufrió varios impactos de artillería que sin duda vinieron a empeorar si cabe su ruinoso estado.



EL CASTILLO DE LOS LASO DE VEGA EN BATRES

LA MORADA DEL POETA

Batres formaba parte del vecino señorío de Casarrubios (Toledo) cuando Pedro I lo constituyó para entregárselo a su capitán de escuderos, Diagómez de Toledo, hacia 1360. Luego pasó a su hermano Pedro Suárez de Toledo, repostero mayor del rey, y de éste a su hijo Pedro Suárez de Guzmán, quien segregó Batres para fundar un mayorazgo en favor de su hijo Fernán Pérez de Guzmán (1376-1460). Es en ese momento cuando probablemente se construyó el castillo como símbolo del nuevo señorío. Con seguridad ya existía en 1431. Sabemos que ese año Fernán Pérez, quien había llevado una activa vida política hasta enemistarse con el todopoderoso Condestable de Castilla don Álvaro de Luna, señor de San Martín de Valdeiglesias, se retiró a su residencia de Batres bien por imposición real bien por voluntad propia para dedicarse de lleno a su gran vocación: la escritura. Eso que ganaron las letras castellanas.

El primitivo castillo no era como hoy lo conocemos. Lo más probable es que se redujera a la **torre**, rodeada



Habría que decir más bien la “morada de los poetas”, pues son dos escritores y de enorme categoría en su época los que aparecen ligados a la historia de este pequeño castillo, como enseguida veremos: Fernán Pérez de Guzmán, un cronista actualmente poco recordado, y su bisnieto García Laso de la Vega, por el contrario hoy considerado una de las cumbres de la literatura renacentista castellana.



de algunos dispositivos defensivos como los que estamos viendo en otras construcciones similares de su tiempo. El edificio residencial adosado a ella y organizado en torno a un bello patio porticado está claramente añadido. Parece que a su vez se debió de hacer en dos fases, la primera correspondiente a la época de Sancha de Guzmán, nieta de Fernán Pérez, y su marido García Laso, sobrino del Marqués de Santillana y señor de Arcos, y la segunda a la de su hijo Pedro Laso de Vega, señor de Batres desde 1512. De aquella sólo deben quedar los muros exteriores, muy transformados. Tuvo que ser interrumpida por orden de la reina Isabel dictada en 1489, en el contexto del empeño de los Reyes Católicos por que los nobles dejaran de edificar fortificaciones privadas en las que acantonarse. Esa primera obra de ampliación debía de tener, por tanto, un aspecto defensivo que la segunda no tiene.

Ésta ya se corresponde con un **palacete renacentista**, diseñado para el confort y el deleite, por mucho que esté coronado por un adarve almenado y los contrafuertes que lo apuntalan en las esquinas intenten parecer pequeñas torres: nunca ha estado protegido por un antemuro con su foso, y no tiene huecos de disparo ni puntos de defensa avanzada y vertical, ni siquiera sobre la puerta, por otro lado el sencillito arco con portón que podría haber recibido al visitante en cualquier palacio urbano de su tiempo. Su aspecto arcaico y su factura a base de sillería de granito, que desentona en un conjunto en el que manda el ladrillo, podrían explicarse según algunos investigadores por ser una pieza reutilizada procedente de aquellas primeras estructuras defensivas.

El escudo que lo corona -y sobre el que además hubo un enorme reloj de sol del que ahora sólo queda el marco- es ya de Pedro Laso, quien debió de acometer la reforma a partir de 1530, a la vuelta de su huida a tierras lusas tras la Guerra de las Comunidades, en la que tuvo un papel muy



activo. El análisis estilístico de la decoración de las columnas nos dice que no puede ser anterior. La obra pudo estar motivada tanto por los posibles daños sufridos por el castillo durante la guerra o las represalias posteriores, como por el deseo de adaptarlo a los nuevos gustos y a las necesidades de una villa de recreo rural, tal y como hizo más tarde también el señor de la Alameda en su castillo.

| La torre del homenaje se eleva sobre los jardines que se extienden hasta el arroyo Sequillo, vestigio de la antigua finca de recreo en que se convirtió el castillo en el siglo XVI





El hermano menor de Pedro Laso era el citado García Laso -Garcilaso para la posteridad-, quien sin duda debió pasar temporadas en la residencia del primogénito y heredero del mayorazgo antes de entrar en 1520 al servicio del Carlos I. Ahí sus caminos se separan. Mientras Pedro queda apegado a sus posesiones castellanas, se convierte como decíamos a la causa de los comuneros, se opone abiertamente al rey y se puede decir que representa a una época que se extingue, Garcilaso se entrega a un nuevo modo de vida, configura un nuevo modelo de "gentilhombre": hábil cortesano, poeta renovador y humanista, muy valorado por su ingenio junto a su amigo Boscán, viaja por Italia y Francia, se empapa de novedades renacentistas en el seno de la Academia Pontiana de Nápoles, pelea al frente de las tropas imperiales en el escenario de la reconfiguración del mapa de Europa, también en España contra los comuneros junto a los que se encuentra su hermano, tiene un hijo ilegítimo, se casa con una dama de compañía de la hermana del rey, se enamora secretamente de una mujer a la que canta como Elisa en sus poemas platónicos, una anónima dama del séquito de la emperatriz Isabel que podría haber sido la que fue segunda mujer de su hermano, una belleza exótica de linaje principesco guanche, y...

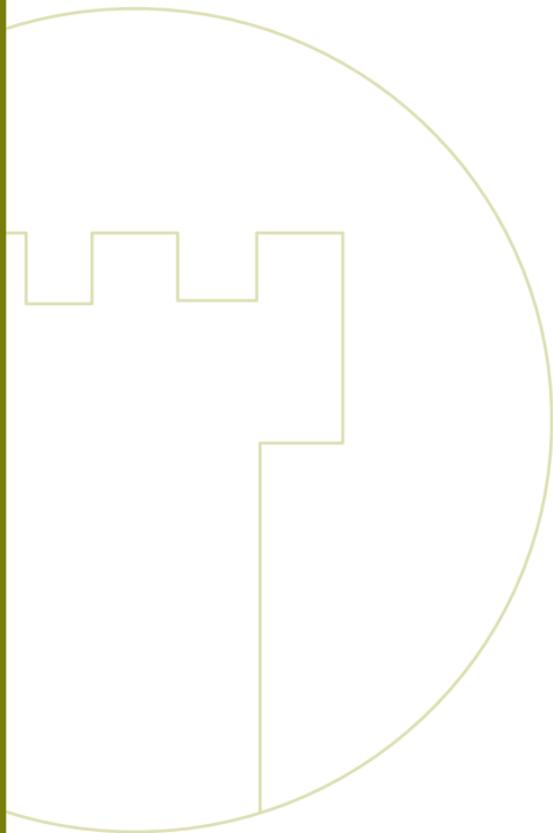
La riqueza de matices y peripecias que adornaron la breve pero intensa vida de un personaje que respiraba ya los nuevos aires de modernidad que trajo la corte borgoñona a la corona de Castilla y Aragón podría llenar páginas y páginas, una vida interrumpida abruptamente al caer herido de muerte en 1536, a los treinta y ocho años de edad, en la toma de Le Muy, en la Provenza francesa.

Pero volviendo a lo que aquí nos interesa, su relación con Batres y su hermano, podemos afirmar que la separación no debió acabar por completo con ella. La prueba es que García no dejó de atender sus deberes fraternales con ocasión del enlace de un hijo de Pedro en 1531, esponsales



El castillo de Batres está aún, gracias al limitado crecimiento del núcleo urbano, a las afueras de la villa, sobre una loma que se alza dominante sobre el cauce del arroyo Sequillo, por donde siempre ha pasado el camino -y ahora la carretera- que lleva desde Griñón al puente sobre el Guadarrama. A sus pies se encuentra una monumental fuente de agua por la que aún brota cierto caudal desde el freático, el mismo que aprovechaba el pozo del castillo. Reconvertido a finales del siglo XIX en secadero de tabaco, en los años sesenta lo adquirió un famoso decorador madrileño, quien lo restauró y amuebló. Y actualmente está arrendado a una cadena de servicios para banquetes que lo ofrece como marco incomparable para bodas y celebraciones.

que podemos imaginar en el marco incomparable del castillo. Lo hizo incluso a sabiendas de que el emperador podía represaliarle por ello, tal y como finalmente sucedió: confinado en una isla del Danubio, sólo la mediación del mismísimo Duque de Alba permitió que recuperase el favor de Carlos I. Aunque en 1522 los cabecillas comuneros que no habían sido ajusticiados y que, como Pedro, se habían exiliado en Portugal se beneficiaron de un indulto general que les permitió regresar a sus posesiones, eso no supuso que ellos o quienes trataran con ellos gozaran de las simpatías imperiales.





EL CASTILLO DEL CONDE DE PUÑONROSTRO EN TORREJÓN DE VELASCO

EL ESQUELETO DE UN
GIGANTE

La construcción de este castillo se sitúa, como en tantos otros casos, en el contexto de los conflictos por la sucesión de la corona castellana. Sabemos que Alvar Gómez, tras cambiar de bando, se refugió en él y allí fue asediado por orden del rey por Pedro Arias Dávila, contador real y señor de Puñonrostro, hasta su claudicación. En recompensa, el vencedor recibió todos los derechos y posesiones que se le confiscaron al derrotado, incluidos el señorío y la fortaleza de Torrejón.

En ella, como en todos los castillos señoriales, destaca la figura de la **torre del homenaje**, colocada a eje del recinto principal y apoyada en su cara exterior en sendos contrafuertes cilíndricos a modo de torretas que recuerdan a los de la Coracera en San Martín. Actúa también como alojamiento y principal recurso defensivo de la entrada al castillo, un acceso en “codo” que atraviesa su base, con el arco interior abierto al patio de armas y el exterior en el lateral occidental, bien protegido a



Afortunadamente una intervención de los servicios de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid detuvo hace unos años el desmoronamiento de la torre del homenaje. Y ahora parece que por fin la totalidad del conjunto arquitectónico del castillo de Torrejón de Velasco, gracias a las aportaciones del 1% cultural de las obras públicas destinado por el Ministerio de Fomento a la conservación del Patrimonio Cultural, se enfrenta al complejo y costoso programa de restauraciones que debería permitir recuperarlo y abrirlo a la visita pública. Hasta que tal cosa suceda, una valla perimetral impide el acceso a su interior, pero no impide dar la vuelta completa al exterior del edificio con el fin de contemplar su “esqueleto” y reconocer los aspectos más notables de la fisonomía de la residencia señorial fortificada mandada construir bien por Gutiérrez Gómez de Toledo, señor de Torrejón, obispo de Palencia y tío del Primer Duque de Alba, bien por su sobrino, Alvar Gómez, secretario de Enrique IV, a quien pasó el señorío hacia 1465.



| El castillo estaba extraordinariamente bien protegido por sus nueve cubos cilíndricos y la enorme torre del homenaje

su vez desde el adarve del recinto. El espacio bajo la torre entre ambos arcos sería además defendido desde las aberturas que sin duda hubo, antes de su derrumbe, en el suelo de la primera planta: si unos asaltantes lograban reventar la primera puerta, antes de acometer la segunda, se verían sometidos al fuego de unos defensores que estarían bien guarnecidos tras esos huecos y en una posición dominante.

Esta solución no es muy frecuente. Anula la posibilidad de utilizar la cámara inferior de la torre del homenaje como despensa del señor y le resta autonomía dentro del conjunto. Y además impide que el torreón pueda, como en otros castillos, actuar como último reducto en caso de asedio y de pérdida del resto de la fortaleza y hace que, excepcionalmente, el núcleo principal de la fortaleza de Torrejón -torre del homenaje y recinto principal- estuviera concebido como un sistema defensivo unitario, más eficaz como sistema pero más vulnerable en caso de que una de sus "piezas" falle.

Quizás por eso el **recinto principal**, de una gran regularidad, estaba defendido por un número inusitado de torres cilíndricas o cubos, separadas pocos metros entre sí:



cuatro flanqueando las esquinas como es canónico en este tipo de construcciones, dos en cada uno de los lados largos y una novena en el eje del lado corto opuesto al de la torre del homenaje. Al pie de esta última se conserva un portillo o salida secundaria del recinto. Todos los cubos estaban huecos de arriba abajo, espacio en el que se superponían hasta cuatro cámaras de guardia. Los muros, escalonados, se iban retranqueando ligeramente piso a piso para así permitir el apoyo del suelo de madera de cada cámara. Esta forma de construir conllevaba tal disminución de su grosor en el último piso que cabría preguntarse cómo se sostenían el adarve y el pretil almenado sobre ellos teniendo además en cuenta que tampoco podían soportar una bóveda. La respuesta más probable es que el suelo fuera a su vez de madera, quizás protegido contra el fuego por una capa de mortero, e incluso que el pretil se proyectara hacia el exterior sobre ménsulas o matacanes, según una fórmula que ya hemos visto en otras fortificaciones coetáneas.

Todos los cubos conservan aún algunos de los huecos de disparo que servían para la defensa lateral de los muros, aunque muchos han sido posteriormente sustituidos por ventanas con ocasión de una reforma probablemente ligada, como en otros castillos, a la necesidad de hacer más confortable el edificio en un momento en que las incomodidades defensivas ya no estaban justificadas. Antes habrían sido inconcebibles ya que tantos huecos equivaldrían a otros tantos puntos débiles repartidos por los recios muros. Las ventanas abiertas en los lienzos y la puerta situada a un lado de la torre del homenaje para el más directo y cómodo acceso de carruajes deben ser por tanto también del mismo momento.

¿Y cuál fue ese momento? ¿Cuándo es más probable que se hiciera la reforma? Se ha apuntado que el castillo pudo sufrir desperfectos de cierta consideración durante la Guerra de las



Comunidades (1520-1522) como represalia por haber apoyado la causa de Carlos I su señor, Juan Arias Dávila, el hijo de Pedro, y que, aprovechando que había que acometer repara-

| Sobre la torre del homenaje aún campea el blasón que representaba en su día, como la torre misma, a los señores de Torrejón





ciones, éstas ya se hicieron al servicio de un nuevo modelo residencial. También se ha dicho que se abordaron con la vista puesta en la visita que el propio emperador y Francisco I, el rey de Francia, hicieron a la fortificación en 1526, toda una prueba de la alta consideración en que aquel tenía a los Arias Dávila. Parece difícil que las cosas sucedieran exactamente así teniendo en cuenta el poco tiempo que pasó entre el final de la guerra y la estancia del emperador y el aún menor plazo que debió transcurrir entre el anuncio de su llegada y su entrada en el recinto, pero no se puede descartar por completo.



A finales del siglo XVI, como tantos otros castillos de la periferia de la Corte, fue cedido por su señor para su uso como prisión de notables. Fue, junto al vecino castillo de Pinto, uno de los edificios que contemplaron la desgracia de Antonio Pérez, también secretario de un rey, en este caso, Felipe II. Ya entrado el siglo XVIII, se convirtió en una hilatura de lanas, actividad que cesó por culpa de los desperfectos que acarreó la Guerra de la Independencia. Por entonces debió de empezar a colmatarse el foso cuya existencia, como era de esperar, han revelado las recientes excavaciones arqueológicas realizadas en el solar. Más tarde fue almacén de maquinaria agrícola y establo de ganado y se democharon algunas torres, se cubrieron con los tejadillos que aún se pueden ver y se rellenaron con celdillas para que sirvieran como palomares. Y también fue bombardeado durante la Guerra Civil. No es de extrañar que, con tantos padecimientos, haya llegado hasta nuestros días en tan endeble estado. . .



EL TORREÓN DE LEONOR DE TOLEDO EN PINTO

LA PRISIÓN DE LA PRINCESA TUERTA



El torreón de Pinto tiene el honor de ser una de la prisiones en que estuvo cautiva, tras caer en desgracia y ser acusada de conspiración contra la Corona en 1579, la fascinante Ana Mendoza de la Cerda, Duquesa de Pastrana y Princesa de Éboli, una mujer con personalidad propia en un mundo de hombres, una viuda poderosa que, con su parche en el ojo, no se sabe si por haberlo perdido practicando esgrima o por ser estrábica, no podía pasar desapercibida ni dejar de provocar secreta admiración o manifiesto rechazo. La leyenda que la envuelve incluye unos supuestos amoríos con el propio rey, quien, con su castigo, habría pagado en carne ajena la frustración de no poder dominar por completo a la independiente Ana. En Pinto también estuvo preso su presunto compañero de intrigas, Antonio Pérez, secretario de Felipe II.

Bien entrado el siglo XVI, cuando ya los castillos apenas eran visitados por sus dueños, fue práctica habitual que esos propietarios los pusieran al servicio de la justicia real como cárceles para nobles. La seguridad que ofrecían sus recios muros se convertía así en el mejor modo no de evitar un ataque exterior sino más bien una fuga desde su interior. Esto sucedió sobre todo con los situados en los alrededores de la Corte, lo suficientemente lejos como para evitar el contacto de los presos con sus partidarios, no tanto como para impedir su inmediata comparecencia en los juicios que sobre sus causas se llevasen a cabo en Madrid.

Los castillos ofrecían además el marco arquitectónico y las comodidades que correspondían a la noble condición de los presos, quienes no la perdían por muy encausados que estuvieran. Que nadie los suponga cargados de grilletes y reducidos a situaciones infrahumanas en húmedas y sórdidas mazmorras, por mucho



El escudo ajedrezado de la familia Toledo destaca bajo la coronación de la torre, en la que se distinguen las reformas sufridas por el pretil superior |





que esa sea la imagen que la literatura y el cine nos hayan transmitido por exigencias dramáticas. En los castillos, los aristócratas encarcelados podían moverse a su antojo, vivir muy dignamente e incluso estar acompañados por un reducido séquito. Lo único que no podían hacer era salir de ellos ni en teoría mantener contactos con el exterior.

En esa época, el **torreón** pertenecía a los Carrillo de Toledo, quienes recibieron el título condal unos años más tarde, en 1624. Pero ¿desde cuándo estaba en pie? No está nada claro. El señorío de Pinto lo constituyó Pedro I en 1359 para entregárselo primero a Fernán Pérez Portocarrero y luego a Lñigo López de Orozco, enajenándolo del territorio de Madrid. Después pasó a su hija Juana, quien al menos contaba con una residencia en la villa ya que en ella, según las crónicas, tuvo lugar en 1382 un encuentro entre Juan I y el embajador luso para arreglar el matrimonio del rey con Beatriz de Portugal. Juana Meléndez de Orozco casó con Pedro Suárez de Toledo, Alcalde Mayor de Toledo y señor de Casarrubios. Tres generaciones más tarde, el señorío recaía en su bisnieta Leonor de Toledo, quien a su vez contrajo matrimonio en 1456 con Alfonso Carrillo, dando origen así al citado linaje de los Carrillo de Toledo.

¿Cuál de todos estos señores de Pinto mandó construir el castillo? ¿Es el torreón la residencia que tenía Juana Orozco en la villa? Lo más probable es que no. Su aspecto es muy similar al de otras torres del homenaje datadas en fechas posteriores, como Arroyomolinos y la Alameda. Las tres tienen esquinas redondeadas y proporciones muy parecidas, en ellas el acceso se encuentra en la primera planta -las tres puertas inferiores de Pinto pertenecen a la reforma moderna- y una escalera de caracol empotrada en uno de los muros comunica las tres cámaras superpuestas, y las tres estaban coronadas



por torretas o garitas montadas sobre ménsulas cónicas, aquí situadas en las esquinas y el centro de las cuatro caras, un remate muy distinto al monótono parapeto actual, y mucho más espectacular, que sin duda rompería la sobriedad del conjunto. Bajo él, se conservan los apoyos cónicos. Incluso quedan los apoyos de un segundo remate, también desmontado con posterioridad, consistente en un pretil proyectado sobre canecillos y cuyo suelo hueco habría permitido a los defensores una buena defensa vertical de los cuatro flancos del torreón.

Además, el escudo ajedrezado que luce en una de sus caras es ya de los Toledo, lo que querría decir que tuvo que ser edificado después de la muerte de doña Juana, cuando el linaje pasó a llevar el apellido Toledo. Por otro lado, aparece ya citado con claridad en el documento merced al que doña Leonor constituyó en 1479 el mayorazgo de Pinto en favor de su hijo primogénito. Todo indica por tanto que la obra es poco anterior. Doña Leonor fue la gran señora de Pinto. Se empeñó en unificar el señorío recuperando algunos derechos inherentes a él que habían quedado en manos de otra rama de la familia tras Juana Orozco y habían pasado a su tía, Juana Enríquez, reina de Aragón y madre de Fernando el Católico, y de ella al convento de los jerónimos de Madrid. Y lo logró. Lo más lógico es atribuirle a ella la "paternidad" del castillo.

El torreón fue abandonado a lo largo del siglo XVII y, como la torre de Arroyomolinos, con el tiempo se usó sobre todo como palomar. Luego fue absorbido por el crecimiento de la ciudad y a su vera se construyó la estación de ferrocarril. También como en Arroyomolinos, la barrera que con toda seguridad lo rodeaba y protegía debió de ser poco a poco desmontada, quedando sus cimientos, junto a la zanja perimetral del foso, sepultados por los escombros. Aunque ahora parece una torre



En los años cuarenta, su propietaria, la Duquesa de Andría, lo rehabilitó. Y ahora se encuentra dentro de una finca circundada por altas tapias y desgraciadamente ni se puede visitar ni es fácil contemplar su figura completa desde las calles colindantes. Un acuerdo firmado por el Ayuntamiento con los actuales titulares hace unos años permitirá abrirlo al público. Esperemos que lo sea pronto y que de este modo se sume a los otros conjuntos que hacen que el Patrimonio Cultural de Pinto merezca la atención de los amantes de la historia: la Casa de la Cadena, un palacio del siglo XVII ahora convertido en centro cultural y sede de un museo precisamente dedicado a la historia y la etnografía pinteñas; la iglesia de Santo Domingo de Silos y el convento de las Madres Capuchinas; y Arqueopinto, un singular parque temático en el que los chavales se lo pasan en grande convertidos en arqueólogos por un día.

aislada y ninguna huella queda en superficie de esos recursos defensivos, no cabe duda de que los tuvo. Lo contrario habría sido inconcebible, pues habría supuesto exponer al edificio residencial a demasiados riesgos. Aparecerán el día que se realicen excavaciones arqueológicas a sus pies, tal y como ha sucedido en tantos otros casos analizados en esta guía. Sí se puede descartar que tuviera un recinto interior o principal anexo, pues en cambio no queda ninguna señal en los muros que pudiera indicar el lugar en que un edificio trabaría con el otro.



LOS TORREONES DE FUENTE LÁMPARA (ROBLEDO DE CHAVELA) Y NAVAS DEL REY

¿PABELLONES DE CAZA?

El torreón de Fuente Lámpara (Robledo de Chavela), aún aparece aislado sobre un cancho granítico en medio de una gran dehesa ganadera comunal. No es fácil llegar hasta él, por lo que el paseo es sólo recomendable para los más aficionados: a la altura del kilómetro 2 de la M-532, la carretera de Fresnedillas a Zarzalejo, hay que tomar una pista que conduce al caserío de la Dehesa de la Sierra, para, un poco más allá, desviarse por un camino que, en dirección sur, desemboca en el prado en el que se halla la base -apenas cuatro hiladas- de este misterioso torreón de planta cuadrada del que apenas sabemos nada. La dehesa tiene por lo menos siete siglos de antigüedad, larguísimo periodo de tiempo en el que no ha cambiado su función. Aparece citada un poco antes de 1350 en el Libro de la Montería de Alfonso XI. Pero no así el torreón, del que nada se dice ni en éste ni en ningún otro documento histórico revelado hasta la fecha.



En el área montañosa de la parte occidental de la Comunidad de Madrid, donde la sierra se precipita hacia el Alberche, existen dos torreones reducidos a cimientos que en su momento seguramente estuvieron aislados y, como veremos al final, vinculados a las actividades cinegéticas de la corona.



El **torreón de Navas del Rey** no está tan aislado: se encuentra a las afueras de la población, sobre un pequeño altozano, a pocos metros de la M-501, desde la que, para llegar a él, se puede tomar el acceso al cementerio de la localidad y al colindante centro de recuperación de animales salvajes José Peña, uno de los atractivos de la localidad. Otro de ellos es el museo etnográfico alojado en un torreón de reciente construcción y falso aspecto medieval que se alza enfrente, al otro lado de la carretera, y con el que no hay que confundir al original.

El paraje es conocido como el Cerro de los Moros. Es muy común que los lugares donde hay restos de construcciones de las que se ha perdido la memoria sean bautizados con nombres que vendrían a insinuar que "son tan antiguas que por lo menos son de tiempo de los moros". Eso indica que realmente el castillete fue destruido hace mucho, incluso, como se ha llegado a proponer, que ya estuviera casi completamente demolido en el siglo XVI.

¿De cuándo es esta pequeña fortificación y cuál era su función? ¿Y la del torreón de Fuente Lámpara? El de Navas sí podría estar citado en la obra de Alfonso XI dedicada a describir el arte de la caza mayor y a repasar las características de miles de cotos de caza a lo largo y ancho de todo el reino, si como tal identificamos a la "posada" que afirma el libro que tenía el rey en ese lugar. Lo cierto es que es poco para asegurar que se tratase del torreón, ya que podría estarse refiriendo a otro edificio o a un alojamiento provisional, pero lo que sí es seguro es que el monarca frecuentó este paraje ya que, en otro pasaje, habla de "la primer vez que corrimos este monte" para cazar osos, lo que viene a querer decir que luego hubo algunas ocasiones más. También hay indicios de que Enrique IV, un siglo más tarde, participara en numerosas



monterías en la zona. Quizás el torreón sea de ese momento posterior, lo que encajaría mejor con su estilo próximo al de los castillos de la Alameda y Pinto. Lo más probable es que también lo sea el torreón de Fuente Lámpara.



En conclusión, ambos torreones posiblemente sean obra del siglo XV como la mayoría de los castillos señoriales, pero en este caso ligados no a villas ni señoríos sino a dehesas importantes, una comunal y otra real, cuyo aislamiento podría hacer aconsejable la instalación de un punto de vigilancia para evitar los saqueos de ganado. Y también estuvieron vinculados a buenos cotos de caza frecuentados por la corona, a cuyas partidas ofrecerían refugio ocasional. Quizás por ese motivo el cauce de agua que atraviesa Fuente Lámpara reciba el nombre de Arroyo de los Palacios. Podemos imaginar al séquito del rey, a los monteros, a los cuidadores de las jaurías de perros y a todos los demás participantes en las tremendas batidas, a veces de varios días de duración, acampados en las inmediaciones de ambos torreones mientras, como se decía entonces, el monarca “folgaba” con sus más allegados en la protección de su interior.



EL CASTILLO DE JUAN CONTRERAS EN CASASOLA (CHINCHÓN)

UN “NIDO DE ÁGUILAS” SOBRE EL TAJUÑA

El castillo de Casasola es una de las fortificaciones señoriales más singulares de La Comunidad de Madrid.

Es singular por su posición retirada de cualquier núcleo de población o de importantes vías de comunicación, encaramada sobre el reborde del páramo que cierra al sur el profundo valle del Tajuña, en una mesetilla recortada por un foso excavado en el zócalo yesoso, mimetizada con su entorno por estar construida con los mismos materiales, rasgos más propios de una fortaleza roquera, de un “nido de águilas” de los tiempos de la

| Pese a su estado ruinoso, el castillo sigue teniendo un impresionante aspecto sobre las paredes de la ribera meridional del Tajuña





lucha fronteriza entre Castilla y al-Andalus como Alboer o Malsobaco. A ello contribuye además que, como consecuencia de un inevitable deterioro favorecido por la fragilidad de los yesos y la falta de mantenimiento del revestimiento de los muros, muchos se hayan venido abajo y sobre todo haya perdido gran parte de su porte y pase desapercibida la pieza que identifica por antonomasia a todo castillo señorial: la **torre del homenaje**.

Pero la torre, o al menos lo que queda de ella, está ahí, dentro del recinto, dominando la puerta de entrada, y despejando muchas dudas sobre la cronología del castillo. Porque para despejar el resto ya está su propia historia, bien conocida, que sitúa su construcción en torno al año 1449 e identifica a su dueño y señor como Juan Contreras "el Viejo".

Y es que Casasola es también singular por sus orígenes, los cuales en buena medida explican la elección de tan apartado emplazamiento, del que además deriva a todas luces su nombre. Es de los pocos castillos edificados no por un señor jurisdiccional sino por un terrateniente, es decir, no por un potentado al que la corona hubiera concedido el privilegio de gobernar el territorio adscrito a una determinada villa, sino por el simple propietario de unas tierras, condición que en principio no le otorgaba el poder de alzar una residencia fortificada. De hecho, Juan Contreras, regidor segoviano, siempre supo que actuaba ilegalmente, pero se aprovechó de la posición marginal y poco expuesta del enclave y además lo hizo con la secreta pero evidente intención de alcanzar por la vía de los hechos consumados un status que no tenía por derecho.

Prueba de ello son las quejas planteadas por parte del concejo de Chinchón ante Enrique IV respecto a lo que consideraban una usurpación de privilegios de Contreras.



Éste, que debía ser un hábil político, además de un personaje “largo de hacienda”, las intentó acallar compensando al concejo mediante préstamos ventajosos y contribuciones para satisfacer las necesidades comunales y desempeñándose como el más fiel servidor, y luego también su hijo Blasco, de la causa del rey y de la Beltraneja. Sea como fuere, padre e hijo se salieron con la suya, si bien sólo hasta que tan leal vasallaje pasó factura a este último tras la proclamación de Isabel de Castilla. Aunque no sufrió la expropiación de Casasola y otros bienes, sí perdió su posesión, que pasó a manos del Conde de Puñonrostro, señor de Torrejón de Velasco. Una generación más tarde la situación quedó definitivamente resuelta gracias a la compra a los Contreras por parte de los Arias Dávila del título de propiedad. En 1648, se creó el Marquesado de Casasola en favor de este linaje.

Mientras tanto, los vecinos de la localidad y, por extensión, la villa de Segovia, de la que dependían, vieron aún más mermada su autonomía cuando en 1480 la propia reina Isabel concedía el señorío de sus términos jurisdiccio-

| Los muros parecen una prolongación natural del talud del foso excavado en el reborde yesoso del páramo





nales a los Marqueses de Moya, tal y como analizamos al hablar del castillo situado sobre Chinchón un poco más abajo.

Con el tiempo, Casasola experimentó la misma suerte que casi todo los castillos: desaparece de las páginas de la historia y probablemente deja de ser visitado por sus propietarios. Sólo mucho tiempo después vuelve a alcanzar nuevo protagonismo al constituirse supuestamente en "guarida" de los conspiradores que organizaron, durante la primera república, la restauración monárquica, aunque se trata de un episodio que no ha sido confirmado.

Tras pasar por varias ventas, la finca y el castillo siguen en manos de particulares. Hace ya unas décadas que sus dueños construyeron entre sus ruinas una **casa de campo**, que ahora se ha convertido en casa rural. Eso impide que, quien no vaya a alojarse en ella, pueda acceder libremente a su interior. Pero sí puede acercarse hasta sus inmediaciones o contemplar su espectacular estampa desde el fondo del valle si, desde la M-404, en dirección a Chinchón desde Titulcia, toma a la izquierda una pista bastante buena y apta para cualquier vehículo que recorre el límite meridional del valle al pie de los páramos que lo flanquean. Un precioso paseo, sin duda alguna.





Estos dos castillos tienen mucho en común. Ninguno de los dos es un castillo propiamente dicho, aunque tengan esa denominación y, con sus torreones, sus adarves simulados y, en el caso de Chinchón, su zócalo ataludado, su puente levadizo y su foso parcial, evoquen deliberadamente la forma de sendos edificios fortificados. Pero sus grandes ventanales y la ausencia de verdaderos recursos defensivos, desde huecos para el disparo a barreras y fosos completos, así como las espectaculares cubiertas rematadas por linternas y chapiteles de las torres de Villaviciosa, nos indican que se trata más bien de palacios señoriales rurales con “guiños” a la arquitectura militar. De hecho, ninguno de ellos pertenece a la “época de los castillos” sino que son al menos un siglo posteriores: construidos en torno al 1590, ambos son obras renacentistas, aunque de aspecto bastante diferente, como diferentes fueron sus fuentes de inspiración.



El castillo de Villaviciosa es un palacio “herreriano” con la piel de un castillo, incluida una torre del homenaje

LOS CASTILLOS DEL CONDE DE CHINCHÓN EN VILLAVICIOSA DE ODÓN Y CHINCHÓN

REIVINDICACIÓN DE UN PASADO GLORIOSO

En el castillo de Villaviciosa, salta a la vista su factura “escurialense”, no sólo por el uso masivo del granito, debido en buena medida a la relativa proximidad de las canteras de este material situadas al pie de la sierra, también por la forma de modular las fachadas. La sobriedad y reciedumbre de este estilo refuerza el aspecto “medieval” del edificio. Se ha llegado a atribuir su traza a dos de los grandes arquitectos del monasterio del Escorial, Francisco de Mora y Juan de Herrera, si bien investigaciones más rigurosas han apuntado que su autor podría ser Bartolomé Elorriaga, quizás formado en el entorno de esa monumental obra y a quien se debe también la cercana iglesia parroquial de Valdemorillo.

Al interior, todo obedece a una perfecta planificación, el conjunto está concebido de forma unitaria en torno al patio, la pieza más escurialense de todas. Ya no estamos ante una serie de edificios de servicio



adosados al interior de los muros de un castillo. Las estancias para la vida cortesana son mucho más abundantes y no se concentran sólo en la torre que, diferente a las otras tres con su planta cuadrada y su mayor altura, pasa por ser la del homenaje. Uno de los detalles que mejor revelan la existencia de un diseño arquitectónico sofisticado sólo se puede apreciar estudiando una planta del castillo: las paredes de los torreones cilíndricos se transforman y modulan al interior para alojar estancias de planta cuadrada.

En el **castillo de Chinchón**, nos encontramos en cambio ante un edificio que, con sus calizas de las famosas y cercanas canteras de Colmenar de Oreja y su proyección mucho más horizontal, recuerda a las fortificaciones contemporáneas de inspiración italiana. La portada almohadillada parece directamente importada de una "rocca" toscana o padana. No conocemos quién se encargó de su diseño, pero cabe suponer que debió de ser uno de los ingenieros transalpinos que trabajaba para la corona. En el ángulo noroeste, un cuerpo cuadrangular se proyecta hacia el exterior formando lo que también se puede considerar una evocación de las antiguas torres del homenaje. La mayor altura de las torres cilíndricas de este cuerpo nos recuerda que en origen debió de tener dos pisos y elevarse sobre el conjunto.

El interior del castillo está muy deformado como consecuencia de las grandes modificaciones que se hicieron en él hace unas décadas para instalar una fábrica de licores, hoy ya desmontada también. Aún así se han conservado el dibujo del patio original -si bien no la arquería perimetral que lo debió circundar-, el impresionante aljibe abovedado bajo su pavimento y una parte de una galería subterránea que recorría el interior del talud inferior. También, bajo la plaza que antecede al castillo y aprovechando sus muros de contención, las gigantescas caballerizas con que estuvo dotado el palacio.



Pero lo que más los une entre sí es que, aunque a cierta distancia el uno del otro, ambos pertenecieron al mismo señor, como también estuvieron bajo su jurisdicción las dos villas y sus territorios, y ambos fueron erigidos en ese momento y de este modo por los mismos motivos: según todos los indicios, Diego Fernández de Cabrera y Bobadilla, Marqués de Moya, III Conde de Chinchón y señor de Odón, cuyo espectacular blasón corona la entrada al castillo de Chinchón, decidió reconstruir las dos fortalezas que habían alzado sus antepasados en estos dos últimos feudos como un acto de reivindicación de su estirpe, después de que llevasen en estado ruinoso varias décadas como resultado de los daños sufridos durante la Guerra de las Comunidades como represalia por el apoyo de la Casa de Moya al rey, de ahí los citados guiños a la arquitectura señorial de un siglo antes.

En realidad, más que de una reconstrucción, habría que hablar más bien de una nueva construcción, pues no queda el más leve vestigio de los edificios a los que vinieron a sustituir. Tal es así que, de no dar fe de su existencia varios documentos de la época, sería lícito dudar de que alguna vez hubieran llegado a cobrar vida: no sólo los nuevos "castillos" debieron de ocupar el lugar exacto de los desaparecidos, sino que la labor previa de eliminación de las ruinas debió de ser exhaustiva y sistemática.

El conde se valió de las ventajas que le confería su excelente posición en la corte de Felipe II, en la que llegó a detentar el cargo de intendente de obras, gracias a lo cual seguramente pudo conseguir que trabajaran para él los arquitectos al servicio de la corona, así como buenos precios en los suministros de materiales y por los trabajos de cantería. En otras palabras, podemos descartar que sea una casualidad que ambos edificios remitan a los dos grandes programas constructivos de la monarquía en ese tiempo: el palacio-monasterio de San Lorenzo del Escorial y la red de



fortificaciones en los confines marítimos y fronterizos del imperio.

Actualmente el **castillo de Villaviciosa** es la sede del Archivo del Ejército del Aire, lo que impide que se pueda visitar libremente su interior, si bien quien lo desee puede concertar una visita. Su aprovechamiento como archivo ha tenido la virtud de recuperar un edificio que había quedado bastante maltrecho tras la Guerra Civil, durante la cual, como durante las décadas precedentes, fue un acuartelamiento. Y eso pese a que en el siglo XVIII había incluso llegado a alojar a la Casa Real. En 1738, Felipe V adquirió el Condado de Chinchón con todas sus posesiones para su hijo Felipe, el futuro Rey de Nápoles. La marcha de éste para ocupar el trono italiano favoreció que la residencia de Villaviciosa fuera usada por su hermano Fernando VI. Parece ser que fue uno de sus refugios durante los años de tristeza y retiro en que se sumió tras la muerte de su esposa, Bárbara de Braganza. El escudo real que campea sobre una de las torres es de esa época.

Existe documentación de un espectacular proyecto de ajardinamiento encargado a Ventura Rodríguez con el fin de convertir el lugar en Real Sitio que no se llevó a cabo total-



El aspecto exterior del castillo de Chinchón recuerda al de una fortaleza artillera |



El castillo de Chinchón constituye un aliciente más para visitar esta villa: tras recorrer la plaza mayor y pasear junto a la torre del Reloj y la iglesia de la Asunción, conocer el antiguo convento de San Agustín, ahora convertido en parador de turismo, degustar los excelentes platos de la gastronomía local e incluso asistir a la famosa representación de la Pasión en Semana Santa, merece la pena dar un “garbeo” hasta la antigua residencia de los condes. . .



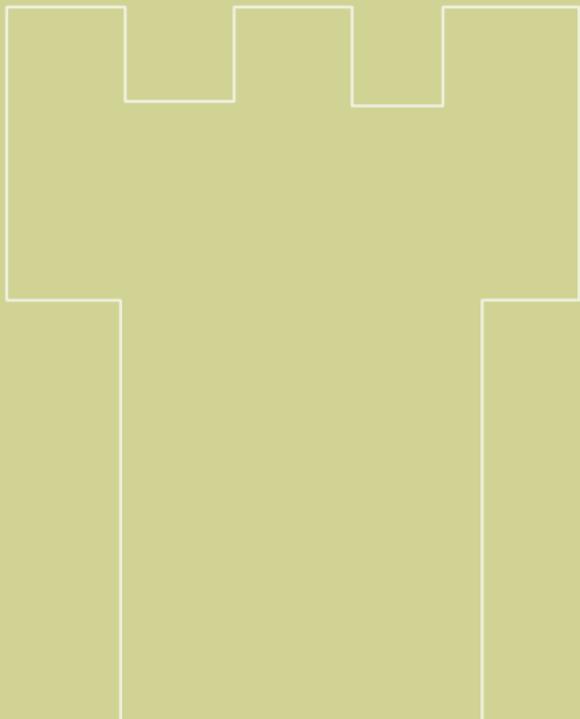
| La puerta de estilo italiano con su puente levadizo

mente o del que sólo queda la magnífica fuente que se conserva a poco metros del castillo. El castillo pasó después a las manos de otro hijo de Felipe V, el infante Luis Fernando, quien edificó una residencia en el casco urbano que hoy es un centro cultural conocido como la Casa-palacio de Godoy por haber residido también él todopoderoso primer ministro de Carlos IV en el tras su matrimonio con una de las hijas del infante, María Teresa de Vallabriga, la Condesa de Chinchón que pintara Goya. De hecho, es posible que Godoy quedara confinado en el castillo tras caer en desgracia por su mala gestión de las relaciones con Napoleón, de nuevo un castillo sirviendo de prisión de un notable de la corte...

La titularidad del **castillo de Chinchón** corrió obviamente la misma suerte, y aún hoy sigue siendo propiedad privada. Pero en cambio en el siglo XVIII ya estaba fuera de uso. Existen documentos de esa época que muestran que sus piedras estaban siendo robadas para construir tapias y pavimentar caminos. Eso debe explicar la casi total desaparición del piso superior. Durante la Guerra de Sucesión (1708), ya había sido empleado



como acuartelamiento de tropas, y lo volvió a ser durante la Guerra de Independencia. Después ya hemos visto que sólo ha tenido la breve ocupación de la fábrica de anises. En la actualidad, está cerrado al público por no reunir condiciones de seguridad para la visita. Esto no debe disuadir de acudir a visitarlo, pues lo más interesante es su aspecto exterior, su volumen en gran medida bien conservado, y las excelentes vistas que se disfrutan desde el altozano sobre el atractivo casco urbano de Chinchón, uno de los más bonitos de la Comunidad de Madrid.



DATOS PRÁCTICOS

Y VISITAS GUIADAS:

RECINTO FORTIFICADO Y CASTILLO DE BUITRAGO DEL LOZOYA

HORARIO DE LA OFICINA DE TURISMO:

- De martes a viernes, de 10:00-12:00 y de 16:00-18:00h.
- Sábados, de 10:00-14:00 y de 16:00-19:00h.
- Domingos de 10:00-14:00h.
- C/ Tahona, 19 - Buitrago del Lozoya
- Teléfono: 91 868 16 15
- turismo@buitrago.org

HORARIO DE APERTURA DE MURALLA Y EXPOSICIÓN “DOS MILENIOS DE ARTILLERÍA” (MÁQUINAS DE ASEDIO):

(Punto de información junto a la iglesia)

- De martes a viernes, de 12:00-12:45h.
- *Excepto días de visitas guiadas a grupos.
- Sábados y festivos, de 12:00-13:45h. y de 16:00-17:45h.
- Domingos, de 12:00-13:45h.
- Precio de entrada: 2,00€ entrada normal; 1,00€ entrada reducida para mayores de 65 años; y gratis menores de 12 años.

CASTILLO:

- Sábados: 10:15 a 18:45h.
- Domingos y festivos: 10:15 a 13:45h.
- *En algunas ocasiones el castillo puede permanecer cerrado por la celebración de eventos culturales.
- Información en turismo@buitrago.org
- Entrada libre.

CASTILLO DE VILLAREJO DE SALVANÉS

HORARIO DE VISITAS:

- Sábados y Domingos: de 11:00 a 12:30 y de 17:00 a 18:00 (o 19:00 a 20:00 en meses de verano).
- Visitas concertadas cualquier día de la semana.
- Teléfono de información: 638 21 35 15.
- reservas@turismovillarejodesalvanes.com

CASTILLO DE MANZANARES EL REAL

HORARIOS DE VISITA:

- Horario de invierno (del 1 de octubre al 31 de mayo):

Aforo limitado.

Edificio principal: de martes a domingo, de 10 a 18.00 horas
(Lunes cerrado)

Horario: de 10 a 18.00 horas. Taquilla, de 10 a 17 horas.

Jardín renacentista y recinto exterior: de 10 a 19 horas.

- Horario de verano (del 1 de junio al 31 de septiembre):

Aforo limitado.

Edificio principal: de martes a domingo, de 10 a 18.00 horas (Lunes cerrado)

Horario de taquilla: de 10 a las 17.00 horas.

Jardín renacentista y recinto exterior: de 10 a 19 horas (de martes a jueves, domingos y festivos). De 10 a 24.00 horas (viernes y sábados)

HORARIOS DE VISITAS TEATRALIZADAS:

- Horario de invierno (del 1 de octubre al 30 de junio):

Aforo limitado.

Sábados y domingos, a las 11 (visita infantil) y a las 12:00 horas (visita adultos).

- Horario de verano (del 1 de julio al 30 de septiembre):

Aforo limitado.

Diurno: sábados, a las 11 (visita infantil) y a las 12:00 horas (visita adultos).

Nocturno: consultar.

- Teléfonos de información: 91 853 00 08 / 91 852 86 85 (de martes a domingo, de 10 a 17.00 horas) Fax: 91 852 75 82

PRECIOS:

Entrada individual: 5 € por persona.

Personas mayores de 60 y menores de 14 años: 3 € por persona.

Menores de 3 años y discapacitados: entrada gratuita.

Familias numerosas: 50% descuento.

- GRUPOS (mínimo 20 personas y con visita concertada).

Adultos: 3 € por persona.

Mayores de 60 años: 2 € por persona.

Asociaciones de carácter cultural acreditadas: 3 € por persona.

- COLEGIOS de Educación Infantil, Primaria y Secundaria (mínimo 20 personas y con visita concertada): 2 € por persona.

Con carácter previo a la visita concertada podrán descargarse GRATUITAMENTE las Guías Didácticas.

• **PRECIOS JARDÍN RENACENTISTA:**

Entrada general individual: 3 € por persona.

Mayores de 60 y menores de 14 años: 1,50 € por persona. (No incluido el acceso al Castillo en ambos casos).

Combinada general (castillo + jardín), excluida teatralización: 6 € por persona. Combinada mayores de 60 años y menores de 14 años (castillo + jardín), excluida teatralización: 4 € por persona.

CASTILLO DE LA CORACERA (SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS)

Se realizan individualmente o en grupo, pudiendo concertarse visitas guiadas

HORARIO DE VISITA:

- Viernes: 11:00 a 14:30 h
- Sábado: 11:00 a 14:30 / 16:00 a 19:00 h
- Domingos y Festivos: 11:00 a 14:30 h
- El resto de semana se podrá reservar visita al castillo para grupos bajo petición de fecha en el teléfono 670.640.313
- **Correo electrónico:** turismo@sanmartinvaldeiglesias.es
- Las visitas podrán realizarse siempre que lo permitan las actividades que se estén desarrollando en el Castillo.

PRECIOS:

- Adultos 3 €
- Pensionistas y niños 2 €
- Empadronados 1 €
- Precios reducidos para visitas en grupo con guía

Los menores de 14 años no podrán hacer la visita sin compañía de personas mayores, que en todo caso se responsabilizaran de su seguridad y de que no rebasen los límites establecidos en el recorrido.

CASTILLO DE LA ALAMEDA (BARAJAS, MADRID)

HORARIOS DE VISITA:

- Abierto fines de semana y festivos (incluso los lunes festivos)
- De abril a septiembre: sábados, domingos y festivos de 10 a 21 horas
- De octubre a marzo: sábados, domingos y festivos de 10 a 18 horas
- Cerrado: 24, 25, 31 de diciembre, 1 de enero, 6 de enero, 1 de mayo.
- **Acceso gratuito**
- **Teléfono de información:** 913 667 415

- Correo electrónico: castilloalameda@madrid.es
- www.madrid.es/castilloalameda

CASTILLO DE ARROYOMOLINOS

- Visitas guiadas gratuitas
- Horario: de lunes a viernes de 9:00 a 14:00 y de 16:00 a 20:00
- Teléfono de información: 91 689 98 62
- Correo electrónico: cultura@ayt-arroyomolinos.org

CASTILLO DE VILLAVICIOSA

- Visitas guiadas gratuitas
- Teléfono de información: 91 616 96 16
- Correo electrónico: visitacastillo@v-odon.es / turismo@v-odon.es

CASTILLO DE CHINCHÓN

- Visitas guiadas por el exterior
- Teléfono de información: 91 893 53 23
- Correo electrónico: Informacion.turistica@ciudad-chinchon.com

CASTILLO DE CASASOLA (CHINCHÓN)

- Visitas guiadas, estancias y eventos privados
- Teléfonos de información: 609 75 81 63 / 659 61 12 59
- Correo electrónico: info@castillocasasola.com

CASTILLO DE BATRES

- Visitas Guiadas y eventos privados
- De lunes a sábados, de 11:00 a 14:00 y de 16:30 a 21:00 h.
- Festivos, de 11:00 a 14:00 h.
- Domingos: Descanso.
- Teléfonos de información: 91 8412099 - 665 59 10 56

TORRELAGUNA

- Visitas guiadas
- Teléfono de información: 91 843 00 10
- Correo electrónico: turismo@torrelaguna.es
- Precio: 1'5 euros por persona

TALAMANCA DEL JARAMA

- Visitas guiadas
- Teléfono de información: 91 841 70 07
- Correo electrónico: info@talamancadejarama.org



G



GUÍA TURÍSTICA · TOURIST GUIDE

CASTILLOS DE MADRID · CASTLES OF MADRID